



RUSIA ★ 1917 **VERTIENTES** **Y AFLUENTES**

ALDO CASAS



**ACTUALIDAD DE LA REVOLUCIÓN
Y SOCIALISMO (Volumen 1)**



**Presentación de
Renán Vega Cantor**



Herramienta
ediciones



El olvido, el desprecio infundado y la ignorancia sobre la Revolución Rusa y sus protagonistas hacen parte del intento por generalizar la desmemoria que borra la historia de resistencia y lucha de los obreros, campesinos y pueblos coloniales, que es el reverso de la historia oficial. La ofensiva neoliberal impuso como ilusión real la consigna lanzada por Margaret Thatcher: "There Is No Alternative" (TINA), y parece más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

Se ha hecho de la revolución un impensable, y la pretensión de ir más allá del capital es descalificada como demencial. Es oportuno y necesario pues desafiar el sentido común estatuido. Vale recordar entonces que, a comienzos del siglo XX, y a contramano de la arrogancia del capital imperialista y del posibilismo en la izquierda, hubo quienes se atrevieron a redescubrir la actualidad de la revolución y el socialismo. Después llegaría la oposición a la Guerra de 1914, la revolución protagonizada por obreros, soldados, campesinos y nacionalidades oprimidas en la Rusia de 1917, y el rol que en ella desempeñaron los bolcheviques... De esto tratan los ensayos reunidos en el libro, escritos con el propósito de contribuir a la impostergable tarea de re-conocer la actualidad de la revolución en el siglo XXI.

Aldo Casas

ISBN 978-987-1505-66-5



9 789871 150566


Herramienta
ediciones

Rusia ★1917
Vertientes y afluentes



Aldo Casas nació en Córdoba, en 1944. Antropólogo, ensayista, activista social y político desde 1961. Es uno de los fundadores de *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* (en 1996) y colabora con los portales *Contrahegemoniaweb* y *Darío Vive*. Autor de *Karl Marx. Nuestro Compañero* (2017), *Los desafíos de la transición. Socialismo desde abajo y poder popular* (2011, reeditado en Brasil en 2020) y, muy anteriormente, *Después del estalinismo. Los Estados burocráticos y la revolución socialista* (1995). Prologó *Marx Populi* (2018) de Miguel Mazzeo. Tradujo *La lógica incomprendida de El Capital*, de Alain Bihl (2019). Habiendo ingresado en 1965 al Partido Revolucionario de los Trabajadores, militó sucesivamente en el PRT-La Verdad, el Partido Socialista de los Trabajadores y el Movimiento Al Socialismo de Argentina. Durante más de tres décadas escribió en diversas publicaciones del movimiento trotskista y estuvo como periodista e internacionalista en Venezuela, Portugal, España, Francia y Polonia. Desde el 2002 participó en diversos reagrupamientos militantes (Cimientos, Frente Popular Darío Santillán, FPDS-Corriente Nacional). Integra el Equipo Pedagógico de la Escuela de Formación Política Hugo Chávez.

ALDO CASAS

Rusia ★ 1917

Vertientes y afluentes



Actualidad de la revolución
y socialismo

Volumen 1



Herramienta
ediciones

Plan general de la obra

Rusia, 1917. Vertientes y afluentes es el primer volumen de una obra más vasta que lleva como título general *Actualidad de la Revolución y Socialismo*. Futuras entregas abordarán los primeros años de la República Soviética, el posterior reflujó de la revolución y burocratización del Partido/Estado, el gran giro que desembocó en el régimen de Stalin, las economías planificadas según el modelo de la URSS y la restauración del capitalismo en el antiguo "campo socialista". Se trata de una reflexión crítica y autocrítica apuntada a re-conocer la renovada actualidad de la revolución y la transición socialista.

© 2020 **Ediciones Herramienta**

Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Ignacio Fernández Casas

Diseño general del libro: Jorge Vega, Gráfica del Parque

Revisión y corrección final de la edición: Mercedes Casas y Martín Salinas

Coordinación de la edición: Chiche Vázquez

Ediciones Herramienta

Av. Rivadavia 3772 – 1/B – (C1204AAP), CABA, Argentina

Tel. (+5411) 4982-4146

www.herramienta.com.ar

revistaherramienta@gmail.com

Distribuidora Herramienta: Paula Díaz

Tel: (+5411)-59965021

pauladiaz.herramienta@gmail.com

Edición digital, noviembre de 2020

ISBN: 978-987-1505-68-5

Todos los derechos reservados. Hecho el depósito
que marca la ley 11.723

www.herramienta.com.ar

Casas, Aldo

Rusia 1917 : vertientes y afluentes : actualidad de la revolución
y socialismo / Aldo Casas. - 1a ed volumen combinado. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : Herramienta, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1505-68-5

1. Revolución Rusa. I. Título.

CDD 947.0841

Índice

Presentación. Por Renán Vega Cantor	11
Prólogo del autor	21
Siglo XX: La actualidad de la revolución	25
Los revolucionarios rusos (antes de 1917)	47
La Revolución Rusa “a contrapelo”	77
Lenin y los bolcheviques en 1917	145
Referencias bibliográficas	171
Posfacio a tres voces	175
Una reflexión que lleva por caminos innovadores	
Antonio Louçã	177
Tesis para los nuevos tiempos	
María Orlanda Pinassi.....	187
Socialismo para salvar la reproducción de la vida en el planeta	
Silvio Schachter.....	193

Presentación

Por Renán Vega Cantor

El olvido, el desprecio infundado y la ignorancia sobre la Revolución Rusa y sus protagonistas hace parte del intento por generalizar la desmemoria que borra la historia de resistencia y lucha de los obreros, campesinos y pueblos coloniales que es el reverso de la historia oficial.

Aldo Casas.

El compañero Aldo Casas me ha invitado a comentar el primer volumen de su obra *Actualidad de la Revolución y Socialismo*, que versa sobre la Revolución Rusa de 1917. Este libro se inscribe en el proyecto de largo aliento que el autor ha comenzado a realizar y continuará con un amplio conjunto de reflexiones que conduzcan a analizar la trayectoria de la experiencia soviética, hasta la disolución de la URSS, y su proyección hasta el mundo de hoy. Ese proyecto político intelectual desemboca en el análisis de la crisis civilizatoria en que nos encontramos, la que torna urgente y necesario repensar un proyecto anticapitalista, renovado y nutrido con la comprensión crítica de la fallida experiencia del “socialismo realmente existente”.

Esta invitación me honra y a la misma quiero contribuir con unas breves notas, con el objetivo de recalcar algunos aspectos de este libro que, a mi parecer, representa una importante contribución a la cultura revolucionaria.

Experiencia

Este es un libro escrito por un militante revolucionario anticapitalista de toda la vida, con todas las letras y sin sonrojo. Esto es importante decirlo en estos tiempos, en los cuales la *doxa* dominante condena cualquier compromiso político contra el sistema hegemónico y sus miserias. Aldo Casas nos recuerda en las primeras páginas de este escrito su trayectoria de militancia permanente desde 1961, hace 60 años, que se proyecta hasta el día de hoy. Él se inscribe en esa perspectiva que dibujaba Eduardo Galeano:

Sí, yo soy de izquierda, y a esta altura de la vida ya no podría cambiar ni aunque quisiera. Si súbitamente descubriera las virtudes de un sistema de poder que me parece enemigo de la gente y de la naturaleza, ya nadie me creería.

Aldo Casas es un luchador convencido del sentido de su acción, cuyas convicciones profundas se mantienen a pesar de las derrotas. Dicha práctica de militante anticapitalista desde diversas trincheras puede catalogarse como una dilatada *experiencia* que nos remite a uno de los múltiples sentidos de este término: la enseñanza adquirida en la práctica, en concreto el trasegar vital al calor de una constante de lucha. Esta es una veta importante, pero insuficiente, máxime cuando hablamos de la lucha anticapitalista, puesto que se reivindica la labor intelectual en su sentido más profundo, como la necesidad de pensar esa práctica con una reflexión sobre lo vivido o a la luz de lo vivido, que contribuya a clarificar el camino de la lucha, tanto del propio individuo como de aquellos y aquellas que se inscriben en ese horizonte emancipador. Eso se materializa en la producción intelectual de artículos, libros, clases, conferencias en las que Aldo Casas también ha incursionado, para contribuir a pensar el ideario de lucha. Este libro es una continuación de esa lucha en el plano de la teoría y la reflexión histórica y política.

En ese contexto se inscribe el libro que comentamos, un producto de esa doble experiencia, que se ata mediante la urdimbre de lo aprendido en la escuela cotidiana de la lucha con lo pensado, como producto de esa lucha y como aporte para darle una dirección y un

sentido. Sobre el segundo tipo, la “experiencia experimentada”, se nutre de una multitud de conocimientos acumulados durante seis décadas referidos a *Octubre de 1917*, de diversas lecturas y tradiciones interpretativas sobre esa revolución, que se complementan con la producción bibliográfica, también amplia y variada, que a raíz del primer centenario de la Revolución Rusa se produjo en varios idiomas.

El listado bibliográfico que aparece al final del libro es demasiado restringido para captar el verdadero acervo de conocimientos que tiene Aldo Casas sobre la Revolución Rusa, que va más allá de la bibliografía académica y universitaria y tiene, como eje medular, la producción intelectual que han generado revolucionarios de diversas épocas sobre ese trascendental hecho histórico, empezando por los dirigentes bolcheviques y revolucionarios de diversas tendencias que escribieron múltiples obras en las primeras décadas del siglo XX.

Subjetividad

La experiencia condensa el devenir vital de un individuo y se engarza, por lo tanto, con su subjetividad. Desde este punto de vista, la historia que se escribe y se cuenta es subjetiva, término que se usa para indicar que toda interpretación está cargada del sentir experiencial de un individuo. Por eso, este es un libro pleno de subjetividad en el mejor sentido de la palabra, porque los valores, las creencias, las convicciones, las tradiciones revolucionarias lo atraviesan. Eso no quiere decir que, por su carga subjetiva, deje de ser una obra seria, rigurosa, coherente, documentada. Lo es y esto no riñe con su carácter subjetivo, antes, por el contrario, lo refuerza y reafirma el compromiso de su autor, que ha ido decantando a lo largo de 60 años sus apreciaciones sobre la Revolución Rusa y la actualidad de la revolución y el socialismo.

Que sea una obra subjetiva la engarza con la tradición del *marxismo cálido*, de aquel que resalta el papel de los sujetos como protagonistas de la historia real y de la que se escribe. Por eso a lo largo de estas páginas se recalcan la importancia de la acción subjetiva, la pasión, la fuerza de la voluntad de los miles de hombres y mujeres que hicieron posible la Revolución Rusa, una potencia que se transmitió y

realimentó mutuamente entre esos sectores plebeyos y los dirigentes de ese proceso transformador. Esto no significa suponer que la historia es un resultado de las fuerzas mentales o de las ideologías, puesto que estas se encuentran limitadas por ciertas condiciones históricas, como claramente lo dice el autor:

(...) es equivocado e inconducente tratar de interpretar las acciones y los dichos de Lenin y los bolcheviques tomando en consideración solamente sus autodefiniciones ideológicas y posturas políticas, dejando de lado o asignando una mínima importancia al comportamiento de los otros actores y las alternativas históricas determinadas en que debieron intervenir. La historia no es un movimiento auto generado por ideologías y concepciones políticas, a las que deben imputarse incluso las distorsiones que luego se constaten.

En el autor están íntimamente ligados el sentir y el pensar en su dimensión colectiva, debido a lo cual decimos que esta obra ha sido generada por un luchador sentipensante, para utilizar una palabra que se originó en la costa caribe de Colombia y rescató el sociólogo Orlando Fals Borda (otro pensador militante y luchador popular) y luego Eduardo Galeano dio a conocer fuera de las fronteras de Colombia. El autor uruguayo ha dicho que la gente sentipensante “no separa la razón del corazón”, porque “siente y piensa a la vez, sin divorciar la cabeza del cuerpo, ni la emoción de la razón”. Ese sentipensar, justamente, es lo que se percibe cuando se lee esta obra, que combina sencillez explicativa con profundidad, y nos transporta a los sucesos de hace un siglo, relatados con pasión, envidia y una gran dosis de coherencia.

Historia a contrapelo

Aldo Casas nos precisa que no es un historiador, pero podríamos agregar que no es un historiador con título, lo que no es óbice para que su trabajo se haga con el rigor, la seriedad y la exhaustividad de un historiador que merezca ese nombre. Estamos hablando del ejercicio de reconstruir con cuidado y detalle un momento concreto del devenir

de los seres humanos, intentando situarse en las condiciones de ese momento y haciendo el esfuerzo de comprender lo que aconteció y develando las razones que explican por qué las cosas sucedieron de la manera en que acontecieron. Al “pasado” se le puede estudiar, para ser esquemáticos, de dos maneras, lo que genera dos tipos de historiadores: *de manera superficial y apresurada*, lo que implica que ciertos historiadores apenas arañan la epidermis de lo que estudian, sin comprender su fundamento; o *de manera profunda*, juntando las fichas dispersas de las acciones humanas para presentarnos una reconstrucción coherente que permite acercarse a la complejidad de dichas acciones. Al respecto, es elocuente la imagen que emplea José Saramago en su obra *El Viaje del elefante*, cuando sostiene:

El pasado es un inmenso pedregal que a muchos les gustaría recorrer como si de una autopista se tratara, mientras otros, pacientemente, van de piedra en piedra, y las levantan, porque necesitan saber qué hay debajo de ellas.

Esta imagen, aplicada a la Revolución Rusa, significa que algunos pasan de largo sobre el acontecimiento con una mirada superficial y plena de prejuicios (exacerbados después de 1989) que en forma olímpica pretenden descalificar ese extraordinario proceso con unos cuantos lugares comunes, que se repiten hasta el cansancio (por ejemplo, que fue un golpe de estado, la acción conspirativa de un pequeño grupo –los bolcheviques– desligada de la acción colectiva, que la concepción leninista de partido conducía necesariamente a la dictadura...). Aldo Casas indaga con atención y cuidado, levanta las piedras del inmenso pedregal de ese país extraño que es el pasado, el gran 1917, y nos presenta el cuadro panorámico que ahora podemos disfrutar y en el que se reconstruyen los múltiples aspectos que hicieron posible la Revolución Rusa.

Otra característica de este libro, digna de destacar, se encuentra en la empatía del autor con el tema que estudia, al que no se ve de lejos como si fuera un espectador desinteresado, “neutral” y distante. Por el contrario, su autor está compenetrado con la problemática de la revolución, de hoy y de ayer, lo que le permite una comprensión de

las múltiples fuerzas e intereses en juego, que son examinadas con lujo de detalles. Esa empatía es posible por el vínculo apasionado y comprometido entre pasado, presente y futuro, lo que implica que se mira el pasado como algo vivo, que se proyecta hasta nuestros días, para examinar esa revolución y su desenvolvimiento posterior a la luz de los problemas de nuestro tiempo, en momentos en que se ha impuesto el mantra de que no existen alternativas ni posibilidades de volver a pensar y, mucho menos organizar, una revolución anticapitalista. En la lógica de William Faulkner (“el pasado nunca está muerto, no es ni siquiera pasado”), Aldo Casas nos dice:

(...) porque la historia no es algo que *fue* allá lejos y hace tiempo, la historia es en tanto la pensamos e interpretamos desde el mundo y el tiempo en que vivimos. Como escribiera un gran novelista argentino, “la revolución es un sueño eterno”.

Es en este sentido que se entiende su esfuerzo de pensar la Revolución Rusa a contrapelo que, en la perspectiva de Walter Benjamin, supondría considerar dos derivaciones: ir a contracorriente de las versiones establecidas que hoy se han hecho dominantes, oponiéndoles la tradición de lucha de los oprimidos; y, como demuestra su reconstrucción, la revolución misma fue un resultado de luchar contra la corriente, de ir en contra del “sentido de la historia”, como lo planteaban antes de la Revolución Rusa los marxistas de la Segunda Internacional.

A contrapelo tendría además otro significado, de extraordinaria actualidad: la catástrofe como un método idóneo para pensar de una manera crítica los nexos entre el pasado y el presente. La Revolución Rusa está inscrita en la catástrofe de la Primera Guerra Mundial y la carnicería imperialista, constituyéndose en la salida radical, desde abajo y con aire plebeyo, a esa catástrofe, hasta el punto de que cambió al capitalismo y al mundo. En estos momentos, cuando vivimos una catástrofe múltiple (económica, ambiental, climática, alimenticia, sanitaria, educativa...) es perentorio buscar salidas que afronten esa crisis multidimensional, que pone en peligro la propia existencia de la humanidad, un costo cuya responsabilidad corre por obra y gracia del capitalismo realmente existente.

En esta situación de catástrofe, la historia adquiere un sentido para nuestro presente, el mismo que planteaba Walter Benjamin:

Que todo siga “así” es la catástrofe. Esta no es lo inminente cada vez, sino que es lo cada vez ya dado. [...] el infierno no es nada que nos aceche aún, sino que es *esta vida aquí*.

Nuestro Octubre de 1917

¿Por qué seguir hablando de la Revolución Rusa, si se concibe hoy en forma dominante como un experimento fallido y derrotado? ¿Será por mera curiosidad histórica? ¿Por qué hablar de esa revolución si nos dicen que de ella no queda nada, solo escombros, y que por eso debemos regresar a 1789 como referente revolucionario y negar el siglo XX? ¿Hablar de la Revolución Rusa sería una labor de nostálgicos, cuando los sucesos de 1989 enterraron definitivamente la posibilidad de cualquier revolución anticapitalista? Estas, entre muchas, son algunas de las preguntas (que en sí mismas contienen las respuestas), cargadas de un claro sentido político que resulta apologético del capitalismo realmente existente, que se hacen cuando se vuelve a mencionar los procesos revolucionarios del siglo XX, empezando por la Revolución Rusa.

Por supuesto, Aldo Casas se ubica en las antípodas de los meta-relatos conservadores y procapitalistas hoy dominantes, e impuestos desde hace 30 años tras el “fin de la historia”, como un nuevo sentido común, claramente negacionista, que nos llama a “pasar la página” y a olvidarnos de la Revolución Rusa y de cualquier otra. Esa misma lógica negacionista de la Revolución se dio primero en la propia Rusia, tras la disolución de la URSS, como lo ha estudiado Moshe Lewin en su obra *El siglo soviético*. Allí se cita al filósofo político V. P. Mezhuev, quien en 1999 decía:

Pregúntense qué valoran del pasado, qué debemos continuar, qué debemos preservar. La respuesta a estas preguntas les ayudará a enfrentarse al futuro... Si no hay nada positivo en el pasado, no hay futuro y no queda más remedio que “olvidarlo todo y dejarnos llevar por la inercia”.

El destino histórico de Rusia no pasa por un futuro sin pasado. Todo aquel que quiera borrar el siglo XX, un siglo de catástrofes mayúsculas deberá despedirse también para siempre jamás de la gran Rusia.

Esta afirmación puede proyectarse más allá de las fronteras de Rusia y ser considerada en el contexto de lo que representa la Revolución de 1917 para los anticapitalistas del mundo. En esa perspectiva siempre hay que volver a ese acontecimiento, visto desde nuestro presente, para examinar sus alcances, sus logros y, por supuesto, las razones que explican su devenir durante el siglo XX. Tal es, en mi sentir, el espíritu de este libro, en el cual se examinan con detalle las características de *Octubre de 1917*, que el lector podrá apreciar por sí mismo. De la riqueza de esta obra solamente quiero destacar algunos tópicos, que van contra el sin sentido común que se ha hecho dominante en los últimos 30 años y que gravita sobre gran parte de las izquierdas históricas.

La Revolución Rusa fue una extraordinaria gesta transformadora de *tinte plebeyo*, en la que participaron obreros, campesinos, soldados, marineros, mujeres pobres, siendo el resultado de la acción combinada de un sujeto diverso y variopinto, que no se redujo de manera exclusiva a los obreros industriales. Esta mirada permite incorporar la diversidad de fuerzas que hicieron posible la revolución y sitúa en una perspectiva histórica el asunto, siempre candente y necesario, sobre el sujeto revolucionario de nuestro tiempo en los países de nuestra América en tiempos de desindustrialización y una brutal transformación del mundo del trabajo, junto con la importancia, dependiendo los países, de campesinos, indígenas, mujeres pobres...

Desde el punto de vista político, en la *revolución confluyen una variedad de corrientes*, que no se reducen a los bolcheviques, sino que incluyen a los mencheviques, populistas, socialistas revolucionarios, anarquistas... todos los cuales aportaron su granito de arena en la lucha contra el régimen zarista durante décadas, desde finales del siglo XIX. El aporte de todas estas fuerzas confluye en 1917 y hacen posible la revolución, aunque hubieran sido los bolcheviques quienes, entendiendo las circunstancias, se situaran al frente de los acontecimientos que culminaran con la toma del Palacio de Invierno.

No existe un abismo entre la Revolución de Febrero y la de Octubre, como generalmente se plantea, sino que son parte de un proceso con-

tinuo, caracterizado por la radicalidad revolucionaria de los sectores plebeyos que con su accionar hicieron posible el fin del zarismo y enfrentaron al gobierno burgués. Al respecto, es notable la manera en que se reconstruyen esas acciones populares después de la Revolución de Febrero contra el régimen zarista, las cuales estaban cargadas de violencia, producto de la rabia e indignación contra el viejo orden, que no se negaba a morir y el nuevo, que se estaba gestando, o sea, que no constituían aspectos exclusivos de una revolución política, sino que eran los gérmenes de una revolución social. Como lo precisa el autor:

Es falsa pues la idea recibida de que Febrero habría sido una mera revolución política que dejó el poder en manos de la burguesía. Por el contrario, y más allá de la maraña de confusión política e infundadas ilusiones que mencheviques y SR alimentaban y/o sembraban, aquellos millones de hombres y mujeres movilizados dieron al proceso el carácter de una revolución social en acto, en el curso de la cual todas las organizaciones que aspiraban a representarlas y/o dirigirlas se vieron obligadas a revalidar y actualizar sus credenciales.

Los múltiples elementos, referidos a la desigualdad, la opresión, la dominación y la injusticia que se pusieron en el tapete de la discusión a nivel mundial, gracias al estallido emancipador que generó la revolución, cuyas características y tensiones, que incidirán en su historia posterior, están referidas a aspectos tales como el poder obrero, la revolución campesina, el internacionalismo y la revolución socialista que se avizoraba (y nunca llegó) en Europa, la revolución de las nacionalidades oprimidas y la lucha anticolonial ante la opresión zarista y el imperialismo. La Revolución Rusa fue la llave que abrió el acceso a un continente emancipador, el de la igualdad, que hoy debe rescatarse en medio de la pavorosa desigualdad que predomina en el mundo, y que suele contraponerse al de la libertad, como si fueran antagónicos. De todo esto nos habla Aldo Casas, con una reivindicación de la importancia de esos acontecimientos para el mundo de hoy.

Para concluir estas notas, resulta significativo decir que Octubre de 1917 forma parte de nuestras tradiciones, que no podemos lanzar

al basurero del olvido, sino que debemos recuperar críticamente para nuestro presente y futuro, como bien lo dice Ezequiel Adamovsky,

Muchos aspectos centrales de la Revolución han quedado sepultados y ocultos bajo el peso de las visiones míticas o condenatorias. Muchos de esos aspectos poco conocidos quizás puedan ayudarnos todavía hoy a pensar una política emancipatoria o a analizar los complejos vínculos entre los movimientos sociales radicales y el plano de la política y sus organizaciones.

Debemos agradecer que, con dedicación, esmero y esfuerzo, Aldo Casas recupere la Revolución Rusa como un patrimonio del movimiento revolucionario, con una mirada crítica que señala las limitaciones, errores, actos fallidos y contradicciones de los dirigentes revolucionarios. Porque hay que decir que este no es un libro complaciente ni mítico, sino una historia a contrapelo que se basa en uno de los presupuestos tan caros a Walter Benjamin, y por eso tiene

(...) el don de encender en el pasado la chispa de la esperanza [que] solo le es dado al historiador perfectamente convencido de que ni siquiera los muertos estarán seguros si el enemigo vence. Y ese enemigo no ha cesado de vencer.

Bogotá, septiembre 14 de 2020

Renán Vega Cantor (1958) es un destacado marxista, historiador e investigador colombiano, profesor de la Universidad Pedagógica Nacional. Dirige la revista *CEPA* (Centro Estratégico de Pensamiento Alternativo), fundada por Orlando Fals Borda, e integra el Consejo Asesor de *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista*. Recibió el Premio Libertador al Pensamiento Crítico en 2007 por su obra *Un mundo incierto, un mundo para aprender y enseñar*. De sus muchos libros, optamos por mencionar *El Caos Planetario* (1999), por haber sido el primer título de Ediciones Herramienta, y, por su candente actualidad, *El capitaloceno* (2019).

Prólogo del autor

Corresponde advertir desde el comienzo que estos ensayos no son obra de un historiador. Están escritos por un militante que sintió la necesidad de volver a reflexionar sobre la Revolución Rusa y la Unión de las Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS), para que la reivindicación (crítica) del proceso revolucionario que marcó el siglo XX fuese algo más que un acto de fe. Estos textos intentan poner en diálogo los conocimientos y saberes que pude adquirir en más de cincuenta años de intensa actividad política y social, con una inmensa masa de documentos y producciones historiográficas que en gran medida desconocía. Son reflexiones basadas en una experiencia de lucha individual y colectiva animada por la irrenunciable convicción de la necesidad y actualidad de la revolución, para lo cual se requiere también reconocer dolorosas derrotas y, sobre todo, asumir los muchos interrogantes que la praxis revolucionaria no pudo resolver en el pasado y hoy se replantean en condiciones, claro está, muy diferentes.

Para ello, debemos enfrentar la realidad sin anteojeras, con un marxismo liberado del *Diamat* y las distorsiones con que fuera presentado como ideología de Estado en los tiempos del (mal) llamado “socialismo realmente existente”. Como escribió no hace mucho un querido compañero:

Queremos ayudar a reinventar el marxismo en sus posibilidades de acceder a la sociedad como totalidad en el marco de un proceso popular emancipador. Queremos re-interiorizarlo y recrearlo. [...] Esto nos obliga a constituir nuestro marxismo como problema. Parafraseando a Immanuel Wallerstein, po-

dríamos decir que nuestro intento nos obliga a impensar el marxismo, esto es: a realizar un esfuerzo por detectar todo aquello que, engendrado o alentado alguna vez por el marxismo, se ha convertido en un límite para sus posibles desarrollos. También nos compromete con una aproximación hermenéutica que es, posiblemente, el modo más adecuado de recuperar el sentido revolucionario más recóndito de algunos viejos textos. Se trata de un ejercicio eminentemente político (Mazzeo, 2018: 49).

He tratado de entender lo que dijeron (o escribieron) y lo que efectivamente quisieron o pudieron hacer aquellos revolucionarios: consciente o inconscientemente, movidos por arraigadas y elaboradas convicciones, por conveniencias tácticas u obligados por las circunstancias. Y no me refiero solo a los líderes “bolcheviques” (con toda su diversidad), sino también a quienes fueron sus camaradas, compañeros de ruta y/o (en distintos momentos y circunstancias) adversarios: mencheviques, eseristas, maximalistas, anarquistas, sindicalistas, espartaquistas, comunistas de izquierda, concejistas, etc. Y lo que es más difícil aún, he tratado de dar visibilidad a las movilizaciones, esperanzas, frustraciones y sufrimientos del pueblo trabajador, de aquellas mujeres y hombres que, totalmente anónimos o casi desconocidos, fueron los protagonistas centrales de aquella gesta.

Para estudiar y aprovechar siquiera en parte la inconmensurable cantidad de materiales que pude consultar, debí también *aprender a des-aprender*, poniendo en cuestión lo que consideraba ya sabido, dando lugar a renovados aprendizajes...Una actitud realmente imprescindible cuando se trata de cuestiones que me han ocupado y preocupado mucho tiempo: más precisamente, toda una vida.

Comencé a militar allá por 1961. Primero, durante unos pocos pero intensos años, en la juventud comunista. Luego y por varias décadas, totalmente comprometido con el movimiento trotskista. Desde el 2002, he tratado de ayudar a renovar y enraizar una izquierda con vocación de poder (hacer la revolución) a partir de la recuperación de las ricas y potentes tradiciones y experiencias emancipatorias de la América nuestra. Puedo decir entonces, sin exageración alguna,

que la mayor parte de mi vida y formación política estuvieron signadas por la Revolución Rusa y sus secuelas. Y esto fue así debido a que, más allá de las circunstancias familiares y personales que pudieron incidir en mi temprana opción por el comunismo, viví un tiempo en el que la Revolución Rusa no constituía solo un acontecimiento "histórico". Quienes hacían política podían estar a favor o en contra de la Revolución Rusa, admirar o criticar severamente a la URSS y a sus dirigentes, respaldar o combatir las grandes corrientes políticas con ella referenciadas... pero en todos los casos la Revolución Rusa operaba como un factor histórico y político presente. Incluso para los muchos que pretendían mantenerse equidistantes de Washington y Moscú pregonando una incierta "Tercera posición". Y más aún cuando la Revolución Cubana ratificó que el horizonte emancipatorio de nuestros pueblos se inscribía en un ciclo histórico iniciado en 1917.

Recordar el aire de aquellos tiempos permite advertir y destacar que la situación actual es muy diferente, por una suma de razones entre las que se destaca la restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética, en Europa del Este y en la República Popular China. Es verdad que desde 1989 y pasado el inicial triunfalismo de la "Revolución Conservadora" a nadie se le ocurre vaticinar *El fin de la historia* (lo ha reconocido el mismo Francis Fukuyama, autor de aquel efímero *best seller*). Pero no es menos cierto que, con la desaparición del campo socialista, llegó a su fin también toda una época del movimiento obrero internacional, de los combates por la liberación nacional y las izquierdas con ellos relacionadas. Aquellas revoluciones, la encarnizada disputa entre socialdemócratas, comunistas, anarquistas, trotskistas, maoístas, castristas y nacionalistas revolucionarios, las experiencias y debates de ese complejo batallar emancipatorio tuvo el horizonte de sentido signado por la constelación histórica, política, cultural e incluso geopolítica de la Revolución Rusa. Ya no es así. Ni podrá volver a serlo.

Y sin embargo, el terremoto organizativo, político y simbólico que "se llevó puesto" al campo socialista fue seguido por réplicas que aún se dejan sentir. A pesar del tiempo transcurrido desde que fuera derrumbado el Muro de Berlín, las izquierdas siguen deambulando entre los escombros de aquel cataclismo. No se ha terminado de asimilar críticamente lo ocurrido y sigue siendo necesario ocuparse del tema. Por eso,

al mismo tiempo que comprendemos y asumimos que para las nuevas generaciones la Revolución Rusa resulta un hecho histórico lejano y mal conocido, sostenemos que, como dijera Daniel Bensaïd, no todos los pasados tendrán el mismo futuro, ni renunciamos al ejercicio militante de la memoria. Al igual que Renán Vega Cantor, “concebimos a la memoria como una característica humana que no se reduce a recordar información desechable, sino que es esencial para nuestra vida, porque nos permite recordar, sentir, pensar, tener emociones y empatía”; como él luchamos por “la recuperación de la memoria de los vencidos y de sus luchas, para iluminar el tenebroso presente capitalista” (Vega Cantor, 2013: 187). El olvido, el desprecio infundado y la ignorancia sobre la Revolución Rusa y sus protagonistas hace parte del intento por generalizar la desmemoria que borra la historia de resistencia y lucha de los obreros, campesinos y pueblos coloniales que es el reverso de la historia oficial. La ofensiva neoliberal que impone como *ilusión real* la provocativa consigna lanzada por Margaret Thatcher en la década de 1980: “*There Is No Alternative*” (*TINA*), ha llevado a tal punto que, según observara Frederic Jameson, resulte más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Cuando se ha hecho de la revolución un impensable, cuando la pretensión de ir más allá del capital es descalificada como algo demencial, parece oportuno y necesario desafiar el sentido común estatuido por el sistema. A comienzos del siglo XX, a contramano de la arrogancia del capital imperialista y del posibilismo en la izquierda, hubo quienes comenzaron por redescubrir la actualidad de la revolución y el socialismo. Después llegarían la oposición a la guerra interimperialista de 1914, la Revolución de 1917, el poder de los soviets, la compleja experiencia del gobierno bolchevique, con sus luces y sombras, la apuesta internacionalista que no logró impedir el aislamiento de la revolución, el Termidor que desembocó en el stalinismo...Y, como efectos retardados, la restauración del capitalismo y la actual crisis de alternativa socialista.

De todo esto tratarán los ensayos reunidos en este libro. Espero que el esfuerzo por ordenar mis propias ideas y experiencias pueda ser una humilde contribución a la impostergable tarea de re-conocer la actualidad de la revolución en el siglo XXI.

Aldo Casas



Siglo XX: La actualidad de la revolución

Al comenzar el año 1917, nadie imaginaba que se estaba en vísperas del acontecimiento revolucionario más significativo e influyente del siglo XX. En el mes de enero, pocas semanas antes de la insurrección que derrocó al zar de Rusia Nicolás II, en una conferencia a jóvenes socialistas de Suiza, el exiliado Vladimir Lenin decía que en Europa parecía reinar un silencio sepulcral, pero advertía:

(...) los años próximos traerán a Europa, precisamente como consecuencia de esta guerra de pillaje, insurrecciones populares dirigidas por el proletariado contra el poder del capital financiero, contra los grandes bancos, contra los capitalistas. Y estas conmociones no podrán terminar más que con la expropiación de la burguesía, con el triunfo del socialismo. Nosotros, los viejos, quizá no lleguemos a ver las batallas decisivas de esa revolución futura. No obstante, yo creo que puedo expresar con plena seguridad la esperanza de que los jóvenes, que tan magníficamente actúan en el movimiento socialista de Suiza y de todo el mundo, no solo tendrán la dicha de luchar, sino también la de triunfar en la futura revolución proletaria (Lenin, 1985, t. 30: 334).

Esto suele mencionarse para destacar que el estallido de la Revolución Rusa sorprendió incluso a quien llegó a ser su principal dirigente. Pero la cita ilustra algo mucho más importante: aun ignorando *cuándo* podría comenzar, Lenin no remite “la futura revolución” a las calendas griegas¹ sino todo lo contrario: advierte sobre la actualidad de la revolución y llama a prepararse para luchar y triunfar en la misma.

El objeto de este ensayo es precisamente reivindicar a Lenin y aquella minoría irreductible de “los viejos” que, a pesar de la guerra imperialista de 1914 y a contramano de las desatadas pasiones chauvinistas, fueron capaces de mantener una postura revolucionaria. Su lucha venía desde bastante antes. Ya a finales del siglo XIX y más aún después del “ensayo general” que fue la Revolución Rusa de 1905, hubo socialistas (término que aquí se utiliza en un sentido amplio, incluyendo a socialistas, socialdemócratas, anarquistas, sindicalistas revolucionarios, etc.) que resistieron el curso reformista que por entonces se imponía en las organizaciones políticas y sindicales de los trabajadores, proponiendo tácticas, formas organizativas y métodos de lucha apuntados a terminar con la explotación del capital para dar paso a la construcción de una sociedad sin clases.

Ascenso y colapso de la Segunda Internacional

A comienzos del siglo XX el capitalismo estaba en plena expansión. Había superado la primera gran *crisis sistémica* del capitalismo (que no fue como suele creerse la de 1929, sino la que se había iniciado en 1870 y se prolongó durante casi veinte años en lo que se llamó “Gran Depresión”, que, nuevamente, no debe confundirse con la ocurrida en la década de 1930).

Se había ingresado en la fase *imperialista* del capitalismo, una fase o estadio en el que se exacerbaban las disputas entre las principales potencias del mundo (y las que pugnaban por alcanzar ese estatus privilegiado, como era el caso de los Estados Unidos de Norteamérica y Japón). Ellas intensificaban la explotación del mundo periférico (colonias y naciones dependientes) y se disputaban el reparto del mundo a fin de asegurarse mercados, materias primas y fuerzas

de trabajo más baratas, en suma: ganancias extraordinarias. Con el cambio de siglo se aceleró la expansión del mercado mundial, donde se enlazaban y enfrentaban monopolios e intereses imperiales generando tensiones económicas, políticas y militares, que amenazaban la estabilidad del sistema mundial de estados que lo sostenía e intentaba regular.

Paralelamente, también el movimiento obrero y socialista internacional experimentó profundas transformaciones. Superado el trauma del sangriento aplastamiento de la Comuna de París en 1871 y el consiguiente reflujo de las luchas y organizaciones obreras, incluida la disolución de la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional), en la misma ciudad de París se conformó en el año 1889 la Internacional de Partidos Socialistas y Organizaciones Laboristas, conocida también como Segunda Internacional o Internacional Socialista.² La reorganización y fortalecimiento del movimiento obrero se desarrolló con ritmos y características diversas en los distintos países y regiones del mundo. A despecho de esas desigualdades, tendió a predominar una especie de “división de tareas” o patrón dual: por un lado, los sindicatos que procuraban agrupar al mayor número posible de trabajadores para impulsar reivindicaciones económicas y laborales comunes frente a las patronales; y por el otro, los partidos laboristas o socialistas, que planteaban, en el terreno electoral y parlamentario, demandas políticas, ante todo el derecho al voto para todos los hombres mayores de edad y la legalización de las organizaciones obreras y socialistas. Es significativo que esta especie de “división de tareas” entre sindicatos (“de todos los trabajadores”) y organizaciones político-programáticas (según “afinidad ideológica”) tendió a replicarse también en diversas organizaciones anarquistas. Las ventajas inmediatas que esto pudo aparejar al movimiento obrero, a más largo plazo lo debilitaron, pues se perdió de vista el imprescindible espíritu de escisión ante el capitalismo; el sindicalismo hizo un principio de la negociación en pro de mejoras parciales, lo mismo hicieron los partidos con la búsqueda de votos y espacios institucionales, en ambos casos pasaron a convertirse en pesadas maquinarias burocráticas con funcionarios divorciados de la vida obrera.



Claro está que el peligro de especializarse en “avanzar por la línea de menor resistencia” no resultaba por entonces tan evidente. No debe olvidarse que, en la mayor parte del mundo, las actividades sindicales y políticas seguían siendo completamente ilegales o, en el mejor de los casos, severamente reprimidas. Un caso extremo era el del imperio zarista, donde la implacable policía política (*Ojrana*) desarticulaba sistemáticamente los intentos de organización obrera. Pero tanto en Europa y, más aún, en otros puntos del mundo, las organizaciones obreras debían librar duras batallas.

Sin embargo, la relativa prosperidad que siguió a la Gran Depresión comenzó a posibilitar que las burguesías imperialistas, siempre a regañadientes y en respuesta a las luchas, hicieran concesiones “selectivas”. Algunas franjas de trabajadores, con mayor organización y capacidad de presión, pudieron conquistar algunas reivindicaciones (aumentos salariales, mejores condiciones de trabajo, estabilidad, etc.) que los colocaban en una situación de relativo privilegio, generándose marcadas diferenciaciones en el seno de la clase obrera.

El nuevo contexto alentó tendencias acomodaticias. En el afán de lograr y conservar mejoras parciales y relativas, se fueron dejando de lado la acción directa, la movilización de masas y el recurso extremo de la huelga general. En el ejemplar caso de Alemania, sobre todo, el sindicalismo concentraba sus esfuerzos en la organización de efectivas campañas y acciones puntuales destinadas a presionar y negociar acuerdos con tal o cual sector de la patronal, que se convertían

en meta a perseguir por otros sectores del movimiento obrero. Los partidos se construyeron como maquinarias electorales capaces de impulsar campañas masivas en torno a las cuestiones que, en cada momento, permitieran obtener más votos y diputados, ganando visibilidad, prestigio “institucional” y capacidad de negociación a nivel parlamentario y a nivel de las administraciones locales... hasta que, en determinado momento, en Francia, un importante sector del socialismo (el “Millerandismo”)³ consideró admisible participar incluso en los gobiernos burgueses.

Revisionistas, reformistas... y social-patriotas

A pesar de impedimentos legales, represiones a veces muy violentas y furiosas campañas de desprestigio contra el “extremismo ateo” que llevaban adelante los gobiernos, la Iglesia católica y las cámaras empresariales, la Segunda Internacional se extendió y fortaleció. Los partidos socialistas y socialdemócratas ganaron peso electoral, en varios países consiguieron fuertes representaciones a nivel parlamentario y municipal, pasaron a contar con decenas de miles de afiliados y millones de votantes. Los sindicatos se convirtieron en organizaciones de masas, con millones de cotizantes y recursos económicos que en algunos casos impulsaron también un pujante y redituable movimiento cooperativista. Algunos se convirtieron en interlocutores que el gran capital apreciaba por su previsibilidad y capacidad de control y disciplinamiento de “la mano de obra”. Estas grandes organizaciones requerían de aparatos y gran cantidad de funcionarios que, alejados del control, necesidades y aspiraciones de los militantes y afiliados de base, servían de instrumento y soporte para los dirigentes de partidos, sindicatos, bloques parlamentarios, comisiones asesoras, etcétera.

La máxima expresión de esta tendencia y sus logros fue la compleja, diversificada y poderosa red de organizaciones trabajosamente construida por el Partido Obrero Social-Demócrata Alemán (SDAP),⁴ depositario directo del legado de Karl Marx y Friedrich Engels. Este partido había sido capaz de atravesar los doce años de

proscripción y persecuciones derivadas de las “leyes anti socialistas” impulsadas por el canciller Bismarck (entre 1878 y 1890) y la continua hostilidad de la monarquía prusiana de Guillermo II, cuyo régimen descansaba en un “reagrupamiento” de fuerzas reaccionarias (conservadores, *Junkers* y grandes industriales). Dado que este bloque reaccionario (y militarista) excluía a los socialistas, el SPD respondió erigiendo una virtual “contra sociedad” obrera que, evitando enfrentar abiertamente el poder constituido o desafiar su legalidad, aprendió a llevar adelante un trabajo de largo aliento con campañas propagandísticas y movilizaciones masivas muy bien organizadas y auto limitadas que lograron mejoras paulatinas en el nivel y condiciones de vida de los trabajadores y, sobre todo, fortalecieron la autoestima del movimiento obrero organizado y su fe en que la fuerza y capacidad del partido conduciría evolutiva pero inexorablemente al socialismo.

Con la consolidación de las tendencias al oportunismo y la colaboración de clases, la revolución desapareció del “orden del día” en los partidos de la Segunda Internacional y solo subsistía como un recurso retórico que podía agitarse “en los días de fiesta”. La fase de relativa prosperidad y expansión económica posterior a 1895 fue interpretada por los llamados *revisionistas* del marxismo como prueba suficiente de que el capitalismo había ingresado en un período histórico de sostenido desarrollo. Esta impresión llevó a postular que, en las nuevas condiciones, el objetivo de abolir el capital pasaba a ser tan irrealista como dañino; las organizaciones obreras debían concentrar todos sus esfuerzos para conseguir reformas económicas y ampliación de derechos democráticos. Tales objetivos debían alcanzarse por medio de la acción concertada del sindicato (en el terreno socio-económico) y del partido (a nivel político-parlamentario), conquistando posiciones, construyendo una relación de fuerzas más favorable y concertando alianzas con los elementos progresistas de la burguesía. Eduard Bernstein, quien fuera amigo personal y albacea literario de Engels, se convirtió en el principal impulsor de esta orientación con sus artículos sobre “Problemas del socialismo”, escritos a partir de 1887, y el libro *Las premisas del socialismo* (1899).

El Socialismo según Eduard Bernstein

Tal como yo lo veo, hay que concluir que el socialismo llega, está en camino, pero no como desenlace de una colosal batalla política decisiva, sino como fruto de toda una serie de victorias económicas y políticas del movimiento obrero en sus distintos campos de actuación; no como consecuencia de un aumento cada vez más considerable de la opresión, de la miseria, de la humillación de los obreros, sino como efecto de su creciente influjo social y de las relativas mejoras conquistadas por ellos de índole económica, política y ética. No es del caos de donde veo surgir la sociedad socialista, sino de las realizaciones de tipo organizativo de los obreros en el terreno de la economía libre, unidas a las instituciones y a los logros a nivel estatal y comunal de la democracia militante. Tras todas las convulsiones y todos los golpes de las fuerzas reaccionarias, a pesar de ellos, descubro cómo la misma lucha de clases adopta formas más civilizadas; y precisamente en ese ir civilizándose de las luchas políticas y económicas veo la mejor garantía de realización del socialismo.

Was ist Sozialismus?, Verlag für Sozialwissenschaft,
Berlín, 1922.

Las premisas del revisionismo fueron refutadas teóricamente por Karl Kautsky, considerado por entonces el principal teórico marxista (una especie de "Papa Rojo" del socialismo) y también, con notable elocuencia, por una joven y casi desconocida Rosa Luxemburgo, militante judía polaca recién llegada a Alemania. Después de sucesivos debates y muchas vacilaciones, las tesis del revisionismo fueron formalmente rechazadas, tanto en los congresos del SPD⁵ como en los de la Segunda Internacional. Bernstein fue derrotado porque Bebel y sus camaradas en la dirección mantenían la convicción de que el fortalecimiento del partido pasaba por ratificar su doctrinaria adhesión al marxismo e intervenir en las elecciones levantando sus propias banderas, sin buscar alianzas con los partidos burgueses, manteniendo en suma "la vieja

y probada táctica” de luchas sindicales parciales y auto-controladas y campañas electorales en torno a los ejes que en cada coyuntura permitiesen ganar más y más votos.

El Partido Socialdemócrata Alemán

Entre 1905 y 1911 su número de militantes se había duplicado; en 1914 superaba con mucho el millón de afiliados, 175.000 de los cuales eran mujeres. Poseía 89 periódicos, así como varias revistas teóricas y culturales, que empleaban a 11.000 trabajadores y contaban con cerca de un millón y medio de abonados: el más importante de los periódicos, el *Vorwärts!* (¡Adelante!) (...) tenía 165.000 lectores; la *Gleichheit* (Igualdad), destinada al público femenino 125.000; y *Wahre Jacob* (El Verdadero Jacob) periódico humorístico, 366.000. A partir de 1912 el partido tenía 110 diputados en el *Reichstag*, 220 representantes en los diferentes *Landtags* provinciales y 12.000 consejeros municipales [...] Mucho más que una máquina de combate, la socialdemocracia era una “contra-sociedad” ya constituida y dispuesta a sustituir a la sociedad establecida el día en que el capitalismo cediese el turno al socialismo. [...] Se ha hablado de una “integración negativa” de la clase obrera, consistente en una mejora material indiscutible y en un progresivo aburguesamiento de sus miembros y más aún de sus militantes, sin que a cambio de eso fuesen suprimidas las medidas discriminatorias y opresivas contra ella: situación que por su propia naturaleza no hacía posible recurrir a una prueba de fuerza entre dos clases antagónicas pero que en cambio dejaba subsistir un alto grado de desconfianza e incompreensión recíprocas (Jacques Droz, 1985-224: 91-95).

Como se acaba de señalar, el partido alemán y la Segunda Internacional rechazaron las tesis del revisionismo, pero el oportunismo y el reformismo se mantuvieron y reforzaron aún más en la *Realpolitik* de sus principales dirigentes sindicales y políticos. La

práctica y el horizonte político de la socialdemocracia dejó de lado el carácter revolucionario del marxismo para adoptar un doctrinarismo teórico funcional al conservadurismo organizativo y al oportunismo político.

El marxismo se convierte de ciencia de la revolución en doctrina “científica”...

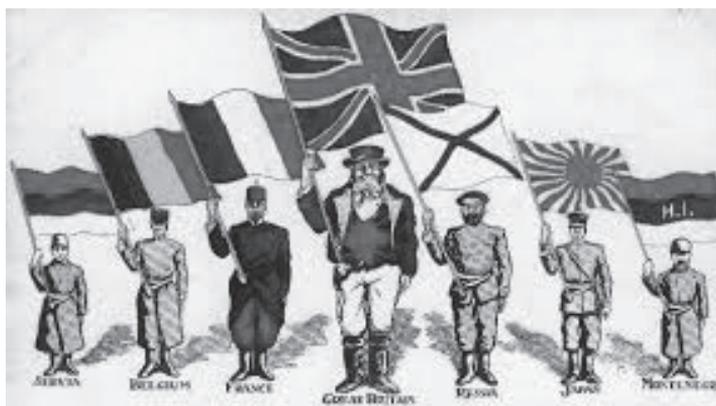
Marx y Engels no dejaron nunca en lo personal de ser revolucionarios; la socialdemocracia se olvidó, en cambio, gradualmente de tomar en cuenta la revolución como posibilidad política realista. Fue ilustrativa, a este propósito, la actitud abierta y confiada de Marx y Engels, en 1882, en el movimiento revolucionario popular ruso, de cuyos límites históricos se daban cuenta perfectamente, pero que se insertaba también en el marco del movimiento democrático revolucionario. Los socialdemócratas alemanes, en cambio, no lograban “comprender” que una revolución podía partir de la Rusia “atrasada”. Esa misma ceguera se repetiría en 1905 y de una manera más trágica en 1917. Se creaba de este modo un círculo vicioso a causa del cual la mayor conciencia de la clase obrera aumentaba su aislamiento político y cultural en relación con los demás estratos populares, campesinos y pequeño burgueses, perdiéndose así la unidad del pueblo que es la columna vertebral del movimiento revolucionario. El radicalismo verbal cubría una actitud meramente reactiva, defensiva del estrato profesional obrero que llenaba de contenidos políticos sustancialmente liberales, a despecho de la retórica antiburguesa. El marxismo se convierte de ciencia de la revolución en doctrina “científica” con una función utópica-compensatoria (Rusconi, 1981: 20).

El curso de la Segunda Internacional lejos estuvo de ser un proceso degenerativo lineal dictado por los cálculos políticos y justificaciones ideológicas de algunos dirigentes. El ciclo de implantación y fortalecimiento de la Internacional y sus partidos incrementó realmente las fuer-

zas y capacidad de movilización de la clase obrera. Las organizaciones de los trabajadores conquistaron un reconocimiento social y fuerza que los capitalistas no pudieron ignorar. Simultánea y contradictoriamente, la creciente institucionalización (y moderación) de los socialistas alimentó la burocratización de sindicatos y partidos, y atrajo a intelectuales y profesionales de clase media que ganaron creciente importancia (tanto en la dirección de los partidos como en las bancadas parlamentarias y municipales) atraídos por la posibilidad de “hacer carrera” política o sindical.

El socialismo *evolucionista* se identificó con las engañosas ilusiones de que la “modernidad”, el “progreso”, el “curso de la historia” y las “leyes de acero de la economía” eran vectores que preparaban y/o conducían al socialismo o a sociedades modernas y democráticas en las que no solo la miseria sino el antagonismo social tenderían a desaparecer. Se trató de un espejismo que invisibilizó las contradicciones del modo de producción y el sistema mundial de estados capitalista. Karl Kautsky estuvo ubicado en el ala izquierda del partido alemán cuando la lucha contra el revisionismo y formuló análisis y aportes valiosos en los debates internacionales que siguieron a la Revolución Rusa de 1905. Pero a partir de 1910 y sobre todo de 1912, cuando se abrió en Alemania una coyuntura de huelgas y crisis política y sectores de izquierda de la socialdemocracia rescataron la olvidada posibilidad de la huelga general, Kautsky comenzó por adoptar una postura *centrista* y luego acompañó sin reparos la deriva derechista de los cuadros que reemplazaron en la dirección a “la vieja guardia” que había corporizado Bebel. Contribuyó decisivamente a la difusión del *marxismo vulgar* que condiciona mecánicamente el cambio social al desarrollo de las fuerzas productivas, la consolidación de las instituciones democráticas, y las “leyes de hierro” de la economía y/o la “necesidad histórica”. La resultante política de ese “meta relato” aportaba a la extraña idea de que los socialistas eran revolucionarios organizados en un partido que no se planteaba la tarea de hacer la revolución, a la espera de que madurasen las condiciones para que les permitieran “llegar” al gobierno.

Kautsky no solo morigeró sus iniciales pronunciamientos anticolonialistas sino que llegó a sostener que el imperialismo no era más que *una* forma peculiar de expansión capitalista cuya extrema violencia afectaría los verdaderos intereses de la burguesía. Se sugería de ese



modo que los socialistas debían tratar de alejar a la burguesía de las “camarillas” belicistas (la industria pesada y el bloque agrario). La confianza en un capitalismo “pacífico”, en la democratización de los estados y en que la fuerza moral de la Segunda Internacional permitiría resolver los conflictos interestatales por medio del arbitraje quedó brutalmente desmentida con el estallido de la guerra y el colapso de la Internacional.

En el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart (1907) se había votado que, en caso de guerra, el deber de la socialdemocracia sería “intervenir para hacerla cesar inmediatamente” y utilizar “la crisis económica y política creada por la guerra para hacer agitación [con todas sus fuerzas] entre las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación imperialista” (Kriegel, 1985-225: 783). Después, el Congreso de Copenhague, en 1910, reiteró que “las guerras son producto del capitalismo y sobre todo de la competencia internacional de los estados capitalistas en el mercado mundial”.⁶ Pero el 4 de agosto de 1914, la bancada parlamentaria de la socialdemocracia en el *Reichstag* votó los créditos de guerra reclamados por Guillermo II y, de un día para el otro, la inmensa mayoría de los dirigentes socialistas de toda Europa capituló a los respectivos gobiernos y se convirtieron en *social-patriotas*. En cada uno de los países involucrados por el conflicto, los socialistas fueron arrastrados por el chauvinismo y el patriotismo bélico. La colaboración de clases para la defensa nacional y el esfuerzo de guerra pasaron a enaltecerse como *Unión Sagrada*. Solo en Rusia y Serbia la mayoría de los dirigentes socialistas se pronunciaron (inicial-

mente) en contra de la guerra (todos los diputados socialdemócratas en la Duma votaron en contra de los créditos de guerra, e incluso los “trudoviques” se retiraron de la sesión), el Partido Socialista Italiano se manifestó neutral y el ILP (Partido Laborista Independiente) optó por el pacifismo, pero el Partido Socialista Británico apoyó la guerra. Las direcciones sindicales se sumaron casi sin fisuras al “patriotismo”, incluyendo a la CGT de Francia que confluyó en este caso con la SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera) arrastrando a notorios izquierdistas como Lafuelle, Hervé y muchos anarquistas. Similar conducta adoptaron el *Tradeunionismo* británico, muchos sindicalistas revolucionarios e incluso venerados anarquistas como James Guillaume (superviviente dirigente de la AIT [Asociación Internacional de Trabajadores]) o el ruso Piotr Kropotkin (el más notable mentor intelectual del anarquismo) se pronunciaron en favor del *defensismo*.

Los que no capitularon

El Buró Internacional Socialista, a cargo por entonces del belga Huysmans y el austríaco Adler, quedó paralizado de un día para el otro y la súbita bancarrota tuvo un impacto desmoralizador que dejó incluso anonadados a los minoritarios y dispersos enemigos de la guerra imperialista: “luxemburguistas” en Alemania, “tribunistas” en Holanda, “estrechos” en Bulgaria, seguidores de Tranmael en Noruega, socialistas pacifistas de Italia o Suiza, bolcheviques, mencheviques internacionalistas, algunos eseristas rusos, los socialdemócratas de Serbia. Ni ellos ni los sindicalistas revolucionarios y anarquistas, que se mantuvieron al margen de la Unión Sagrada, estaban preparados para semejante catástrofe. Por lo tanto, no fue un trámite rápido ni sencillo sobreponerse a la derrota, restablecer contactos a despecho de diferencias, desconfianzas y difíciles condiciones derivadas de la guerra, para terminar de cortar los lazos con la vieja Internacional y debatir bases y ritmos para un reagrupamiento dispuesto a luchar con métodos y perspectivas revolucionarias contra la guerra imperialista.

En las conferencias de Zimmerwald⁷ (septiembre de 1915) y Kienthal (abril de 1916) algunas decenas de dirigentes, tan minoritarios

como heterogéneos, intentaron esbozar una perspectiva común en oposición a la Unión Sagrada y la guerra imperialista. Fueron intentos de corto alcance y la idea de una nueva internacional solo llegó a cobrar visibilidad e influencia *después* de la Revolución Rusa y la fundación (en 1919) de la *Internacional Comunista*. Sería equivocado, sin embargo, suponer que la recreación del marxismo revolucionario fue una creación *ex nihilo* de los bolcheviques. Por el contrario, incluso para comprender cabalmente la originalidad, límites y contradicciones de la corriente que luego se llamaría *comunista*, es imprescindible tener presente y prestar atención críticamente al aporte que a lo largo de muchos años y en orden disperso hicieron todos los revolucionarios que combatieron la degeneración de la socialdemocracia. Semejante investigación excede los objetivos y límites de este ensayo, pero no podemos dejar de recordar que existieron ricas polémicas teórico-políticas sobre la huelga general, la acción sindical y la lucha política, la espontaneidad y el rol del partido, las lecciones a desprender de la Revolución Rusa de 1905. Más en general, se trató de un sostenido y trabajoso esfuerzo tendiente a comprender y asumir la *actualidad de la revolución*, considerando las contradicciones del capitalismo como *totalidad* y recuperando la olvidada conexión entre *socialismo y revolución*. Se avanzó en el estudio y comprensión del imperialismo y el capital financiero, los monopolios y el Estado moderno, el desarrollo desigual y combinado, la expansión mundial del capital y su articulación con anteriores modos de producción en formaciones económico-sociales determinadas, etcétera.

También batallaron por mantener una perspectiva internacionalista y anticapitalista organizaciones y dirigentes que no fueron parte de la Segunda Internacional pero aportaron a la lucha de clases y el internacionalismo: los Industrial Workers of the World (IWW), fuertes en los Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelandia, con dirigentes de la talla de Bill Haywood, Lucy Parsons o James Connolly; los anarco-sindicalistas y sindicalistas revolucionarios como V. Griffuelhes, P. Monatte, A. Rosmer, Hubert Lagardelle (y durante algún tiempo Sorel); el sindicalismo asambleario y de base que se desarrolló en Gran Bretaña; poderosas organizaciones anarquistas, como la CNT/FAI de España, la Federación Obrera de la Región Argentina, el partido de los hermanos Flores Magón en México.

Rosa, Lenin, Trotsky...

Rosa Luxemburgo escribió *¿Reforma o Revolución?* (1900), *Problemas organizativos de la socialdemocracia* [rusa] (1904), *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906), *La acumulación del capital* (1913), y *La crisis de la socialdemocracia alemana* (1916). De la inmensa cantidad de libros y artículos escritos durante ese período por Vladimir Ilitch Ulianov, alias Lenin, optamos por destacar *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1898), *¿Qué Hacer?* (1902), *Un paso adelante, dos pasos atrás. La crisis en el seno de nuestro partido* (1904), *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* (1905), *Las divergencias en el movimiento obrero europeo* (1910), *El Socialismo y la Guerra* (1914), *El imperialismo fase superior del capitalismo* (1916). De León Trotsky, recordamos *Nuestras tareas políticas* (1904), *1905: Resultados y perspectivas* (1906) y *La guerra y la Internacional* (1914). Karl Liebknecht escribió *Militarismo y antimilitarismo* (1907). Nicolai Bujarin publicó *La economía mundial y el imperialismo* (1916). Antón Pannekoek, *Teoría marxista y táctica revolucionaria* (1909), *Acción de masas y Revolución* (1912). El también holandés Hermann Gorter, *El Materialismo Histórico* (1913) y *El Imperialismo, la Guerra Mundial y la Socialdemocracia* (1914). Khristian Rakovsky, de origen búlgaro pero también dirigente de la socialdemocracia revolucionaria en Rumania y Rusia, escribió *Los socialistas y la guerra* (1915). A simple título de homenaje e ilustración, este ensayo termina con tres recuadros o anexos que nos acercan al rigor teórico y la pasión política de Luxemburgo, Trotsky y Lenin.



Rosa Luxemburgo

La crisis de la socialdemocracia alemana ("Folleto Junius")

El socialismo es el primer movimiento popular del mundo que se ha impuesto una meta y ha puesto en la vida social del hombre un pensamiento consciente, un plan elaborado, la libre voluntad de la humanidad. Por eso Federico Engels llama a la victoria final del proletariado socialista el salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Este paso también está ligado por leyes históricas inalterables a los miles de peldaños de la escalera del pasado, con su avance lento y tortuoso. Pero jamás se logrará si la chispa de la voluntad consciente de las masas no surge de las circunstancias materiales que son fruto del desarrollo anterior. El socialismo no caerá como maná del cielo. Solo se lo ganará en una larga cadena de poderosas luchas en las que el proletariado, dirigido por la socialdemocracia, aprenderá a manejar el timón de la sociedad para convertirse de víctima impotente de la historia en su guía consciente.

Federico Engels dijo una vez: "La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie". ¿Qué significa «regresión a la barbarie» en la etapa actual de la civilización europea? Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. Esta guerra mundial es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias. Así nos encontramos hoy, tal como lo profetizó Engels hace una generación, ante la terrible opción: o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras. Tal es el dilema de la historia universal, su alternativa de hierro, su balanza temblando en el punto de equilibrio, aguardando la decisión del proletariado. De ella depende el

futuro de la cultura y la humanidad. En esta guerra ha triunfado el imperialismo. Su espada brutal y asesina ha precipitado la balanza, con sobrecogedora brutalidad, a las profundidades del abismo de la vergüenza y la miseria. Si el proletariado aprende a partir de esta guerra y en esta guerra a esforzarse, a sacudir el yugo de las clases dominantes, a convertirse en dueño de su destino, la vergüenza y la miseria no habrán sido en vano.

La clase obrera moderna debe pagar un alto precio por cada avance en su misión histórica. El camino al Gólgota de su liberación de clase está plagado de sacrificios espantosos. Los combatientes de junio, las víctimas de la Comuna, los mártires de la Revolución Rusa: una lista interminable de fantasmas sangrantes. Han caído en el campo del honor, como dijo Marx refiriéndose a los héroes de la Comuna, para ocupar para siempre su lugar en el gran corazón de la clase obrera. Ahora millones de proletarios están cayendo en el campo del deshonor, del fratricidio, de la autodestrucción, con la canción del esclavo en sus labios. Ni eso se nos ha perdonado. Somos como los judíos que Moisés llevó por el desierto. Pero no estamos perdidos y la victoria será nuestra si no nos hemos olvidado cómo se aprende. Y si los dirigentes modernos del proletariado no saben cómo se aprende, caerán para "dejar lugar para los que sean más capaces de enfrentar los problemas del mundo nuevo" [...]

El verdadero problema que la guerra mundial les ha planteado a los partidos socialistas, de cuya solución depende el futuro del movimiento obrero, es la disposición de las masas proletarias para luchar contra el imperialismo. El proletariado internacional no adolece de falta de postulados, programas y consignas, sino de falta de hechos, de resistencia efectiva, del poder de atacar al imperialismo en el momento decisivo, es decir, de guerra. No ha podido poner en práctica su vieja consigna de guerra contra la guerra. He aquí el nudo gordiano del movimiento proletario y de su futuro.

El imperialismo, con su política de fuerza bruta, con la cadena incesante de catástrofes sociales que provoca es, por cierto, una necesidad histórica de las clases dominantes del mundo contemporáneo. Sin embargo, nada podría ir en mayor detrimento del proletariado, que el que este arribara a la menor ilusión, a partir de la guerra actual, de que es posible un desarrollo idílico y pacífico del capitalismo. Hay una sola conclusión que el proletariado puede extraer de la necesidad histórica del imperialismo. Capitular ante

el imperialismo significará vivir para siempre a su sombra, alimentándose de las migajas que caigan de las mesas de sus victorias.

La historia avanza por medio de contradicciones, y por cada necesidad que trae al mundo, trae también su opuesto. La sociedad capitalista es, sin duda, una necesidad histórica, pero también lo es la rebelión de la clase obrera en su contra. (...) Nuestra necesidad es el socialismo. Nuestra necesidad recibe su justificación en el momento en que la clase capitalista deja de ser la portadora del progreso histórico, cuando se convierte en un freno, en un peligro para el desarrollo futuro de la sociedad. La guerra mundial demuestra que el capitalismo ha alcanzado esa etapa.

(Luxemburgo, 1976, tomo 2: 63 y 127).

Trotsky

La guerra y la revolución

Cuando el capitalismo pasa del estadio nacional al estadio imperialista y mundial, la industria de cada país, y al mismo tiempo la lucha del proletariado, pasan a quedar bajo la dependencia directa de las fluctuaciones del mercado mundial, que se desarrolla y garantiza con las marinas de guerra. Dicho de otra manera: en contradicción con el interés de clase de los trabajadores, aumentan los intereses de diversas capas del proletariado cada vez más dependientes de la política exterior del gobierno. [...] Negar las tendencias imperialistas en el seno de la Internacional y el inmenso rol que tuvieron en la conducta de los partidos socialistas, es cerrar los ojos ante lo evidente. Son hechos perturbadores. ¡Pero en ellos reside lo inexorable de la crisis revolucionaria! (...) Desde que el poder capitalista pasa a ser mundial, es decir imperialista, el proletariado no puede hacerle frente con un programa (llamado "mínimo") basado en la coexistencia de trabajadores y un gobierno nacional. [...] La derrota de la II Internacional es ante todo la bancarrota de su sistema táctico. Los métodos empleados en la oposición parlamentaria no solo son objetivamente infructuosos, sino que pierden todo valor ante los ojos de los trabajadores, que ven claramente el perfil del imperialismo por detrás de sus parlamentarios y constatan que son cada vez más dependientes de

los éxitos del imperialismo en el mercado mundial. Cualquier socialista que piense se da cuenta de que el pasaje del posibilismo a la revolución no puede ocurrir sin convulsiones históricas. ¡Pero que estas hicieran desmoronar a la Internacional, en cambio, es algo que nadie pudo prever! (...) ¡La historia agarró la escoba, barrió a la Internacional de los epígonos y arrojó a millones de seres humanos al campo de batalla, donde la sangre se derrama con sus últimas ilusiones! ¡Terrible experiencia! De su desenlace dependerá, posiblemente, el destino de la cultura europea. [...]

El proletariado, tras haber pasado por la escuela de la guerra, ante el primer choque advertirá la fuerza de hablar con lenguaje enérgico. “La necesidad hace la ley”, le responderá a quienes pretenden hablarle de legalidad. Esa cruel necesidad que reina soberana durante y después de la guerra, será capaz de rebelar a las masas.

El proletariado será quien sienta más vivamente el debilitamiento total en que se hundirá Europa. Los recursos materiales estarán agotados por la guerra y la posibilidad de satisfacer las exigencias de las masas será muy limitada. Esto conducirá inexorablemente a graves conflictos políticos que, ampliándose y profundizándose, pueden asumir el carácter de una revolución social cuyo curso y desenlace son, evidentemente, actualmente imprevisibles.

Por otra parte, la guerra, con sus inmensos ejércitos y sus diabólicas armas de destrucción, puede agotar no solamente los recursos materiales de la comunidad, sino también las fuerzas morales de los proletarios. [...] Si no encontrara resistencias internas, puede durar muchos años con éxitos provisorios de uno u otro campo, hasta el total agotamiento de los principales beligerantes. Toda la energía combativa del proletariado puede agotarse en este terrible trabajo de autodestrucción. ¡La resultante puede ser que nuestra cultura sea arrojada hacia atrás durante varias generaciones! [...]

Reunir las fuerzas del proletariado en la batalla por la paz, es atacar al imperialismo en todos los frentes. [...] La campaña por la paz debe ser llevada adelante simultáneamente y por todos los medios de los que dispone la socialdemocracia. Los ejes son: 1) liberar a los pueblos de la hipnosis del nacionalismo, y 2) depurar a fondo los actuales partidos oficiales del proletariado. Los nacional-revisionistas y los social-patriotas que aprovecharon las conquistas del socialismo y utilizaron su influencia sobre las masas trabajadoras para sus objetivos nacional-militaristas, deben ser

rechazados al campo de los enemigos de clase del proletariado. La socialdemocracia revolucionaria no teme quedar aislada. [...]

Los marxistas revolucionarios no tenemos razón alguna para perder la esperanza. La época en que entramos será nuestra época. El marxismo no está vencido. Por el contrario: si el estruendo de la artillería en todos los campos de batalla europea significa la bancarrota de las organizaciones históricas del proletariado, proclama también la victoria teórica del marxismo. ¿Qué queda actualmente del desarrollo "pacífico", de la desaparición de las contradicciones capitalistas, del crecimiento medurado y progresivo del socialismo? Los reformistas, que esperaban "llegar" por medio de la colaboración de la socialdemocracia con los partidos burgueses, se reducen ahora a desear la victoria de los ejércitos nacionales. [...]

La desorganización del orden mundial acarreará la del orden colonial. Las colonias perderán su carácter "colonial". Sea cual sea la salida del conflicto, la resultante solo puede ser el estrechamiento de la base del capitalismo europeo. La guerra no resuelve la cuestión del proletariado; por el contrario, la agudiza. Y el mundo capitalista queda entonces ante dos posibilidades: guerra permanente o revolución del proletariado. Si la guerra "pasó por encima" de la cabeza de la II Internacional, sus consecuencias inmediatas van a pasar por encima de las cabezas de la burguesía mundial. ¡Nosotros no nos dejamos llevar por la desesperación ante el naufragio de la Internacional, esa vieja forma ideológica barrida por la Historia! La era revolucionaria se creará a partir de las fuentes inagotables del proletariado que se elevarán a la altura de los nuevos problemas.

(Trotsky, 1974: 135)

Lenin

El Socialismo y la Guerra

Durante la existencia de la II Internacional se libró sin cesar una lucha en el seno de todos los partidos socialdemócratas entre el ala revolucionaria y el ala oportunista. En varios países (Inglaterra, Italia, Holanda y Bulgaria) se llegó, con este motivo, a la escisión. Ningún marxista dudaba de que el oportunismo expresaba la política burguesa en el movimiento obrero, los intereses

de la pequeña burguesía y de la alianza de una ínfima parte de obreros aburguesados con “su” burguesía, contra los intereses de las masas proletarias, oprimidas.

Las condiciones objetivas de fines del siglo XIX reforzaron especialmente el oportunismo, transformando la utilización de la legalidad burguesa en servilismo ante ella, creando una pequeña capa burocrática y aristocrática de la clase obrera e incorporando a las filas de los partidos socialdemócratas a muchos “compañeros de ruta” pequeñoburgueses.

La guerra vino a acelerar este desarrollo, convirtiendo el oportunismo en social chovinismo, y la alianza secreta de los oportunistas con la burguesía en una alianza abierta. Además, las autoridades militares han declarado en todas partes el estado de guerra y amordazado a las masas obreras, cuyos viejos jefes se han pasado, casi en su totalidad, al campo de la burguesía.

La base económica del oportunismo y del social chovinismo es la misma: los intereses de una capa ínfima de obreros privilegiados y de la pequeña burguesía, que defienden su situación excepcional y su “derecho” a recibir unas migajas de los beneficios que obtiene “su” burguesía nacional del saqueo de otras naciones, de las ventajas que le da su situación de gran potencia, etcétera.

El contenido ideológico y político del oportunismo y del social chovinismo es el mismo: la colaboración de las clases en vez de la lucha entre ellas, la renuncia a los medios revolucionarios de lucha y la ayuda a “sus” gobiernos en su difícil situación, en lugar de aprovechar sus dificultades en favor de la revolución. Si consideramos todos los países europeos en su conjunto, sin detenernos en tales o cuales personalidades (aunque se trate de las más prestigiosas), veremos que precisamente la corriente oportunista ha sido el principal sostén del social chovinismo, y que del campo revolucionario se alza, casi en todas partes, una protesta más o menos consecuente contra esa corriente. Y si examinamos, por ejemplo, la manera como se agruparon las diversas corrientes en el Congreso Socialista Internacional de Stuttgart, en 1907, veremos que el marxismo internacional se pronunció contra el imperialismo, mientras que el oportunismo internacional se manifestó ya entonces en su favor.

En el pasado, antes de la guerra, el oportunismo era considerado como una “desviación”, como una posición “extremista”,

pero, no obstante, se le concedía el derecho de ser una parte integrante del partido socialdemócrata. La guerra ha demostrado que esto ya no será posible en el futuro. (...) Hoy, la unidad con los oportunistas, siendo como es la escisión del proletariado revolucionario de todos los países, significa de hecho la subordinación de la clase obrera a "su" burguesía nacional y la alianza con ella para oprimir a otras naciones y luchar por los privilegios de toda gran potencia. [...] La clase obrera no puede cumplir su misión histórica sin librar una lucha implacable contra esa actitud de renegados, contra esa falta de principios, contra esa actitud servil hacia el oportunismo y contra ese increíble envilecimiento teórico del marxismo. El kautskismo no es fruto del azar, sino el producto social de las contradicciones de la II Internacional, de la combinación de fidelidad verbal al marxismo con la sumisión, de hecho, al oportunismo.[...]

Los socialistas no pueden alcanzar su elevado objetivo sin luchar contra toda opresión de las naciones. Por ello deben exigir absolutamente que los partidos socialdemócratas de los países opresores (sobre todo de las llamadas "grandes" potencias) reconozcan y defiendan el derecho de las naciones oprimidas a la autodeterminación, y justamente en el sentido político de esta palabra, es decir, el derecho a la separación política. El socialista de una gran potencia o de una nación poseedora de colonias que no defiende este derecho, es un chovinista. (...) A su vez, los socialistas de las naciones oprimidas deben luchar absolutamente por la unidad plena (incluida la unidad orgánica) de los obreros de las naciones oprimidas y de las naciones opresoras. La idea de una separación jurídica de las naciones (la llamada "autonomía nacional y cultural" propugnada por Bauer y Renner) es una idea reaccionaria.

La época del imperialismo es la época de la opresión creciente de las naciones del mundo entero por un puñado de "grandes" potencias, razón por la cual la lucha por la revolución socialista internacional contra el imperialismo es imposible sin el reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación. "Un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre" (Marx y Engels). Un proletariado que acepte que su nación ejerza la menor violencia sobre otras naciones no es socialista.

(Lenin, 1960, t. 21: 312 y 319)

Notas

1. Expresión utilizada para indicar que algo no se realizará nunca, ya que en Grecia no existían las *calendas*, que era una división del mes romano.
2. En la nueva organización inicialmente participó también el anarquismo, pero las organizaciones anarquistas fueron separadas en 1883 y definitivamente excluidas en 1896. Una de las pocas voces que se alzó en contra esa expulsión fue la de Pannekoek, socialista de izquierda de Holanda. La gran mayoría de la socialdemocracia alemana fue muy hostil al anarquismo y tendía a descalificar cualquier crítica de izquierda considerándola expresión de “anarquismo y espontaneísmo pequeñoburgués”.
3. En 1899, tras la crisis producida por el movimiento del general Boulanger y el caso Dreyfus, el gobierno Waldeck-Rousseau nombró ministro de comercio e industria al dirigente socialista Millerand. El caso mereció condenas y encendidos debates, pero en definitiva sentó el principio de que en la búsqueda de ocupar espacios institucionales era admisible participar en los gobiernos de la burguesía.
4. El Partido Socialista Obrero de Alemania (*Sozialistische Arbeiterpartei Deutschlands*, SADP) fue fundado en 1875, con la unión de la Asociación General de Trabajadores de Alemania (ADAV, impulsada por Lasalle) y el marxista Partido Socialdemócrata Obrero de Alemania (SDAP). En 1891 adoptó el nombre de Partido Socialdemócrata Alemán (SPD).
5. En los congresos de Hannover (1889), Lübeck (1901) y Dresde (1903), en el cual Bebel en persona batalló para que se rechazara (por 228 votos contra 11) esa táctica “tendiente a cambiar nuestra línea de actuación probada y gloriosa, basada en la lucha de clases, y a reemplazar la conquista del poder político y la implacable lucha contra la burguesía por una política de concesiones al orden establecido” (cit. en Droz, 1985-224: 64).
6. Incluso se presentó una enmienda que recomendaba enfrentar ese peligro con la preparación de “la huelga general obrera” y “la acción y agitación populares en sus formas más activas”, pero su votación fue postergada para el posterior congreso... que la guerra impidió.
7. Se reunieron treinta y ocho delegados socialistas de once países, doce provenientes del Imperio ruso (Martov, Axelrod, Trotsky, Lenin y Zinoviev, los eseristas Chernov y Natanson...), el holandés Gorter, el rumano Rakovsky, algunos diputados alemanes (Rosa Luxemburgo estaba en la cárcel), algunos sindicalistas franceses y socialistas italianos, polacos y suizos.



Los revolucionarios rusos (antes de 1917)

Los revolucionarios rusos tuvieron una activa participación en la Segunda Internacional (en los congresos socialistas internacionales y las publicaciones de sus secciones), desarrollaron relaciones estrechas con sus partidos más importantes (como los de Alemania, Austria y Francia, entre otros) y se involucraron en las polémicas, enfrentamientos y realineamientos de la socialdemocracia occidental. Para organizaciones relativamente débiles y muy perseguidas, esas relaciones y colaboraciones eran de extrema importancia. Además, muchos de sus dirigentes¹ vivieron largos años de obligado exilio en Londres, París, Berlín, Bruselas, Viena, Zurich, Ginebra, Roma o Nueva York y establecieron contactos con los más destacados referentes de la socialdemocracia internacional. Siendo así, lo dicho en otro ensayo dedicado al ciclo de ascenso y crisis de la Internacional Socialista vale también, en cierta medida, para los socialistas de Rusia. Sin embargo, más allá de esa experiencia compartida con el conjunto de la socialdemocracia, existen evidentes particularidades en las diversas tradi-

ciones y enconados conflictos de los revolucionarios de Rusia, cuyas organizaciones debieron forjarse bajo las duras condiciones impuestas por la autocracia y el imperio zarista y actuaron en sociedades muy distintas a las del resto de Europa; no solo por la represión, sino por la historia y formación económica-social de Rusia, el Estado absolutista modelado por la dinastía de los Romanov y su rol en la peculiar inserción de Rusia (poderosa y al mismo tiempo menesterosa) en el sistema-mundo capitalista.

Rusia, cárcel de pueblos e imperio periférico

Al comenzar el siglo XX, Rusia era un “imperio periférico” (...) El territorio comandado por el zar Nicolás II ocupaba vastas regiones con poblaciones diversas (...) Distintas victorias militares le habían permitido ganar un lugar dentro del coro de los grandes países europeos. Sin embargo, su condición de potencia se vería debilitada por el lugar en el que se encontraba en el sistema-mundo [...] A pesar de ser soberana y de dominar amplios territorios, Rusia combinaba rasgos del centro con los de la periferia. El centro económico europeo extraía de ella materias primas y su desarrollo industrial era relativamente pobre.

Consciente de esta situación, y preocupada por su fracaso militar en la guerra de Crimea (1853-1856), la elite rusa intentó diversas propuestas modernizadoras, que incluyeron la liberalización de los campesinos siervos en 1861 y proyectos para industrializar la economía [...] Gran parte de la inversión para el desarrollo de esta modernización provino, sin embargo, del extranjero. Capitales entonces disponibles de Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica, entre otros, invadieron la tierra rusa en busca de ingentes ganancias [...] Hacia 1902, más de 90 compañías extranjeras estaban establecidas en el país y el capital europeo tenía predominio, todo en el sector financiero. No obstante, Rusia seguía dependiendo del campo, y entre 1890 y 1913 fue, gracias al trigo y el centeno, el principal exportador de granos del mundo. [...] Esta forma de industrialización, típica de los países periféricos, contó con una deliberada intervención de la nobleza rusa. Esta última, junto con la familia del zar, era la verdadera

clase dominante del país y facilitó los requerimientos del capital extranjero. En el largo plazo, una de las consecuencias de esta dinámica fue que el zar se vio obligado a solicitar créditos en el exterior, lo que elevó el nivel de la deuda. Esto su vez generó un aumento constante de la presión fiscal sobre el campesinado, que conformaba la amplia mayoría de la población [...] De este modo, los sucesos que iba a experimentar Rusia en las primeras décadas del siglo XX no solo estuvieron vinculados a las propias tensiones internas, sino que tuvieron estrecha relación con la expansión del capital europeo y con la dinámica desplegada por el sistema mundo. [...] En el caso de la revolución en el siglo XX, esta fue concomitante con la crisis que en Europa se generó por la competencia de las potencias imperialistas, la cual desembocaría en la Primera Guerra Mundial (Baña & Stefanoni, 2017: 15-21).

Marx y el legado del *Narodichestvo*

Para ir más allá de las ideas recibidas sobre el marxismo en Rusia y su asimilación por los socialismos que se desarrollaron en esta vasta región, hay que remontarse a lo que escribió “el último Marx”. Y recordar, de paso, que la obra de Karl Marx fue conocida y valorada en Rusia mucho antes de que Plejanov se hiciera marxista, cuando aún no existían allí partidos obreros, pero sí revolucionarios.

De hecho, Marx fue introducido y difundido por revolucionarios que no eran marxistas: una primera versión al ruso del *Manifiesto comunista* fue obra del anarquista Mijail Bakunin, y *El capital* fue traducido por el populista Nikolai Danielson [*Nikolai-on*]. En una fecha tan temprana como 1872 se publicó en Rusia (tal vez porque los censores pueden haber considerado que ese voluminoso texto era incomprendible) la obra capital de Marx. El libro no solo circuló en Rusia antes que en Francia o Inglaterra, sino que se vendió *más y más rápido* que en la misma Alemania.

Marx mantuvo una copiosa correspondencia con Danielson, pues el interés que el prusiano rojo puso en Rusia nada tuvo de su-

perficial. Leyó o consultó unos 200 libros en ruso tratando de comprender aquella realidad, tanto en lo que guardaba relación con sus investigaciones sobre la propiedad de la tierra y la renta agraria, y por interés político en el desarrollo del movimiento revolucionario en Rusia.

Marx y los *Narodnikis*

(...) Marx aprendió ruso a partir de 1870, leyendo dos veces (primero en inglés, luego en ruso), la obra de Nikolai Gabrilovich Chernishevsky (1828-1899) [...] Marx venía siguiendo de cerca el proceso de emancipación de los siervos en Rusia, el desarrollo de la comuna rural, así como la lucha de los *narodnikis* (populistas radicales), con quienes simpatizaba sin ambigüedades. Existen al respecto numerosas pruebas en su correspondencia y escritos. [...]. Marx mantuvo correspondencia con el Comité Ejecutivo de la organización que atentó contra el zar [Alejandro II] e incluso tuvo trato personal con los representantes de este comité que vivían en el extranjero. Hasta tal punto Marx estaba interesado y simpatizaba con las actividades de esta organización, que existe un ejemplar, procedente de su biblioteca, del programa de miembros proletarios del *Narodnaia Volia* (La Voluntad del Pueblo). Ese ejemplar contiene abundantes notas y subrayados de Marx, testimonio del estudio a fondo aquel documento histórico (Kohan, 2018: 55).

El libro de Marx despertó curiosidad e interés, y también intensos debates teóricos y políticos, referidos tanto a la penetración y características del capitalismo en Rusia así como a las polémicas instaladas por los *Narodnikis* (populistas) en torno a las características y potencialidades de la comuna rural. Lo distintivo de esta corriente era su preocupación por la situación de la inmensa masa campesina de Rusia, parcialmente liberada de la servidumbre desde 1861, pero desprovista de bienes y cargada de deudas. El populismo era una corriente extremadamente heterogénea, con tendencias enfrentadas: eslavófilas

y reaccionarias algunas, pacifistas y liberales otras y una importante corriente con posiciones socializantes y “terroristas”. Con el telón de fondo histórico de las grandes revueltas agrarias del pasado (como la de Pugachev, entre 1773 y 1775), el populismo había llegado a ser la principal expresión del movimiento socialista o proto socialista entre 1860 y 1890, había recibido el aporte de la sección rusa de la Primera Internacional y Bakunin, de aventureros como Netchaev y también de intelectuales de fuste como Aleksander Herzen y Chernishevsky.

Herzen fue el primero que calificó a la *obschina* de célula socialista y al campesino ruso como socialista innato, capaz de crear con sus propias fuerzas el socialismo en Rusia. [...] Fue también el primero en lanzar la consigna “Tierra y Libertad” [...] Después de Herzen, N. Chernishevsky se pronuncia en favor de la *obschina*. Piensa que la *obschina* podría ser la base para el desarrollo socialista en el campo ruso, a condición de abolir la posesión señorial de las tierras e instalar una república democrática [...] y consideraba que apoyándose en la *obschina*, Rusia podía escapar a la fase capitalista e ir directamente hacia el socialismo (Ida Mett, 1968: 5).

Nikolai Chernishevsky (1828-1889), revolucionario, filósofo y escritor, estudioso de Feuerbach y Fourier, fue quien sentó las bases del populismo revolucionario, sufriendo por ello 19 años de cárcel y destierro (en prisión escribió la novela *¿Qué hacer?* cuyo título retomaría Lenin en su famoso libro de 1902). En 1860 impulsó la organización de la sociedad secreta Tierra y Libertad [*Zemliá i Volia*] desarticulada por la policía dos años después. En 1874, el movimiento Ir hacia el pueblo [*Khozhdenie v narod*] llevó a miles de estudiantes y miembros de la *intelligentsia* hacia las aldeas (sobre las que tenían una visión



Nikolai Chernishevsky

idealizada y romántica), pero se estrellaron con la incomprensión del campesinado, las provocaciones policíacas y la represión del Estado... En 1876 una segunda Tierra y libertad más rigurosamente clandestina se lanzó a golpear y desestabilizar al régimen, tratando simultáneamente de implantar en el campo "colonias revolucionarias", nuevamente sin éxito.

Para entonces, intelectuales como el ya mencionado Danielson, N. Mijailov, V. Vorontozov (y también Plejanov) ya estudiaban y debatían sobre la penetración del capitalismo en Rusia, adaptando y/o rechazando lo que conocían de Marx. Tierra y Libertad se disolvió en 1879, y algunos de sus seguidores se reagruparon en La Voluntad del Pueblo [*Narodnaia Volia*] que se lanzó decididamente al terrorismo y en 1884 ejecutó al zar Alejandro II. Al magnicidio siguió un fortalecimiento del régimen, que perfeccionó e incrementó la represión y alentó una ola de progromos, especialmente en Ucrania. De la disolución de 1879 surgió también la organización Reparto Negro [*Cherni Peredel*] que intentó reorientar su actividad hacia el medio obrero, aunque también ellos se disolvieron y debieron exilarse. Allí, Plejanov fundó en 1883 el Grupo para la Emancipación del Trabajo, primera organización declaradamente marxista de Rusia. Pero antes de ello, en febrero de 1881, la legendaria populista Vera Zasulich² (que con Plejanov se estaba aproximando al marxismo) decidió pedir la opinión del mismo Marx sobre la discusión con los populistas. Marx consideró tan importante la consulta que, para responder, escribió cinco textos³: tres esbozos preparatorios relativamente extensos, un borrador y la breve esquela de respuesta que finalmente envió el 8 de marzo, desautorizando a los vulgarizadores de sus ideas que pretendían además que todo lo que ocurría en el mundo quedaba explicado por esa vulgata. Marx precisa que *El capital* analiza el cambio en la propiedad de la tierra en base a los estudios sobre lo que había ocurrido en Inglaterra y Europa occidental, y que

[e]l análisis de *El capital*, por tanto, no aporta razones ni en pro ni en contra de la vitalidad de la comuna rusa. Sin embargo, el estudio especial que he hecho sobre ella, que incluye una búsqueda de material original, me ha convencido de que la comuna es el punto de apoyo para la regeneración

social de Rusia. Pero, para que pueda funcionar como tal, las influencias dañinas que la asaltan por todos lados deben ser primero eliminadas y luego se le deben garantizar las condiciones normales para su desarrollo espontáneo.

La respuesta de Marx a Vera Zasulich recién fue publicada en 1924, vale decir que hasta ese momento fue prácticamente ignorado el hecho de que sobre la base de sus propios estudios Marx llegó a formular una hipótesis fuerte sobre la *obschina* y su posible evolución, sosteniendo que en determinadas condiciones y circunstancias históricas podría ser “el punto de apoyo para la regeneración social de Rusia”. Y eso no es todo, pues en el prólogo para una nueva edición en Rusia del *Manifiesto comunista* que escribió en 1882, sostuvo que “Rusia constituye la vanguardia de la acción revolucionaria en Europa” y reiteró su heterodoxa hipótesis con estas palabras:

[...] en Rusia, frente al vértigo capitalista en raudo florecimiento, y la propiedad de la tierra burguesa que recién empieza a desarrollarse, encontramos que más de la mitad del suelo es propiedad común de los campesinos. Cabe preguntar: ¿puede la *obshchina* rusa –aunque es una forma intensamente socavada de la propiedad común originaria de la tierra– pasar inmediatamente a la forma superior de la propiedad común comunista? ¿O, inversamente, debe recorrer el mismo proceso de disolución que constituye la evolución histórica de Occidente?

La única respuesta hoy posible a esta pregunta es la siguiente: si la revolución rusa es la señal de una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, entonces la actual propiedad común de la tierra en Rusia puede servir de punto de partida para una evolución comunista (Marx-Engels, 2008: 79).

Es sorprendente que tan original y audaz indicación haya sido dejada de lado, casi sin discusión, por *todos* los dirigentes socialdemócratas de Rusia (tal vez por el enconado enfrentamiento que desde sus orígenes mantuvo el POSDR con el Partido Socialista Revolucionario, que se consideraba heredero del populismo).

El anarquismo

Hasta la década de 1880, los anarquistas en Rusia se confundían con los populistas y/o los primeros núcleos marxistas. Después, ya excluidos de la Segunda Internacional, desde los primeros años del siglo XX debieron enfrentar polémica y organizativamente la conformación (casi simultánea) del POSDR y el PSR. Ganaron para su causa a muchos militantes del *Bund* y se implantaron en el oeste y el sur de Rusia, gracias al prestigio de Bakunin y el príncipe Kropotkin y la difusión del periódico *Jleb i Vólja* [Pan y Libertad] introducido desde Polonia u Odesa. Participaron en las luchas de 1905-1907 en las ciudades industriales del Oeste, en Moscú, Petrogrado... y en la Flota. Desde entonces, sin llegar a fusionarse, mantuvieron estrecha colaboración con los maximalistas (grupo escindido de los eserista en 1907, partidario de una revolución socialista concebida según el modelo de la Comuna de París).

La amplia pero difusa presencia del anarquismo no se tradujo en una más efectiva influencia política debido a una suma de factores: un intransigente rechazo a la lucha política en algunos (eso hizo que fueran excluidos del Soviet de San Petersburgo en 1905), la proliferación de grupos que actuaban sin coordinación alguna y orientaciones divergentes (desde el terrorismo individual hasta el anarco-sindicalismo). También sufrieron el impacto de que, ante la guerra de 1914, su referente más conocido y respetado (el príncipe Kropotkin) se pronunciara en favor de los aliados. En cualquier caso, no cabe ignorar que fueron también protagonistas de la revolución iniciada en 1917, ocupando en ocasiones posiciones de máxima importancia (como Néstor Makhno, en Ucrania).

La socialdemocracia en Rusia (y en el exilio)

Georgy Plejanov, considerado "el padre del marxismo ruso", había comenzado su actividad política con los Narodniks, pero luego con Axelrod y Vera Zasulich fundaron el Grupo para la Emancipación del Trabajo en 1883. Declarándose marxista, entabló una dura polémica

con los populistas y sintetizó sus críticas hacia ellos en el libro *Nuestras diferencias* (1884), con una frase que llegó a ser célebre: “en Rusia sufrimos no solo desarrollo del capitalismo, sino también la insuficiencia de ese desarrollo”. A juicio de Plejanov, *El capital* demostraba la necesaria e inevitable transformación capitalista del campo ruso, sostenía que la *obschina* y el *mir* eran instituciones arcaicas y reaccionarias, que antes de que llegara el momento de luchar por el socialismo deberían desarrollarse el capitalismo y la clase obrera, etcétera. Este enfoque, sustancialmente diferente del que propusiera Marx,⁴ estuvo desde el principio presente en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR) fundado en 1889 (punto de partida simbólico, pues la organización fue inmediatamente desarticulada por la *Ojrana*). Plejanov participó con Lenin, Martov y la Krupskaya en el lanzamiento de *Iskra* [La Chispa] en diciembre de 1901.

El “padre del marxismo ruso” consideraba necesaria una revolución que terminase con la autocracia, conquistara libertades políticas y facilitara el inexorable y necesario desarrollo capitalista, una revolución burguesa que permitiría a la clase obrera organizada en un partido independiente luchar por la democracia y defender sus reivindicaciones económicas hasta que “madurasen” las condiciones para una revolución socialista. Desarrolló una vasta obra teórico-política que lo erigió como uno de los teóricos más importantes en la Segunda Internacional y en su propia tierra. “Plejanov educó, él solo, a toda una generación de marxistas rusos”, supo decir Lenin, un elogio que Trotsky morigera: “Fue el propagandista y el polemista del marxismo, pero no el político revolucionario del proletariado”.

Plejanov se opuso a Bernstein y los revisionistas europeos, y fue quien introdujo en el programa del POSDR el objetivo de “la dictadura del proletariado”, pero en los interminables enfrentamientos fraccionales del POSDR se posicionó casi siempre en el ala derecha de los mencheviques. Ante la Guerra asumió una firme postura “social-patriota”, en 1917 su grupo estuvo a la derecha de los mencheviques de derecha y se mantuvo como enemigo de la Revolución de Octubre hasta su fallecimiento en 1918.

Vladimir I. Ulianov reivindicaba la tradición revolucionaria de Chernishevsky y los populistas, y muchos consideran que algunas

de sus convicciones (el carácter conspirativo de la organización, los revolucionarios profesionales, el repudio a los filisteos y el oportunismo, etc.) guardan relación con aquella tradición. Sin embargo, la ejecución de su hermano mayor, el aplastamiento de *Narodnaia Volia* y su aproximación al marxismo hicieron que quien llegaría a ser Lenin encontrara otra vía para la lucha por la democracia y el socialismo. Se volcó a la militancia revolucionaria en la clase obrera y lo hizo en el preciso momento en que esta crecía tanto numéricamente como en combatividad. Con Iuri Martov y con quien luego sería su esposa, Nadiejda Krupskaia, fundaron la Unión de Lucha Para la Emancipación de la Clase Obrera. En diciembre de 1895 fue preso y confinado a Siberia. Como todos los socialdemócratas, abogaba por la modernización de Rusia y el fin de la autocracia, pero entendía que eso requería comprender y dar respuesta revolucionaria también a las nuevas contradicciones que generaba el desarrollo del capitalismo en Rusia.

Polemizó con los análisis y la política agraria de los populistas: *A propósito del llamado "problema de los mercados"* (1893), *¿Quiénes son los "amigos del pueblo" y cómo luchan contra los socialdemócratas?* (1894) y *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899). También enfrentó al llamado "Marxismo legal" de Piotr Struve y M. I. Tugan-Baranowsky, tendencia que pasó rápida y abiertamente al campo burgués. En el exilio fue el principal impulsor de *Iskra* y enfrentó políticamente a los "economicistas" de *Rabóchaia Misl* [El Pensamiento Obrero], *Rabócheie Dielo* [La Causa Obrera] y "El Credo" (versiones rusas del revisionismo).



Lenin y Martov

En *¿Qué hacer?* (1902) propone una orientación tendiente a transformar los dispersos e inestables grupos socialdemócratas en un verdadero partido, centralizado en torno al periódico como organizador colectivo sostenido y animado por la actividad conspirativa de "profesionales de la revolución",

organizadores prácticos [*praktiki*] capaces de organizar círculos estableciendo lazos con la clase a fin de apoyar y elevar a un nivel político socialista la lucha del proletariado, destinado a liderar a las más amplias masas populares en el camino de la revolución. Suele encontrarse (elogiosa o críticamente) en este libro el “modelo leninista” de organización, pero el mismo Lenin afirmó reiteradamente que su modelo de partido era el SPD alemán y que su libro respondía a un momento de severa ilegalidad y completa desarticulación de los núcleos socialdemócratas en Rusia. Y es un hecho que el bolchevismo adoptó formas organizativas muy diversas: si una invariante leninista existió, fue el irrenunciable empeño en construir (y controlar) una organización que hiciera posible “la fusión del socialismo científico con la clase obrera” (fórmula *erfurtiana* de Kautsky que no cabe analizar acá) y pudiera ganar incidencia efectiva en la lucha de clases asegurando la dirección del proletariado en la revolución. En 1903 se realizó el II Congreso del POSDR (comenzó en Bruselas, pero los delegados debieron trasladarse a Londres para evadir el control policial) con un resultado decepcionante: desde ese momento, el POSDR se caracterizó por la continua división y enfrentamiento de bolcheviques (“mayoritarios”) y mencheviques (“minoritarios”), en torno a los cuales orbitaron múltiples reagrupamientos menores (a veces fugaces) y personalidades tan diversas como Aleksander Bogdanov, Máximo Gorki, Anatoly Lunatcharsky, Aleksandra Kollontay, León Trotsky, David Riazanov, Karl Radek...

El Partido Social-Revolucionario

Hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuatro o cinco núcleos herederos del populismo fundaron el Partido Socialista Revolucionario, con el liderazgo de un joven Viktor Chernov (que por entonces se declaraba marxista), y el periódico *Revolutsionnaia Rossia* [Rusia Revolucionaria]. Según Anweiler:

Al igual que los marxistas, ellos distinguían dos fases en la revolución –la primera conduciría al derrocamiento del zarismo, la segunda tendría como resultado la transformación

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

socialista de la sociedad-, pero tenían la esperanza de completar la transición del primero al segundo estadio tan rápida y directamente como fuera posible. Hacia 1903, su periódico *Revolutsionnaia Rossia* adelantó a veces literalmente lo que posteriormente sería la teoría de la “revolución permanente” de Trotsky y las alusiones de Lenin al tema (Anweiler, 1974: 92).

Los SR intervinieron en la revolución de 1905 y en diciembre de ese año celebraron su I Congreso. Según el programa, “el pueblo trabajador” (el campesinado y la clase obrera), con el aporte de la *intelligentsia*, debía constituir el bloque de fuerzas impulsor de la revolución. Priorizaban la intervención en el seno del campesinado, pero ganaron también influencia en el movimiento obrero y sobre todo entre los estudiantes, y un gran respaldo en las regiones periféricas de Rusia (tenían una concepción “federalista” de la organización). En su laxa estructura coexistían militantes revolucionarios muy radicales, junto a los que consideraban imprescindible la colaboración de la burguesía liberal con posturas muy próximas a los mencheviques... y el “aparato militar” de su Organización de Combate, incontrolado e incontrolable (pero permeable a la infiltración: en determinado momento, su máximo jefe fue un agente de la *Ojrana*, encargado de los atentados contra personeros del régimen y de las “expropiaciones” para obtener recursos financieros. Divididos inicialmente ante la guerra de 1914, la mayoría de la dirección derivó a posiciones defensistas.

El “ensayo general” en 1905

Cuando el siglo XX apenas había comenzado y los dirigentes de la Segunda Internacional ya no pensaban en la revolución, los socialistas rusos debieron participar en una verdadera revolución de masas y a escala de un imperio, un “ensayo general” de la Revolución Rusa de 1917:

Los acontecimientos de 1905 fueron el prólogo de las dos revoluciones de 1917: la de febrero y la de octubre [...] La guerra ruso-japonesa hizo tambalearse al zarismo. La bur-

guesía liberal se valió del movimiento de las masas para infundir un poco de miedo desde la oposición a la monarquía. Pero los obreros se emanciparon de la burguesía, organizándose aparte de ella y frente a ella en los soviets, creados entonces por vez primera. Los campesinos se levantaron, al grito de "¡Tierra!", en toda la gigantesca extensión del país. Los elementos revolucionarios del ejército se sentían atraídos, tanto como los campesinos, por los soviets, que, en el momento álgido de la revolución, disputaron abiertamente el poder a la monarquía. Fue entonces cuando actuaron por primera vez en la historia de Rusia todas las fuerzas revolucionarias: carecían de experiencia y les faltaba la confianza en sí mismas. Los liberales retrocedieron ostentadamente ante la revolución en el preciso momento en que se demostraba que no bastaba con hostilizar al zarismo, sino que era preciso derribarlo. La brusca ruptura de la burguesía con el pueblo, que hizo que ya entonces se desprendiese de aquella una parte considerable de la intelectualidad democrática, facilitó a la monarquía la obra de selección dentro del ejército, le permitió seleccionar las fuerzas fieles al régimen y organizar una sangrienta represión contra los obreros y campesinos (Trotsky, 2016: 21).

De la experiencia no todos sacaron similares conclusiones. En el ala derecha, Plejanov formuló un juicio negativo sobre lo ocurrido, porque se había atemorizado y alejado a la burguesía y también porque el recurso de los trabajadores a la violencia y a las armas constituía un grave error. La mayoría de los mencheviques, que habían participado en los soviets, sin compartir el balance de Plejanov, siguieron insistiendo en que el carácter burgués de la revolución imponía que en ella debían participar "todas las fuerzas vivas de la sociedad" (entiéndase: la burguesía liberal y la *intelligentsia*). En la izquierda, las conclusiones que Trotsky resumió en unas pocas frases fueron muy distintas:

El populismo, como el eslavofilismo, provenía de ilusiones de que el curso de desarrollo de Rusia habría de ser algo único, fuera del capitalismo y de la república burguesa.

El marxismo de Plejanov se concentró en probar la identidad de principios del curso histórico de Rusia con el Occidente. El programa que se derivó de eso no tuvo en cuenta las peculiaridades verdaderamente reales y nada místicas de la estructura social y el desarrollo revolucionario de Rusia. La idea menchevique de la revolución, despojada de sus episódicas estratificaciones y desviaciones individuales, equivalía a lo siguiente: la victoria de la revolución burguesa en Rusia solo era posible bajo la dirección de la burguesía liberal y debe dar a esta última el poder. Después, el régimen democrático elevaría al proletariado ruso, con éxito mucho mayor que hasta entonces, al nivel de sus hermanos mayores occidentales, por el camino de la lucha hacia el socialismo.

La perspectiva de Lenin puede expresarse brevemente por las siguientes palabras: La atrasada burguesía rusa es incapaz de realizar su propia revolución. La victoria completa de la revolución, por mediación de la "dictadura democrática del proletariado y los campesinos", desterraría del país el medievalismo, imprimiría al capitalismo ruso el ritmo del americano, fortalecería al proletariado en la ciudad y en el campo y haría posible efectivamente la lucha por el socialismo. En cambio, el triunfo de la revolución rusa daría enorme impulso a la revolución socialista en el Oeste, y ésta no solo protegería a Rusia contra los riesgos de la restauración, sino que permitiría al proletariado ruso ir a la conquista del poder en un período histórico relativamente breve.

La perspectiva de la revolución permanente puede resumirse así: la victoria completa de la revolución democrática en Rusia solo se concibe en forma de dictadura del proletariado, secundado por los campesinos. La dictadura del proletariado, que inevitablemente pondría sobre la mesa no solo tareas democráticas, sino también socialistas, daría al mismo tiempo un impulso vigoroso a la revolución socialista internacional. Solo la victoria del proletariado de Occidente podría proteger a Rusia de la restauración burguesa, dándole la seguridad de completar la implantación del socialismo (Trotsky, *s/f*: 378).

Lenin destacó también que para asegurar el triunfo de la revolución sería posible y necesario preparar la insurrección y estar dispuestos a enfrentar con las armas la inevitable violencia de la contrarrevolución. En los debates posteriores a 1905 hubo también muy importantes aportes de Rosa Luxemburgo y de Karl Kautsky, quien escribió un ensayo que respaldaron tanto Trotsky como Lenin, por cuanto avanzaba la hipótesis de que el liderazgo del proletariado y la socialdemocracia podría hacer de la Revolución Rusa un “proceso combinado”: derribando a la autocracia y llevando adelante las tareas democrático-burguesas que los liberales no se atrevían a asumir, la clase obrera y su partido avanzarían también sus propias reivindicaciones...

Después de 1905...

[...] se acentúa todavía más la contradicción entre el zarismo y las exigencias de la historia. La burguesía se fortificó económicamente, pero ya hemos visto que su fuerza se basaba en la intensa concentración de la industria y en la importancia creciente del capital extranjero. Adoctrinada por las enseñanzas de 1905, la burguesía se hizo aún más conservadora y suspicaz. El peso específico dentro del país de la pequeña burguesía y de la clase media, que ya antes era insignificante, disminuyó más aún. La intelectualidad democrática no disponía del menor punto consistente de apoyo social. Podía gozar de una influencia política transitoria, pero nunca desempeñar un papel propio: hallábase cada vez más mediatizada por el liberalismo burgués. En estas condiciones, no había más que un partido que pudiera brindar un programa, una bandera y una dirección a los campesinos: el proletariado. La misión grandiosa que le estaba reservada engendró la necesidad inaplazable de crear una organización revolucionaria propia, capaz de reclutar a las masas del pueblo y ponerlas al servicio de la revolución, bajo la iniciativa de los obreros (Trotsky, 2016: 22).



Queda la impresión de que aquellos “balances” no prestaron la debida atención a la mezcla explosiva de descontento nacional y social que se verificaba en las fronteras del imperio. De hecho, en algunos casos, la influencia de los marxistas pareció ser mayor en la periferia que en el centro, y pudo verificarse también que a los bolcheviques les resultaba difícil ganar base social más allá de los rusos étnicos, y especialmente entre los campesinos, cuyo potencial revolucionario era sin embargo innegable. Eso explica tal vez que la influencia de los socialdemócratas de Georgia y Letonia durante la revolución en el campo fuese mayor que la de los SR, o que los bolcheviques tuvieran muy poca influencia entre los campesinos e incluso los trabajadores agrícolas antes de 1917. A pesar del empeño en construir un partido que representara y organizara a todo el proletariado de la Rusia imperial, las raíces de los bolcheviques entre los no-rusos y su política hacia ellos eran frágiles en vísperas de 1917.

Sobreviviendo a la reacción y la guerra

El “ensayo general” de 1905 fue contenido y luego derrotado con una combinación de limitadas concesiones y dura represión militar contra los insurrectos obreros en Moscú y contra las rebeliones

campesinas que estallaron y se prolongaron a lo largo de todo 1906. Hacia 1907, quedó claro que se había iniciado una etapa reaccionaria (Lenin recién lo reconoció un año después), con un profundo reflujo del movimiento de masas y el desplazamiento hacia la derecha de gran parte de la *intelligentsia*.

Esto afectó a los revolucionarios rusos de diversas maneras y a todos los niveles. Agravó las disputas fraccionales entre los exiliados y golpeó duramente la actividad e influencia de todas las organizaciones en el interior. La situación comenzó a cambiar en 1910 y en 1911 fue evidente un nuevo y fuerte ascenso de las luchas obreras. Lenin consideró imprescindible un viraje que asegurase la eficaz intervención del POSDR como partido en los futuros acontecimientos revolucionarios y, para ello, los bolcheviques asumieron (prácticamente en soledad) la preparación del Congreso que se reunió en Praga en enero de 1912. Se expulsó a los “liquidadores” que amenazaban el carácter conspirativo de la organización pero al mismo tiempo se votó constituir “núcleos socialdemócratas ilegales rodeados de una red tan extensa como sea posible de asociaciones obreras legales”. Con esta orientación, en abril lanzaron legalmente el diario *Pravda* [La verdad] –que no debe confundirse con la publicación del mismo nombre editado por Trotsky en Viena–. La influencia de los bolcheviques aumentó significativamente y llegaron a convertirse en dirigentes del poderoso movimiento huelguista que solo fue interrumpido por el estallido de la guerra. Como bien señala un documentado historiador conservador:

En los dos años siguientes a 1912, hubo un espectacular aumento tanto del número de huelgas en la industria como de su nivel de militancia, que culminó en julio de 1914 con una huelga general en San Petersburgo [...] los trabajadores de las capitales [...] se alejaron de todos los partidos democráticos (incluyendo los mencheviques) que abogaban por la adopción de métodos constitucionales o graduales y se acercaron a los bolcheviques, que defendían la acción directa de los trabajadores en la lucha violenta contra el régimen (Figes, 2017: 277).

Otro historiador (en este caso trotskista) presenta un sintético cuadro del accidentado recorrido del POSDR con estas palabras:

Luchando políticamente, Lenin logró ser reconocido desde 1905 como representante ruso (junto con Plejanov) en el Buró Socialista Internacional (BSI), cargo que mantuvo hasta la explosión de la Primera Guerra Mundial. En ese marco, se produjo el "Congreso de Unidad" del POSDR, en 1906. En 1907, en el Congreso Internacional de Stuttgart, la moción sobre la actitud y el deber de los socialistas en caso de guerra ("utilizar la crisis provocada por la guerra para precipitar la caída de la burguesía"), fue presentada conjuntamente por Lenin, Rosa Luxemburgo y el menchevique Martov. Cuando en enero de 1912 la Conferencia (bolchevique) de Praga consumó la escisión con los mencheviques, Lenin no la presentó como una ruptura entre reformistas y revolucionarios, sino entre los defensores del "verdadero partido obrero" contra los "liquidacionistas" (partidarios de un partido "legal"); y en defensa de "el único partido existente, el partido ilegal" a través de Kamenev, en representación de Lenin, en el BSI de noviembre de 1913. En 1912, los bolcheviques habían luchado para imponerse como únicos representantes del POSDR en el Congreso Socialista de Basilea. En 1914, debido al aislamiento internacional de los bolcheviques (incluso del ala izquierda de la Internacional Socialista, cuya dirigente Rosa Luxemburgo se aliara con los mencheviques "internacionalistas" de Martov y el "Bloque de Agosto" liderado por Trotsky), los bolcheviques admitieron una nueva y nunca realizada "Conferencia de Unificación" del socialismo ruso (Coggiola, 2017: 174-175).

La mayoría de los historiadores considera que el POSDR quedó formalmente dividido en dos partidos independientes desde que el Congreso de 1912 eligió un Comité Central con mayoría bolchevique que fue desconocido por el resto de los socialdemócratas (pero el Comité de Organización que intentaron oponerles fracasó completamente). Es discutible si el bolchevismo decidió constituirse como partido independiente en 1912⁵ o si esa situación se les impuso inde-

pendientemente de su voluntad hasta que en agosto de 1917 ese partido, cuantitativa y cualitativamente renovado, adoptó formalmente la denominación de POSDR (bolchevique). Lo que no admite discusión es que entre 1903 y 1912, cuando bolcheviques y mencheviques eran realmente parte del mismo POSDR, siempre funcionaron como fracciones dura y agresivamente enfrentadas: con distintos periódicos y revistas, distintas estrategias aplicadas por separado, distintos bloques en la Duma, distintas conferencias o congresos de fracción, distintas finanzas, distintos órganos de dirección, etc. Los violentos enfrentamientos fraccionales jamás fueron superados, pese a las presiones en tal sentido de la Internacional y los repetidos intentos de reunificación. La prolongada crisis de la socialdemocracia rusa fue confusa y “desprolija”, alimentada por discrepancias organizativas, metodológicas y políticas, mezcladas con choques de personalidades que el exilio, las dificultades materiales y las peleas por el manejo del dinero del partido exacerbaban. Sobre el tema se ha dicho y escrito muchísimo, sin agotar una cuestión sobre la cual en algunas de sus primeras obras fijaron posición los protagonistas más conocidos: *Un paso adelante, dos pasos atrás* de Lenin (1904); *Nuestras Tareas*, de León Trotsky (1904); *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* de Rosa Luxemburgo (1904).

Sería tan equivocado considerar que Lenin fue el único culpable del fraccionalismo como eximirlo de toda responsabilidad. Su batalla por construir la dirección del partido de arriba hacia abajo, desde el exterior y con un centralismo que en definitiva pesaba más que la democracia, tal vez haya sido inevitable y debe reconocerse que tuvo un buen resultado en términos prácticos. Esto no significa que los medios utilizados para lograrlo deban ser justificados ni erigidos en modelo a seguir. El mismo Lenin intentó en más de una oportunidad corregir los efectos no deseados de esos métodos, polemizando en 1905 con “los hombres de comité” [*Komitetchiki*] o reclamando que en momentos de ascenso revolucionario se abrieran las puertas del partido a la plena y directa participación de los obreros. El bolchevismo de 1917 llegó a ser un verdadero partido revolucionario de masas en el que era posible la libre discusión de posiciones y el Comité funcionó como dirección colectiva en la que Lenin estuvo muchas veces en

minoría. No es evidente, sin embargo, que los posteriores "leninistas" tomaran debida nota de esto.

El impacto de la guerra

Ninguno de los agrupamientos socialistas en Rusia fue inmune al impacto desorganizador de la guerra y el chauvinismo. La fracción de los mencheviques se dividió entre una mayoría partidaria de la "defensa de la patria" (defensistas), encabezada por Plejanov, que apoyaba el esfuerzo de guerra del zar, aduciendo que Rusia tenía derecho a defenderse contra un agresor extranjero, y la minoría internacionalista, dirigida por Martov, que consideraba que se trataba de una guerra imperialista y era partidario de impulsar una campaña en favor de "una paz democrática y sin anexiones". El PSR también se dividió entre los defensistas, para quienes la victoria militar de los aliados era previa y más importante que la revolución, y los internacionalistas, partidarios de la revolución para terminar con lo que, también ellos, consideraban una guerra imperialista. Los bolcheviques fueron el único partido que en general se mantuvo unido oponiendo a la guerra una radical estrategia internacionalista y revolucionaria: convocar a que los trabajadores del mundo vuelvan las armas contra sus propios gobiernos, a fin de terminar con la carnicería, la rapiña imperialista y el sometimiento de las naciones oprimidas. Su perspectiva era transformar la guerra en una ola de guerras civiles o revoluciones contra el capitalismo, episodios diversos de una misma revolución socialista internacional.



La situación al comienzo de la guerra

Por esas fechas, la situación en Rusia es enormemente confusa. En general, los bolcheviques ocupan las mejores posiciones; sin embargo, sigue existiendo un ferviente deseo de unidad. En determinadas ciudades, coexisten grupos bolcheviques y mencheviques que despliegan, tanto unos como otros, actividades legales e ilegales, en directa dependencia del Comité Central o bien unidos con unos vínculos menos fuertes al Comité de Organización. No obstante, en la práctica, todo se encuentra en plena evolución. En algunos lugares, se acerca la escisión y en otros la unificación. La guerra pondrá fin a este cuadro de conjunto. Muchos grupos locales subsistirán como grupos socialdemócratas, sin unirse a ninguna de las dos grandes fracciones y contando entre sus miembros, a partidarios de ambas. Además y, a pesar de la escisión de 1913, los diputados bolcheviques y mencheviques de la Duma se unirán, con el nombre de fracción socialdemócrata, para votar contra los créditos de guerra.

Los bolcheviques permanecen 16 meses sin dirección efectiva. Centenares de militantes son detenidos, encarcelados o deportados; otros se encuentran en el ejército (éste es el caso de los obreros a los que se moviliza en sus propias fábricas). Se inicia un nuevo período de reacción en el que el militante queda reducido a la calidad de individuo aislado. Cuando, a partir de 1916, los obreros empiezan a integrarse de nuevo en la lucha, la fracción bolchevique cuenta, como máximo, con 5.000 miembros dentro de una organización que poco a poco se ha reconstruido. Solo posee un puñado de cuadros; esos pocos hombres que, durante la ante-guerra han aprendido a organizar y agrupar a los obreros, a dirigir sus luchas y a eludir las fuerzas represivas, constituyen, en definitiva, los elementos de la vanguardia revolucionaria que Lenin había tratado de formar a lo largo de toda la complicada historia del partido obrero socialdemócrata ruso y de su fracción bolchevique (Broué, 2005: 34).

En las fronteras del Imperio

El movimiento revolucionario en Rusia no estuvo animado exclusivamente por las organizaciones y dirigentes hasta aquí mencionados, con especial relieve del POSDR y sus fracciones. Es preciso completar el panorama llamando la atención sobre el significativo aporte de los marxistas de la periferia del Imperio.⁶ Es ampliamente desconocida la existencia e importancia que tuvieron los partidos socialistas de algunas de las nacionalidades no-rusas incorporadas por la fuerza en la “cárcel de pueblos” que fue el Imperio. Antes de la guerra, los rusos étnicos no llegaban a ser el 50 % de la población del imperio, y la mayoría de los socialdemócratas no estaba encuadrada en el POSDR, sino en los diversos partidos socialistas “nacionales”, vale decir, no-rusos existentes: mencheviques y bolcheviques sumados habrían sido, aproximadamente, solo el 22%.

Principales organizaciones marxistas en el imperio zarista (1890-1914)⁷		
Organización	Año de fundación	Pico de afiliados
Partido Socialista Polaco	1892	55.000
Socialdemocracia del Reino de Polonia	1893	40.000
Socialdemocracia georgiana Mesame Dasi	1893	20.000
Partido Social Demócrata de Lituania	1896	3.000
Bund en Rusia y Polonia	1897	40.000
Partido Social Demócrata de Finlandia	1899	107.000
Partido Revolucionario de Ucrania	1900	3.000
Unión Social Demócrata de Letonia	1903	1.000
Org. Socialdemócrata del Trabajo Armenia Específicos	1903	2.000
Fracción Bolchevique del POSDR	1903	58.000
Fracción Menchevique del POSDR	1903	27.000
Partido Obrero Socialdemócrata letón	1904	23.800
Partido Socialdemócrata musulmán Hummet	1904	1.000
Unión Social Demócrata ucraniana Spilka	1904	10.000

La concepción predominante entre los socialdemócratas rusos era que el POSDR era el partido de la clase obrera de toda Rusia para luchar en contra de la autocracia y su Estado imperial, y no se admitían en su seno organizaciones “nacionales”. En la fracción bolchevique se mantuvo a rajatabla el criterio de un partido pan-ruso, centralizado, opuesto por principio a criterios de tipo federativo, a despecho de la tensión que esto generaba con arraigados sentimientos nacionales presentes en los trabajadores. Poca atención se prestó al hecho de que el Estado de los zares era el de un imperio, y no un Estado-nación como cualquier otro. Tampoco se analizaban las razones por las cuales la fuerza y dinamismo de algunas organizaciones socialistas eran mayores en la periferia que en el centro, al menos hasta la revolución de 1905.

La “cuestión nacional” planteaba problemas que iban mucho más allá del tipo de partido que mejor podía asumirla. El “derecho de las naciones a la autodeterminación” había sido formalmente reconocido y adoptado por la Segunda Internacional ya desde el Congreso de Londres (1896), pero su significado y alcance era impreciso. Casi todos los socialistas en el imperio zarista –con la notable excepción de Rosa Luxemburgo y su Partido Socialista de Polonia y Lituania– apoyaban el principio de la autodeterminación nacional, pero la traducción del concepto en términos políticos y programáticos no era sencilla ni lineal. Para Lenin, por ejemplo, era necesaria y suficiente la defensa en general de esa consigna, pero la mayoría de los socialdemócratas en las nacionalidades no-rusas consideraba que debía proyectarse en concretas reivindicaciones de autonomía, federalismo o independencia nacional, según los casos. La falta de claridad en este terreno se reflejó en duras y nunca completamente saldadas discusiones teóricas y políticas, pero también tuvo consecuencias para el mejor desarrollo de la revolución en 1917 y aún más cuando el poder soviético debió pasar a la institucionalización de la URSS.

Lenin, la guerra y la revolución ***Ruptura con la Segunda Internacional y el “kautskismo”***

Al comenzar el siglo XX, las concepciones predominantes en la socialdemocracia occidental habían dejado de ser revolucionarias. Adaptándose y adoptando un criterio crudamente *evolucionista*, la Segunda Internacional había llegado a considerar que la Modernidad, el Progreso, y las leyes de acero del desarrollo económico eran los vectores que preparaban y conducían al socialismo. Desconocían o minimizaban las contradicciones del capitalismo y cerraban los ojos al peligro de que la guerra arrastrase a la humanidad hacia la barbarie.

Kautsky, el más destacado teórico de la Segunda Internacional, contribuyó desde ese pedestal a la vulgarización de un marxismo mecanicista, que “ataba” las posibilidades de cambio social al desarrollo de las fuerzas productivas y el perfeccionamiento de las instituciones democráticas que, con mirada puramente eurocéntrica, asociaba a la modernidad. El prestigio de los grandes partidos socialistas y la capacidad de encuadramiento de los sindicatos de masas educaban y sujetaban al proletariado a la idea de que nada era más importante y necesario que acumular fuerzas, organización y disciplina, *hasta que* madurasen las condiciones que permitieran que el socialismo “llegara” al gobierno. Las ilusiones en que era posible un capitalismo “pacífico” y la confianza en que la democratización de los estados y la fuerza moral de la Segunda Internacional permitirían zanjar los conflictos interestatales por medios arbitrales duraron... hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial.

El 4 de agosto de 1914, sin previo aviso, la bancada parlamentaria (¡en su conjunto!) del poderoso Partido Socialdemócrata Alemán votó los créditos reclamados por Guillermo II para ir a la guerra. Y de un día para el otro, la inmensa mayoría de los dirigentes socialistas de toda Europa fueron capitulando a cada uno a sus respectivos gobiernos. Los oportunistas revelaron ser *social-patriotas*. Kautsky pretendió “explicar” la catástrofe diciendo que la Segunda Internacional estaba preparada para la paz pero no para tiempos de guerra, con lo que en realidad reconoció que era completamente inútil.

Incluso los socialistas que se oponían a la guerra, los *internacionalistas*, minoritarios y dispersos,⁸ quedaron anonadados. No fue rápido ni sencillo superar tan inesperada como catastrófica derrota, restablecer contactos, superar antiguas diferencias y arraigadas desconfianzas, atreverse a cortar los lazos con la vieja Internacional, acordar un *tempo* compartido para construir un reagrupamiento dispuesto a luchar con métodos y perspectivas revolucionarias contra la guerra y, en perspectiva, una nueva Internacional. Hubo diversos aportes, y fueron muy importantes los de Rosa Luxemburgo, León Trotsky y Nicolai Bujarin, entre otros, pero aquí me ceñiré a los de Vladimir I. Ulianov, Lenin.

El dirigente de los bolcheviques escribió por aquellos años *El socialismo y la guerra* (en 1914), *El imperialismo y la escisión del socialismo* y *El imperialismo fase superior del capitalismo* (ambos en 1916) para mencionar solo tres de particular significación entre la inmensa cantidad de cartas, artículos periodísticos y folletos producidos en este período.

Sin dar la espalda a los debates más generales sobre la naturaleza y dinámica de la crisis del capitalismo, las mutaciones en el sistema mundial de estados y las incertidumbres que planteaba la guerra mundial, los textos de Lenin se distinguen por una machacona insistencia en

Abonnementstabelle:
 1. Vierteljahr ...
 2. Halbjahr ...
 3. Ganzjahr ...

Verkaufspreis:
 1. Vierteljahr ...
 2. Halbjahr ...
 3. Ganzjahr ...

Verkaufsstellen:
 Bern, Zürich, Basel, etc.

Verkaufspreis:
 Ein Exemplar ...

Offizielles Publikationsorgan der sozialdemokratischen Partei der Schweiz.

Samstag abend, 18. September **XXIII. Jahrgang (XXVIII. Jahrgang des Schweizer Sozialdemokraten).** **1915. — Nr. 218**

Internationale sozialistische Konferenz zu Zimmerwald (Schweiz).

Proletarier Europas!

Proletarier!

Wichtig als ein Jahr dauert der Krieg. Willkommen von Soldaten
 werden die Schicksale, Willkommen von Wunden werden die
 die ganze Welt zu Reizeisen gemacht. Europa gleich einem
 gigantischen Brandherd. Die ganze Welt ist ein
 nicht mehr unerschütterlich gefestigte Ritzel ist der Bewusstheit
 gemacht. Die militäre Weltmacht ist ihrer Kräfte beraubt
 sind, was die Welt der Weltigkeit ausmacht.
 Wägen auch immer die Weltigkeit über die ununterschiedliche

Interessen, einer Ziele, einer Ideale, mit einem Wort: die
 Klassenische Unterordnung unter den Burglichen.
 Man bemüht sich bei Möglichkeit, eine Weltliche, eine Weltliche,
 einen Gewinn zu erzielen, man versucht es auch, eine Fortschritt
 zu erleben und sie zu verteidigen. Die Werte getarnt, die
 politischen Rechte und Freiheiten mit ihnen getarnt — so bereitet
 diese die Weltliche Welt mit einem Hand.
 Die Welt, der die gesamte Weltliche Europa und der

Seit Ausbruch des Krieges habt ihr eure Zeitkraft,
 euren Mut, eure Hingabe in den Dienst der
 bekämpften Klassen gestellt. Man gilt es, für die eigene
 Sache, für die heiligsten Ziele des Sozialismus
 einzustehen, für die Befreiung der unterdrückten Völker wie der
 geschiedenen Klassen einzustreten durch den unerschütterlichen,

la necesidad de luchar (teórica, política y prácticamente) por el *derrocamiento* del capitalismo. Todo el énfasis estaba puesto en la importancia del factor activo y consciente en la revolución. Para ello, y para enfrentar los nuevos desafíos que planteaba la guerra, apeló más que nunca (en lo que algunos llaman “giro hegeliano”) al *método* y la *dialéctica* de Marx. Reflexionando sobre la situación mundial en cuanto *totalidad*, pudo denunciar la gravedad de la catástrofe (conflicto bélico *mundial*, desmoronamiento de la Internacional, millones de obreros matándose entre sí), advirtiendo también que se abría una *posibilidad histórica* de derrocar al capitalismo, porque tamaños desequilibrios y sufrimientos incitarían a la revolución en Europa y que, en el caso de Rusia (por ser el “eslabón más débil” del sistema) la guerra conduciría casi directamente a la revolución y a la liquidación del zarismo.

Entiéndase que Lenin no “proclamaba” el advenimiento de la revolución, ni escribía textos agitativos para reanimar el golpeado ánimo de los militantes. Planteaba la sobria pero tajante caracterización de que la prolongación del conflicto, la inestabilidad de gobiernos y estados, y el creciente descontento de millones de proletarios armados para que se despanzurraran entre sí, implicaba un bárbaro retroceso civilizatorio pero generaba también “una situación revolucionaria” con la posibilidad de “saltos” en la subjetividad de individuos y masas. Y todo su discurso apuntaba a ese desarrollo de la conciencia. Su convicción era que atreverse a explicar que “transformar la actual guerra imperialista en guerra civil es la única bandera proletaria correcta” era ya parte del desarrollo de la revolución en el plano subjetivo.

La conferencia del puñado de *internacionalistas* que se reunieron en septiembre de 1915 en la pequeña localidad Suiza de Zimerwald⁹ fue un primer paso hacia el reagrupamiento. Allí los bolcheviques lograron que la carnicería bélica fuese definida como *guerra imperialista*, pero la estrategia que proponían para enfrentarla fue rechazada, y no solo por la mayoría *centrista* de los concurrentes, sino también por los *espartaquistas* alemanes, por Racovsky y Trotsky. Hubo ásperas discusiones¹⁰ hasta llegar a una declaración consensuada que Lenin y sus compañeros aceptaron con reservas.

Otros participantes en las reuniones de Zimerwald y Kienthal criticaron la intransigencia, ultimatismo y “espíritu de capilla” de los

bolcheviques, cuyos métodos polémicos rayaban a veces lo injurioso. Pero justo es reconocer que, en lo esencial, Lenin tenía razón: los revolucionarios debían dirigirse directamente a las masas (y muy especialmente a los obreros y campesinos uniformados y armados) y explicar que, para poner fin a la carnicería, la rapiña y la opresión imperialista a otras naciones, deberían levantarse en contra de sus propios gobiernos y transformar el interminable conflicto fratricida en una ola de guerras civiles y revoluciones, una *revolución socialista internacional*. Ahora bien: preparar e intervenir en esa *revolución socialista* requería una perspectiva estratégica y un nuevo marco organizativo, y eso, a juicio de Lenin, exigía una tajante delimitación de la socialdemocracia y *también* de los “centristas”. Tal vez porque él, más que otros, había idealizado a la socialdemocracia alemana y, asumiéndola como modelo, era en esto intransigente:

La clase obrera no puede desempeñar su papel revolucionario en el mundo de no llevar una guerra implacable contra esa apostasía, contra esa falta de principios, contra esa actitud servil ante el oportunismo, contra ese envilecimiento teórico sin igual del marxismo. El kautskismo no es fortuito, sino un producto social de las contradicciones de la II Internacional, de la combinación de la fidelidad verbal al marxismo con la subordinación, de hecho, al oportunismo (Lenin, vol. 26: 344).

Ya desde 1915 Lenin planteó la necesidad de construir una Tercera Internacional, y comenzó a ajustar a la nueva situación sus ideas previas sobre la revolución en Rusia, a fin de preparar a su partido para que fuese capaz de asumir una nueva combinación de tareas. Escribió en septiembre de ese año:

(...) la guerra abarca ahora a toda Europa, a todos los países adelantados, en los que existe un poderoso movimiento socialista de masas. La guerra imperialista ha vinculado la crisis revolucionaria en Rusia, crisis que ha surgido sobre el terreno de la revolución democrática burguesa, a la crisis creciente de la revolución proletaria, socialista, en Occidente. Este

vínculo es tan directo que ya es absolutamente imposible ejecutar por separado las tareas revolucionarias en uno u otro país: la revolución democrática burguesa en Rusia es ahora no solo el prólogo, sino también una parte integrante inalienable de la revolución socialista en Occidente (Lenin, 27: 28).

Se advierte acá el germen de las ideas que dos años después, para escándalo de muchos “viejos bolcheviques”, Lenin expresó en las *Tesis de Abril*. Pero también cabe suponer que cuando formulaba tales previsiones estaba aplicando algo que ya había aprendido con el “ensayo general” que fuera la revolución de 1905. Aquella experiencia le había enseñado (o confirmado) que para *preparar* la revolución es necesario preverla y, recíprocamente, que *prever* la revolución es también prepararla. Esto indica que las previsiones de Lenin, basadas en una rigurosa y concreta consideración de hechos y circunstancias, incluyen también un elemento *volitivo*: se formulaban para esclarecer y motivar al proletariado y hacían parte de la gestación de esa situación revolucionaria. Si alguna previsión revelaba ser equivocada, o el desarrollo de los acontecimientos tomaba un rumbo inesperado, se la modificaba. En Lenin, la elaboración teórica es indisociable del esfuerzo práctico-político dirigido a fomentar una voluntad colectiva dispuesta a llevar la revolución “hasta el fin”.

Lenin descalificaba duramente las posiciones políticas carentes de realismo y efectividad y consideraba que el diletantismo era indigno de dirigentes revolucionarios, pero lo hacía desde una concepción que estaba en las antípodas de la *Realpolitik* a la que se aferraba la socialdemocracia. Lenin actuaba con un *voluntarismo revolucionario* que (al menos en el período de la guerra y la revolución en 1917) resultó ser mucho más realista que la miopía posibilista, porque deliberadamente articulaba una firme decisión estratégica y una máxima flexibilidad táctica, tratando de partir siempre de “el análisis concreto de la situación concreta” y ateniéndose a la “práctica social como criterio de verdad”. Utilizando esos mismos criterios podemos seguir aprendiendo con sus aciertos y sus errores.

Notas

1. Podemos mencionar sin ningún orden a Georgui Plejanov, Pavel Axelrod, Vera Zassulich, Vladimir I. Ulianov (Lenin), Nadiejda Krupskaia, Iuli Márto, León Trotsky, Grígori Zinoviev, Alexander Bogdánov, Inessa Armand, Alexander Chliapnikov, Félix Dzerjinsky, Liev Kámenev, Nikolai Bujarin, Alexandra Kollontai, Anatoli Lunatcharsky, Karl Radek, Christian Rakovsky, David Riazanov, Boris Savinkov, Nicolai Sujánov, Víctor Chernov, Moises Urítski, entre otras y otros socialdemócratas y eseristas (como se llamaba a los integrantes del Partido Socialista Revolucionario) que pasaron parte del exilio en Europa.
2. Zassulich había atentado contra el general Trepov, gobernador de San Petersburgo, que había hecho azotar a un preso político (Kohan, 2019: 56).
3. Cf. Marx & Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos (Editorial Progreso, Moscú, 1974), t. III. [Marxists Internet Archive, Julio de 2001].
4. Marx y Engels no respaldaron la cruzada contra el populismo de Plejanov y evitaron identificarse con quien por momentos parecía, más que revolucionario, admirador del capitalismo. En cierta ocasión, Engels le respondió a Plejanov que no podía tomar posición sobre una cuestión que éste le planteara diciendo que carecía de elementos, pero –con algo de malicia– agregaba: “los amigos de *Narodnaia Volia* me dicen otra cosa”.
5. Algunos investigadores destacan que existió un genuino esfuerzo de los bolcheviques para que el congreso contara con la participación de organizaciones socialdemócratas sin alineamiento fraccional y, muy especialmente, de los “mencheviques de partido” que respondían a Plejanov. Ciertamente es que se eligió un Comité Central con clara mayoría bolchevique, pero también lo es que fueron electos no-bolcheviques, con una representación muy superior a su fuerza real.
6. Debo reconocer que prácticamente todo lo que en este punto expongo está inspirado en el artículo de Eric Blanc, “Liberación nacional y bolchevismo: la aportación de los marxistas de la periferia del Imperio zarista”, publicado en www.sinpermiso.info el 1/6/2014.
7. Aclara Blanc que la cantidad de miembros de los partidos clandestinos en la Rusia zarista es notoriamente poco fiable, dada la inexistencia de listas de afiliados y la tendencia de todos los grupos a exagerar su tamaño. El número de mencheviques que se consigna no incluye a los SD georgianos o la Spilka ucraniana, dado que actuaban como partidos independientes, a pesar de su afiliación formal a la fracción menchevique (de la que constituían, respectivamente, alrededor del 30% y el 10% de los miembros totales). Omitimos la extensa lista de fuentes utilizadas por Blanc para compilar la tabla.
8. “Luxemburguistas” en Alemania, “tribunistas” en Holanda, “estrechos” en Bulgaria, seguidores de Tranmael en Noruega, socialistas pacifistas en Italia y Suiza, socialdemócratas de Servia. En Rusia, casi todos los bolcheviques, los mencheviques alineados

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

con Martov, el grupo que acompañaba a Trotsky en la *Pravda* de Viena, e inicialmente algunos *eseristas* rusos como Chernov (que luego derivó al “defensismo”).

9. Los *zimerwaldianos* realizaron una segunda conferencia en Kienthal, en abril de 1916, pero las diferencias no fueron zanjadas. “La izquierda de Zimerwald” (o sea, la minoría que coincidía con Lenin) consideraba imprescindible una total ruptura con los social-patriotas y caracterizaba como “centristas” a quienes, por una u otra razón, no lo hicieran. En sus Tesis de Abril de 1917 Lenin planteó la urgente necesidad de fundar una nueva Internacional. Esto comenzaría a concretarse en el congreso realizado en Moscú entre el 2 y el 6 de marzo de 1919, en el que se fundó la Tercera Internacional (a pesar de la oposición del Partido Comunista Alemán-Liga Espartaco).
10. Se dice que una discusión entre Rakovsky y Lenin llegó a tal extremo que fue necesaria la intervención de terceros para que no terminaran a los puñetazos.



La Revolución Rusa “a contrapelo”

El 23 de febrero de 1917 (según el calendario Juliano, 8 de marzo en el Gregoriano) comenzó en la ciudad de Petrogrado una insurrección que, en poco más de una semana, puso fin a los tres siglos del reinado autocrático de la dinastía Romanov e inició la gran Revolución Rusa. El hecho es muy conocido, pero su verdadera naturaleza y alcances siguen siendo objeto de investigaciones y polémicas, porque la historia no es algo que *fue* allá lejos y hace tiempo, la historia siempre *es* en tanto la pensamos e interpretamos desde el mundo y el tiempo en que vivimos. Como escribiera un gran novelista argentino, “la revolución es un sueño eterno”. Y más cuando se trata del impar *proceso* revolucionario que trastocó el antiguo orden de todo un Imperio (Rusia, Ucrania, Polonia, Finlandia, Estonia, Lituania, Georgia, Armenia, pueblos del Cáucaso, etcétera) y condujo a la otra insurrección, que ocho meses después, instituyó la República Soviética con el Concejo de Comisarios del Pueblo como órgano ejecutivo. La Revolución Rusa debe ser considerada también desde el punto de vista de la *revolución mundial* por ser indisoluble del ciclo revolucionario que conmovió a Alemania y otros países europeos, para

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

luego extenderse hacia Oriente y otros puntos del mundo, y tuvo expresiones político-organizativas como la Internacional Comunista (o Tercera Internacional), concebida como partido mundial de la revolución socialista.

La Revolución Rusa devino factor activo (ideal y materialmente) de la historia contemporánea durante un período que la agudeza y oficio de algunos historiadores denominó “el corto Siglo XX” (Eric Hobsbawn) o “el siglo soviético” (Moshe Lewin). Denominaciones útiles en tanto no se olvide que las periodizaciones, siempre opinables y relativas, lo son aún más referidas a una revolución que encontró tanto su institucionalización como su negación en la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS). Un proceso en que múltiples movimientos histórico-sociales se superpusieron como capas tectónicas, con dinámicas y orientaciones diversas:

Las consecuencias del periodo 1914-21 y los efectos combinados de la década de 1920 y los primeros años de la siguiente fueron, para usar la afortunada definición de Moshe Lewin “una suerte de cohete de tres etapas, cada una de las cuales brinda una durable fuerza de propulsión, pero que produce también nuevos equilibrios y elementos de crisis que se suman a los heredados del pasado”. La combinación de estos tres elementos es indispensable para una explicación, sea del decenio que sigue a la Revolución de Octubre, sea para el período stalinista, o sea para lo que sucedió tras su desenlace (Agosti, 2017: 2).

Acá se re-examinarán algunos momentos y/o interpretaciones del período que fue de febrero a octubre de 1917, intentando dejar de lado visiones maniqueas, relatos mitológicos, afeites y prejuicios que, deliberada o inadvertidamente, enemigos y amigos de la revolución fueron agregando a lo largo de más de cien años. Repasar “a contrapelo” esa historia puede servir para rescatar voces y puntos de vista de los hombre y mujeres “de a pie” que fueron protagonistas de aquella gesta.

Hace algunos años Ezequiel Adamovsky escribió...

(...) la Revolución Rusa es uno de los acontecimientos más conocidos de la historia: todo el mundo sabe al menos algo, tiene alguna referencia respecto de ella. Pero es, probablemente, uno de los acontecimientos peor conocidos. (...). Tanto liberales como comunistas han difundido durante décadas sus propias interpretaciones de la revolución, motivadas por intereses ideológicos. Los liberales necesitaban condenar cualquier intento de establecer un sistema no capitalista, por lo cual tendieron a presentar historias de la revolución centradas en la figura de Lenin y el Partido Bolchevique, para tratar de establecer una vinculación clara entre ellos y el stalinismo. De esta manera, toda la experiencia revolucionaria aparecía reducida y simplificada, además de aparecer condenada por ser el antecedente directo de los horrores de Stalin. (...) Aunque su mirada sobre la revolución era por supuesto positiva, los fundadores del Estado soviético y del movimiento comunista internacional también contribuyeron a empobrecer y a hacer unidimensional el acontecimiento de la revolución. También a ellos les convenía que todo el proceso histórico quedara reducido al accionar de Lenin y los bolcheviques. Al convertirlos en protagonistas casi únicos de la revolución, los gobernantes de la URSS se legitimaban a ellos mismos como sus herederos. Por su parte, los comunistas de otras partes del mundo podían dar autoridad a sus argumentos y a su línea estratégica presentando a la Revolución Rusa como un ejemplo exitoso (...) la revolución aparecía como la epopeya de la clase obrera conducida por su partido de vanguardia en su camino al socialismo. El movimiento comunista internacional, incluyendo a su rama trotskista, difundió esta imagen durante décadas y aún sigue haciéndolo. (...)

Muchos aspectos centrales de la revolución han quedado sepultados y ocultos bajo el peso de las visiones míticas o condenatorias. Muchos de esos aspectos poco conocidos quizás puedan ayudarnos todavía hoy a pensar una política emancipatoria o a analizar los complejos vínculos entre los movimientos sociales radicales y el plano de la política y sus organizaciones (Adamovsky, 2007: 14).

En vísperas del incendio

Ya en 1916, después de tres años de guerra, la situación de Rusia era desesperante. Habían muerto en las trincheras 1.800.000 soldados, otros 2.000.000 eran prisioneros de guerra y de 1.000.000 más no se sabía nada... Pese a lo cual la *Stavka* (Cuartel General de las Fuerzas Armadas del Imperio Ruso) reiteraba operaciones que terminaban en desastres y nuevas pérdidas.

A la soberbia e incompetencia del zar Nicolás II, se sumaban los escándalos e intrigas en la Corte y un completo desorden gubernamental:

(...) desde septiembre de 1915 a febrero de 1917, Rusia tuvo cuatro primeros ministros, cinco ministros del Interior, tres ministros de Asuntos Exteriores, tres ministros de la Guerra, tres ministros de Transportes y cuatro ministros de Agricultura. Este "juego de la pídola ministerial", como llegó a ser conocido, no solo apartó a hombres competentes del poder, sino que también desorganizó la labor del gobierno, puesto que nadie permanecía suficiente tiempo en el cargo para familiarizarse con sus responsabilidades. La anarquía burocrática se desarrolló con las cadenas de mando que competían entre sí: algunos ministros eran responsables ante la zarina o Rasputin, mientras que otros seguían siendo leales al zar o al menos a lo que ellos pensaban que era el zar, aunque cuando se llegaba al punto central nunca parecían saber a favor de lo que estaban y, en cualquier caso, nunca se atrevían realmente a oponerse a su esposa (Figes, 2017: 429).

La nobleza, los grandes capitalistas y los gobiernos de Inglaterra y Francia advertían el riesgo de catástrofe, sin que Nicolás II y la zarina prestaran la menor atención. Las intrigas palaciegas y las combinaciones políticas en la Duma eran un laberinto sin salida. Buscando mayor protagonismo, los diputados *octubristas* (monárquicos) y los del partido Democrático Constitucional o *kadetes* (liberales) conformaron el llamado Bloque Progresista y también constituyeron los comités de la Industria de Guerra. Nada de eso lograba modificar el curso de los acontecimientos.

El movimiento obrero durante la guerra

Durante el invierno 1916-1917, los obreros sintieron cada vez más las consecuencias de la guerra y la crisis económica: interrupciones de la producción por falta de combustible y materias primas; caída del nivel de vida a causa de la inflación galopante, pero también por las sanciones contra las huelgas; penuria de bienes de consumo que generaba largas filas de espera en panaderías y almacenes. También se habían agravado las condiciones de trabajo. [...] Las patronales, prácticamente sin restricciones legales y con el apoyo directo del aparato represivo del Estado, respondían a los reclamos obreros con la muy real amenaza del envío al frente, a la prisión o el exilio. La prensa obrera, los sindicatos y la mayor parte de las distintas organizaciones obreras estaban proscriptas casi desde el comienzo de la guerra. Los diputados bolcheviques de la Duma habían sido enviados al exilio en Siberia por su agitación contra la guerra. La represión era tan eficaz que se calculaba que, en promedio, bastaban tres meses para que un militante obrero fuese detectado y detenido. [...]

En 1916, la mitad de los 196.039 días de paro tuvieron motivos políticos. El 9 enero de 1916, 100.000 obrero pararon en Petrogrado con motivo del aniversario del “Domingo Sangriento”. Al mes siguiente, los obreros de la fábrica Putilov iniciaron una huelga económica, a la que rápidamente sumaron las reivindicaciones del programa mínimo de la socialdemocracia: República democrática, jornada laboral de ocho horas, confiscación y entrega de las tierras de la aristocracia a los campesinos. Más de 100.000 obreros se solidarizaron con ellos.

El movimiento huelguista siguió acelerándose durante el otoño de 1916 (...). Culminó con un paro de 120.000 obreros protestando contra la condena por una corte marcial a marineros de la Flota Báltica acusados de adherir a una organización bolchevique clandestina. La patronal reaccionó disponiendo un lock-out al que los obreros respondieron con otra huelga. Finalmente, la mayor huelga de la guerra, antes del estallido de la revolución, se produjo en el aniversario del Domingo Sangriento

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

en enero de 1917: de 200.000 a 300.000 participantes. (...) En seis meses, desde septiembre de 1916 hasta el desencadenamiento de la revolución de febrero, más de un millón de días de trabajo se perdieron en Petrogrado por acciones colectivas, en su mayoría políticas.

(Mandel, 2017: 88-90).

Reaparecieron, a pesar de la represión, las huelgas y una creciente agitación en las fábricas y barrios populares, especialmente en Petrogrado. El Partido Obrero Social-Demócrata de Rusia (menchevique), que conservaba algunos diputados en la Duma, se oponía al zarismo pero apoyaba el esfuerzo de guerra de Rusia y sus aliados¹ y era decidido partidario de la alianza con la burguesía. El Grupo Obrero Central liderado por el menchevique Kuzma Guozdev impulsó la elección de delegados fabriles para que eligieran en una segunda votación quienes debían ocupar los lugares asignados a los obreros en esos Comités de la Industria de Guerra. También los bolcheviques y los mencheviques internaciona- listas impulsaron la elección de delegados, aunque oponiéndose a la participación en esos Comités.² La tendencia a organizarse se expresaba también en la promoción de obreros con antigüedad (*starost*) como representantes ante la patronal y discusiones sobre la posibilidad y/o conveniencia de impulsar formas de coordinación más generales.

Así se llegó a principios de 1917. A la carestía y la inflación se sumaron la falta de harina, pan y carbón en un invierno extraordinariamente riguroso. El 26 de enero fueron detenidos los dirigentes del Grupo Obrero Central cuando intentaban organizar una manifestación por la democratización del país. La *Ojra* también metió presos a varios bolcheviques. El 13 y 14 de febrero hubo pequeñas manifestaciones con banderas rojas y cantando *La Marsellesa*. El 18 de febrero entraron en huelga los obreros de la Putilov, la mayor fábrica metalúrgica de Petrogrado...

La insurrección

En el clima enrarecido antes descrito, las obreras de Petrogrado (constituían el 47% de la fuerza laboral y su sector menos organizado

y politizado) decidieron conmemorar el Día Internacional de la Mujer (23 de febrero / 8 de marzo) protestando por la falta de alimentos y la carestía³. La mañana del 23 comenzó con asambleas y manifestaciones en las zonas fabriles, pero después del mediodía las textiles del populoso y combativo barrio de Viborg arrancaron en manifestación hacia el centro de la ciudad, arrastrando a los metalúrgicos y sacando a la calle a los operarios de otras fábricas.⁴ “Queremos pan” era el cántico más generalizado.

El 24 por la mañana las obreras en asamblea decidieron continuar con la huelga y las manifestaciones, que se extendieron y masificaron hasta ser ya unos 200.000 provenientes de todos los barrios. Los enfrentamientos con la policía se hicieron más violentos, pero los cosacos evitaban reprimir y la protesta llegó hasta el centro y a las inmediaciones de la Duma.

Al día siguiente comenzó la Huelga General, se sumaron a las marchas la *intelligentsia*, los empleados y artesanos. La violenta represión policial no logró impedir la ocupación de la Perspectiva Nevsky y hubo casos en los que cosacos y soldados intervinieron para contener la brutalidad policíaca. La proliferación de banderas rojas indicaba ya la participación e influencia de los socialistas y pasaron a primer plano las consignas “Abajo la guerra” y “Abajo el gobierno”. Esa noche el zar dio la orden para que ejército pusiera fin a los disturbios trasladando de ser necesario tropas desde el frente.



El domingo 26, la multitud que ocupaba el espacio público reclamaba con audacia creciente el apoyo de los soldados. Cuando los efectivos de una compañía acataron la orden de disparar provocando muertos y muchos heridos, el pueblo se concentró ante los cuarteles y éstos (incluido el que había ocasionado la masacre) comenzaron a amotinarse. Ocurrió lo mismo en la base naval de Kronstadt y en la Escuadra del Báltico.

El 27 de febrero la masiva participación de los soldados y marineros marcó un giro decisivo en lo que era ya una revolución. Generalizada la sublevación de la guarnición, los insurrectos ocuparon los puntos estratégicos de la ciudad y comenzaron a combatir a la policía y los francotiradores que desde los edificios altos ametrallaban a la multitud. Fueron asaltadas las comisarías, liberados los presos políticos y se distribuyeron armas entre los manifestantes. Hasta aquí, un resumen de lo que narra con mucho detalle y documentadamente un investigador de izquierda (Mandel, 2017: 90-93). No es sustancialmente diferente el panorama que describe un historiador conservador:

(..) el motín de la guarnición de Petrogrado convirtió los disturbios de los cuatro días anteriores en una revolución a gran escala. Las autoridades zaristas se vieron prácticamente privadas de poder militar en la capital. (...) Además, la salida de los soldados a las calles aportó fortaleza militar y organización a las masas revolucionarias. En lugar de la protesta vaga y sin propósito fijo, se centraron en la captura de objetivos estratégicos y la lucha armada contra el régimen. Soldados y trabajadores lucharon juntos para capturar el arsenal, donde se armaron con cuarenta mil fusiles y treinta mil revólveres, seguido de las principales fábricas de armas, donde por lo menos otros cien mil fusiles cayeron en sus manos. Ocuparon el departamento de artillería, la central telefónica y algunas (aunque no todas) las estaciones de ferrocarril. Extendieron el motín a los restantes cuarteles (...) muchos de los soldados también se mantuvieron ocupados con la tarea de atacar, a veces aporreándolos o incluso asesinandolos, a sus comandantes. Era una revolución en las filas. Pero la atención de los insurgentes estaba centrada principalmente en la sangrienta guerra callejera contra la policía (Figes, 2017: 364).

Las mujeres que el 23 de febrero hicieron punta gritando “Paz, Pan y Libertad”, “Abajo la carestía” y luego “Basta de guerra” y “Abajo el zar” seguramente ignoraban que había existido un periódico subversivo llamado *Iskra*⁵ (La Chispa) cuya bajada de título anticipaba: “de la chispa nacerá la llama”. Fueron ellas sin embargo esa chispa que encendió la llama de la revolución. Ningún partido las dirigió, los militantes más experimentados les habían recomendado cautela... pero por encima de cálculos tácticos, el hartazgo y la indignación las impulsó a la acción. Lo demás llegó por añadidura, *con* y *en* la auto-actividad de las masas: entrando a las fábricas para arengar a los trabajadores remisos, poniendo el pecho a los caballos de los cosacos y a los fusiles de la policía, fusionando espontaneidad y organización, experiencia y audacia, reivindicaciones económicas y exigencias políticas... El ejemplo de dignidad y determinación que dieron las trabajadoras de Petrogrado, maltratadas por partida triple (por la autocracia, la patronal y el patriarcado imperante) fue en sí mismo una revolución. Parafraseando a Marx: no sabían que la hacían, pero la hicieron.

El poder dual (*dvoevlastie*)

El 27 de febrero, con la Duma –que el zar había declarado en receso– rodeada por manifestantes que exigían el fin de la autocracia, su presidente M. V. Rodzianko facilitó una sala para que los mencheviques Guozdev, Chjeidze y Skobelev se reunieran con otros grupos socialistas (social-demócratas independientes, bolcheviques, grupo interdistrital, socialistas revolucionarios, laboristas, socialistas populares, Bund Judío, socialistas letones, etc.). De allí surgió el llamado a la inmediata conformación del Soviet de diputados obreros y soldados y un Comité Ejecutivo provisional con mayoría de “socialistas moderados”.⁶ Los diputados comenzaron a ser designados a mano alzada en improvisadas y tumultuosas asambleas en fábricas, barrios obreros y cuarteles y esa misma noche comenzaron a sesionar⁷ sin protocolo alguno en el salón Catalina del Palacio Táuride.

El Soviet de Petrogrado

El Comité Ejecutivo Provisional desplegó una actividad febril. Aún existía el peligro de una derrota de la revolución por tropas fieles al gobierno mandadas desde afuera a Petrogrado. Por ello organizó un equipo militar integrado por soldados y oficiales revolucionarios, el cual desplegó y ocupó con fuerzas revolucionarias los puntos estratégicos más importantes de la capital. En la primera reunión del soviet, se decidió enviar a las distintas zonas de la ciudad comisarios que debían fundar comités revolucionarios de barrios y milicias obreras armadas. Al mismo tiempo el Comité Ejecutivo se agrandó con miembros de los partidos socialistas. Se repartieron las tareas en varias comisiones, entre otras las de aprovisionamiento, la de literatura y la de finanzas. En la mañana del 28 de febrero apareció el primer número de *Izvestia* (Noticias del soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado) con un manifiesto dirigido a la población de Petrogrado y toda Rusia, en el que entre otras cosas se dice: "Para culminar exitosamente la lucha por la democracia, el pueblo debe organizar su poder. Ayer, el 27 de febrero, se ha fundado en la capital el Soviet de Diputados Obreros de la capital, constituido por representantes elegidos en las fábricas, en las unidades militares y por los grupos y partidos democráticos y socialistas. El Soviet de Diputados Obreros (...) considera que sus tareas deben ser: la organización de las fuerzas populares en la lucha por la libertad política y la soberanía popular en Rusia (...) Debemos luchar, todos juntos, por la aniquilación del viejo régimen y por la convocatoria de una asamblea nacional constituyente, que debe ser elegida por medio del sufragio universal, imparcial, directo y secreto" (Anweiler, 1975: 111-112).

La cuarta Duma⁸ no se había atrevido a desacatar el receso ordenado por el zar, pero ante el evidente desmoronamiento de su autoridad el Bloque Progresista formó una "Comisión Provisoria de miembros de la Duma para restaurar el orden y mantener contactos con personas e instituciones" (obsérvese lo extenso y cauteloso del

nombre adoptado) que solicitó la abdicación del zar –que ocurrió el 2 de marzo– y desde el ala derecha del Palacio Táurida inició con los dirigentes del Soviet negociaciones apuradas⁹ para constituir un Gobierno Provisional:

En la noche del 28 febrero al 1 de marzo, estos dos grupos, uno en nombre de la “democracia revolucionaria” (las clases populares), el otro en nombre de la Rusia censitaria, acordaron la formación de un gobierno provisorio, constituido exclusivamente por diputados de las clases poseedoras en la Duma. La Comisión de la Duma, por su lado, aceptó el programa del Soviet (...). El 2 marzo, el plenario del Soviet aprobó el acuerdo por amplia mayoría, aunque condicionó el apoyo al gobierno provisorio a la concienzuda ejecución del programa del Soviet. El plenario decidió también formar un “Comité de vigilancia” (*kontroliat's*) para controlar las actividades del gobierno (Mandel, 2017: 94).

Los soviets, producto directo de la revolución, expresaban lo que en Rusia se llamaba *democracia revolucionaria* y, por añadidura, tenían fuerza militar, al menos en la capital¹⁰ y otros centros importantes. Pero la mayoría del Ejecutivo del Soviet no quiso conformar un gobierno revolucionario y dejó en manos del Bloque Progresista la designación de un gobierno provisional (burgués). Los dirigentes del Soviet no quisieron asumir cargos en el mismo¹¹: mencheviques, SR e incluso algunos bolcheviques (antes del regreso a Rusia de Lenin) sostenían que, tratándose de una revolución *burguesa* para democratizar y modernizar Rusia, debía gobernar la burguesía y los socialistas no debían ser parte de tal gobierno (un mes después cambiaron de posición). También decían que solo la burguesía contaba con los necesarios conocimientos y experiencia de gestión. Pero el argumento decisivo era que los obreros eran una pequeña minoría y en la inmensa Rusia nada podría conseguirse sin el impulso conjunto de “todas las fuerzas vivas de la sociedad”, concediendo el primer lugar a la burguesía y la *intelligentsia*. Desde un ángulo más pragmático, se dijo también que “desde afuera se puede controlar mejor...”



Pero las exigencias que el gobierno se comprometió a satisfacer eran imprecisas: no se ponía plazo para la Constituyente, ni se establecía nada cierto sobre las cuestiones más importantes e inaplazables: el fin de la guerra que exigían los soldados, la jornada laboral de 8 horas que reclamaban los obreros y la entrega de tierras que demandaba el campesinado. Al frente del Gobierno Provisional estaba el príncipe Georgy Lvov (dirigente de la Asociación Nacional de *Zemstvos*) y los hombres fuertes del gabinete eran el ministro de Relaciones Exteriores Pavel Milyukov (historiador y líder del partido kadete) y el de Guerra, Aleksander Guchkov, gran industrial *octubrista*. Sus prioridades eran impedir la desintegración de la disciplina y jerarquía militar, garantizar que la guerra continuara y poner fin a la agitación política y social, pero no podía hacer nada sin la ayuda del Comité Ejecutivo del Soviet,¹² que estaba comprometido ante su base a buscar una “paz sin anexiones” y controlar que el gobierno cumpliera con lo acordado. Alguien resumió la situación con la famosa expresión *postol'ku poskol'ku*, algo así como “Apoyamos al Gobierno Provisional *en tanto y en cuanto* cumpla con la plataforma planteada por el Soviet”. El gobierno carecía de legitimidad de origen y sobre todo de autoridad, y lo sabía:

El Gobierno Provisional no tiene poder real de ninguna clase, y sus órdenes se aplican solo en la medida en que lo permite el Soviet de diputados de trabajadores y soldados. Este último controla las fuerzas más esenciales del poder, pues las tropas, los ferrocarriles y los servicios postales y telegráficos están en sus manos. Se puede afirmar con franqueza que el Gobierno Provisional existe solo en la medida en que se lo permite el Soviet (Carta del ministro Guchkov al general Alexeev, citada en Figes, 2017: 407).

El Soviet tenía de hecho más poder (*vlast*) que el gobierno formal. Había avalado la liberación de los presos políticos y el libre accionar de las organizaciones de izquierda y los sindicatos, se había hecho cargo de controlar el transporte y abastecimiento de la ciudad, editaba un diario, había llamado a extender la organización soviética a toda Rusia... Y el 1 de marzo había impartido la famosa *Orden 1 (Prikaz 1)* disponiendo que

(...) se eligieran comités de soldados en todas las unidades militares a partir del nivel de compañía, la subordinación al soviet de todas las unidades militares en cuestiones políticas y finalmente libertades cívicas para todos los soldados. Las órdenes de la comisión militar organizada por el Comité de la Duma para comandar la guarnición, solo debían ser obedecidas cuando no fuesen contradictorias con los decretos y resoluciones del Soviet. Con esto el Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado asumió de hecho el poder sobre la guarnición (Anweiler, 1974: 106).

Esta equívoca e inestable arquitectura institucional fue denominada *Diarquia* o, más popularmente, “doble poder” (*dvoevlatie*). Se trataba de un acuerdo cojo por ambos lados. El gobierno burgués no podía sostenerse sin el respaldo de los socialistas “moderados” que estaban al frente del órgano nacido de la revolución. Por el otro lado, la dinámica expansiva y radical de los soviets escapaba al control del Comité Ejecutivo (*Ispolkom*) de Petrogrado y *a fortiori* del Comité Ejecutivo Central Panruso de los Soviets (*Vserossiiski Tsentralni Ispolnitelni Komitet* o *VTsIK*)¹³ o CEC.

El proceso revolucionario

Entre febrero y octubre la revolución avanzó, se estancó, retrocedió y nuevamente avanzó, siempre “a saltos”. Ese breve lapso de tiempo bastó para evidenciar el completo fracaso del Gobierno Provisional burgués (y sus diversos gabinetes). También las estrategias, tácticas y alianzas de los distintos partidos fueron sometidas a dura prueba. Y, sobre todo, se fue modelando la experiencia y determinación de las clases en lisa. Esa multitud –hasta entonces explotada, subyugada y despreciada– pasó súbitamente a ser partícipes de una intensa disputa política. El “proletariado consciente” de Petrogrado, Moscú y otros grandes centros industriales que por primera vez, podía expresarse y organizarse con entera libertad; también los jóvenes campesinos incorporados al ejército (algunos, escolarizados, promovidos a suboficiales), que fueron decisivos en la organización de los soviets y comités de soldados y más tarde impulsando la revolución en el campo. Las grandes masas tradicionalmente alejadas de la política que pasaron a movilizarse a escala jamás vista, estaban impulsadas por una visceral hostilidad hacia la *élite*: los *tsenzoviki* (la gente censada, con propiedades) la *nobleza* y la antigua burocracia, los *pomeshchiki* (latifundistas) y los *burzhooi* (burgueses). Un conservador lo dice mejor que muchos izquierdistas:

La idea de que los días de febrero fueron una “revolución sin sangre”, y que la violencia de las masas realmente no empezó hasta octubre, fue un mito liberal (...) la multitud mató a muchas más personas en febrero que las que murieron en el golpe de octubre de los bolcheviques. La Revolución de febrero fue especialmente violenta en Helsingfors y Kronstadt, donde cientos de oficiales de la Marina fueron horriblemente asesinados por los marineros. Según las cifras oficiales del Gobierno Provisional, mil cuatrocientas cuarenta y tres personas fueron asesinadas o heridas solo en Petrogrado.[...] La violencia de la muchedumbre en los días de febrero no fue dirigida por ningún partido revolucionario o movimiento. Fue, en su mayor parte, una reacción espontánea a las represiones sangrientas del día 26, y

fue una expresión del odio que el pueblo había sentido durante largo tiempo hacia el antiguo régimen. Los símbolos del antiguo poder estatal fueron destruidos. Las estatuas zaristas fueron destrozadas o decapitadas. (...) Las comisarías de policía, los edificios judiciales y las prisiones fueron atacados. La multitud exigió una venganza violenta contra los oficiales del antiguo régimen. Los policías fueron perseguidos, linchados y asesinados brutalmente (Figes, 2017: 480-482).

Comenzaron siendo decenas de miles pero llegaron a ser millones esos imprevistos protagonistas, mal vestidos y peor alimentados, que, sacudiéndose el hábito secular de mirar hacia abajo y callar ante “los de arriba”, ocuparon ruidosamente los espacios públicos y comenzaron a tomar decisiones sobre todo tipo de cuestiones: desde el precio y suministro de pan a las condiciones de trabajo y vivienda, desde el trato respetuoso que los soldados impusieron a los oficiales nobles hasta el curso de la guerra y la lucha de clases a escala internacional, desde la prohibición de la compra-venta especulativa de tierras hasta la requisita de las propiedades de los terratenientes. Definiendo, discursiva y prácticamente, los objetivos, prioridades e instituciones de la revolución. Medio millón de trabajadores (solo en Petrogrado) hicieron huelgas entre mediados de abril y principios de julio, imponiendo de hecho, en muchas empresas, la jornada de 8 horas; después, el descalabro económico, la falta de combustible y materias primas, el sabotaje de las patronales, el intento de deslocalizar las fábricas hicieron que soviets y comités de fábrica dispusieran diversos tipos de control obrero y, se hicieran cargo de empresas abandonadas por sus dueños. Lo que primero hicieron los soldados luego de ajustar cuentas con los oficiales más odiados fue obligar a que se los tratase con respeto y se los respetara como ciudadanos con derecho a organizarse y expresarse políticamente, incluso en el frente, y suspender de hecho las hostilidades, “clavando en tierra las bayonetas” para intentar confraternizar con los alemanes o austríacos que estaban en las trincheras de enfrente. Una densa red de organizaciones cubrió toda Rusia. Soviets de obreros, soldados y barrios, que se-

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

sionaban conjuntamente o por separado, comités agrarios y soviets campesinos, sindicatos y comités de fábrica, organizaciones juveniles y pujantes organizaciones culturales y educativas proletarias.¹⁴ Las noticias e impacto de todo esto demoraron un poco más hasta llegar a la Rusia profunda, pero una vez iniciada, la revolución campesina se tornó imparable:

En la Rusia de 1917 la gente ordinaria del campo tomó acción directa para cambiar su mundo (...) los campesinos cambiaron las reglas del juego. Ellos definieron las respuestas de los políticos a los retos nacionales; producían, controlaban y dictaban el suministro de alimentos; campesinos armados y uniformados sirvieron de soldados, haciendo y quebrando el poder político; y, como mayoría de la población urbana de Rusia, desempeñaron papeles claves en los levantamientos urbanos. Sin embargo, cuando hablamos de revoluciones campesinas generalmente nos referimos a batallas rurales por el uso y la posesión de la tierra. Y, aunque más del 80 % de la población de Rusia en 1917 vivía en áreas no-urbanas, los estudiosos a menudo marginan las experiencias y la participación de los campesinos en la revolución rusa, fijándose más bien en los trabajadores urbanos y en la *intelligentsia*. La diversidad y complejidad de los alzamientos rurales disipan cualquier presunción que podamos tener acerca de la naturaleza de la acción campesina. También revelan la extraordinaria creatividad y la naturaleza transformativa de la revolución (Badcock, 2017).

Es falsa pues la idea recibida de que la de febrero habría sido una mera revolución política que dejó el poder en manos de la burguesía. Por el contrario, y más allá de la maraña de confusión política e infundadas ilusiones que mencheviques y SR alimentaban y/o sembraban, aquellos millones de hombres y mujeres movilizados dieron al proceso el carácter de una *revolución social en acto*, en el curso de la cual *todas* las organizaciones que aspiraban a representarlas y/o dirigir las se vieron obligadas a revalidar y actualizar sus credenciales.

Los soviets de 1917

Los soviets retomaron el nombre y tradición de la formidable organización de lucha que las masas habían “inventado” en 1905, pero con significativos rasgos distintivos. Oskar Anweiler, autor de la más completa y documentada obra sobre el tema, señala correctamente que “la diferencia más importante con 1905 es que en 1917 fue un soviets de obreros y soldados. El prominente rol de las tropas rebeldes en el triunfo de la revolución fue reconocido incorporando a los soldados en el recién formado soviets” (1974: 106). El dato no es menor, ni arbitrario, pues en la insurrección fue decisivo el rol de los suboficiales, que en un 60% provenían del campo, tenían escolaridad elemental y apenas pasaban los 20 años de edad: “Esta fue la cohorte militar radical (...) que dirigiría el motín de febrero, los comités de soldados revolucionarios y finalmente el impulso hacia el poder soviético durante 1917” (Figes, 2017: 311). Podría agregarse que fueron soviets recreados por hombres y mujeres que tenían la confianza y el orgullo de haber derrumbado, en menos de una semana, una autocracia considerada eterna. Nacieron pues con una abrumadora legitimidad político-social y una confianza multiplicada



por la efectiva fuerza material que aportaban obreros y soldados *armados*.

Anweiler señala, críticamente, que en 1917 la iniciativa de conformar el soviét partió de un grupo de dirigentes socialistas y considera que por eso “desde el principio la *intelligentsia* socialista influyó decisivamente a los diputados obreros y soldados; de los 42 miembros del Comité Ejecutivo a fines de marzo, solo 7 eran obreros” (1974: 106). En igual sentido algunos trotskistas escribieron sobre el soviét de 1917:

No es una representación directa y democrática de los obreros en lucha sino un frente de partidos y organizaciones pequeño burguesas y obreras, una “multisectorial” integrada por las cúpulas de las organizaciones sociales y políticas, que llama a los obreros y a los soldados (campesinos) a elegir delegados al soviét. (...) Mientras el soviét de 1905 fue un fenomenal factor de impulso a la revolución, el de febrero de 1917 debuta como un factor de contención revolucionaria y de expropiación política de los trabajadores (Altamira, 2017: 68-69).

No parece haber sido así. El mismo libro de Anweiler demuestra que esa influencia que podía ser “decisiva” a nivel del CEC, dejaba de serlo e incluso desaparecía a medida que las organizaciones soviéticas se aproximaban a la base, allí donde se hacían oír las voces y exigencias de los soldados que se amotinaban o desertaban, de las obreras y obreros que hacían huelga, ocupaban empresas y se dirigían en ruidosas manifestaciones a presentar sus exigencias al Comité Ejecutivo. Tanto en los barrios populares de los grandes centros urbanos, como en muchas ciudades pequeñas, la única autoridad presente solían ser los soviets, y mucho cuando llegaron a la Rusia profunda, a las aldeas donde vivía el campesinado (el 80% de la población).

Por otra parte, en esta revolución más que en cualquier otra, la influencia de las organizaciones no se derivaba de las ideas e influencia de sus intelectuales, sino de la actividad de los militantes. Estos eran reclutados entre los “obrerros conscientes”, la franja rela-

tivamente reducida pero experimentada y activa forjada en años de lucha política clandestina y bajo la influencia de las fracciones del Partido Obrero Social Demócrata, del Partido Socialista Revolucionario, del Bund, de maximalistas y anarquistas, aunque a veces se definieran como “sin partido”. Ellos fueron los que asumieron casi “naturalmente” un lugar en la primera línea de la insurrección. Pero inmediatamente se sumaron decenas de miles de nuevos luchadores con escasa o nula formación política anterior. De tal mezcla se destacaron millares de “dirigentes de base”, capaces de traducir en iniciativas prácticas y acciones lo discutido en asambleas a veces interminables, dispuestos también a hacer escuchar su propia voz cuando advertían que los líderes dudaban o parecían confundidos. Trotsky narra en su *Historia de la Revolución* que tanto él como otros encumbrados dirigentes fueron interrumpidos e increpados en más de una ocasión por los trabajadores o soldados a los que se dirigían, confirmando que, en una revolución, los militantes suelen empujar a los dirigentes y los partidos pueden ser impulsados hacia adelante o hundidos en el descrédito por la radicalización de las masas.

La difusión de los soviets

Después de la Revolución de febrero de 1917, los soviets se convierten en un fenómeno de masas. Surgieron espontáneamente por todas partes, sin preparación teórica, impulsados solo por las necesidades prácticas de la revolución. (...) Los obreros en las ciudades y los soldados en los regimientos y el frente sintieron instintivamente la necesidad de una organización independiente acorde a su fuerza numérica y capaz de expresar sus energías revolucionarias. El antagonismo de los obreros con la burocracia, los patronos y la burguesía, así como la desconfianza de los soldados hacia los antiguos oficiales, crearon las condiciones socio psicológicas para la excepcional difusión de los soviets. [...] La marcha triunfal de la revolución a través de toda Rusia, que en pocos días condujo al derrumbe del gobierno zarista y de la antigua maquinaria administrativa, estuvo acompañada por una ola de organización revolucionaria a

todos los niveles de la sociedad que tuvo su mayor expresión en la formación de soviets en todas las ciudades del Imperio, desde Finlandia hasta el océano Pacífico. El ejemplo dado por la capital fue decisivo para este desarrollo. Así como el triunfo de la revolución en Petrogrado pudo arrastrar al resto del país, también la formación del Soviet de Obreros y Soldados de Petrogrado impulsó la formación de soviets en las provincias. El movimiento soviético que surgió de Petersburgo ganó primero las grandes ciudades, las zonas industriales con una clase obrera consolidada y las ciudades con grandes regimientos. [...] En la Conferencia de Soviets de la región de Moscú celebrada del 25 al 27 de marzo estuvieron representados 70 soviets obreros y 38 de soldados. En la conferencia de la cuenca del Donetz a mediados de marzo se registraron 48 soviets. En abril se reunieron representantes de 70 soviets en la conferencia de la región de Kiev. Nunca se determinó con exactitud la cantidad total de soviets de obreros, soldados y campesinos que llegó a haber en 1917, pero se ha estimado que fueron 400 en mayo, en agosto 600 y en octubre 900. [...] A diferencia de los comités rurales, que fueron reconocidos como instituciones oficiales, los soviets campesinos comenzaron desarrollándose muy lentamente. El primer impulso lo dieron los “campesinos con uniforme”, los soldados. (...) Hacia fin de julio había soviets campesinos en 52 de las 78 provincias y en 371 de los 813 distritos [...] La primera Conferencia de Soviets de Obreros y Soldados sesionó desde el 29 de marzo hasta el 3 de abril de 1917. Concebida como una reunión de los 5 mayores Soviets, terminó acreditando 480 delegados, provenientes del Soviet de Petrogrado, de 138 soviets locales de obreros y soldados, de 7 ejércitos, 13 unidades militares y 26 unidades del frente. [...] Finalmente se incorporaron 10 delegados de todo el país y 6 del ejército al Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, que pasó a ser Panruso. [...] El I Congreso Panruso de Soviets de Diputados Obreros y Soldados que se inició en Petrogrado el 3 de junio y sesionó hasta el 24, era con toda seguridad el organismo más representativo y democrático de Rusia. Los 1.090 delegados representaban 305 soviets de obreros y de soldados locales, 53 órganos soviéticos regionales y 21 organizaciones militares, 822 con de-

recho a voto pleno. Existió un marcado predominio político de socialistas revolucionarios (con 285 delegados) y mencheviques (248 delegados), contra 105 de bolcheviques y otros pequeños grupos socialistas y 73 delegados independientes. La superioridad de los dos partidos socialistas moderados en el congreso se debía principalmente a su predominio en los soviets de las provincias y las organizaciones del frente. En ese momento los bolcheviques tenían ya muchos más seguidores en Petrogrado. En el congreso, sin embargo, la mayoría socialista pudo imponerse sin dificultad en todas las resoluciones (...) los delegados eligieron un Comité Central Ejecutivo Panruso (VTsIK) (...) de 250 integrantes (...): 104 mencheviques, 100 socialistas revolucionarios, 35 bolcheviques y 18 miembros de otros partidos socialistas. Éste designó un Presidium de 9 miembros encabezado por Chjeidze y un Buró de 50 integrantes con igual proporcionalidad (Anweiler, 1974: 113-124).

Fracaso del Gobierno Provisional (y los gabinetes de coalición)

El 23 de marzo la ciudad de Petrogrado rindió honores a los caídos en la revolución con un inmenso, esperanzado y unitario acto de 800.000 personas reclamando solidaridad internacional y paz. Características similares tuvo la concentración del 18 de abril (1 de mayo): el día internacional de los trabajadores se conmemoró “como fiesta nacional de la revolución”. Esta fue, sin embargo, “la última gran manifestación pública marcada por un sentimiento de unidad nacional” (Mandel, 2017: 161). Las tensiones habían comenzado el 7 de abril, cuando el gobierno declaró que haría todo lo necesario “para proseguir la guerra hasta la victoria” y respetaría todos los tratados y compromisos con los aliados. Lo mismo repitió días después Milúkov, agregando que Rusia necesitaba “una victoria decisiva”. Tales declaraciones provocaron indignación en un pueblo harto de la guerra. El Ejecutivo del soviets emitió una declaración en favor de la paz y reclamó al gobierno una rectificación que, cuando llegó, era una

burla: comenzaba pronunciándose en contra de “las anexiones” para terminar afirmando que “la revolución reforzó la voluntad popular de sostener la guerra hasta la victoria”. El 20 y el 21 de abril hubo grandes manifestaciones reclamando la dimisión de Miliukov y Guchkov (aparecieron también algunas pancartas con la consigna “¡Abajo el Gobierno!”) y se produjeron choques con los *kadetes* y las Centurias Negras,¹⁵ que atacaron a los manifestantes buscando tal vez la intervención del ejército.¹⁶ El Ejecutivo del soviét prohibió las manifestaciones por dos días¹⁷ y “exigió” al gobierno una política militar “democrática” y “puramente defensiva” (¿?). Los políticos burgueses parecieron ceder, pero reclamaron el fortalecimiento del gobierno con el ingreso al mismo de los dirigentes del Soviet; el 5 de mayo se llegó a un *quid pro quo*: Guchkov y Miliukov dieron un paso al costado, Kerensky asumió la cartera de Guerra y se incorporaron seis ministros socialistas “moderados” (dos mencheviques, dos eseristas, dos trudoviques, que seguían respondiendo ante el soviét). La *diarquía* se mantuvo bajo una forma más engañosa pero igualmente ineficiente.

Lenin regresó a Rusia el 3 de abril. Logró que su partido adoptara una política de intransigente oposición al gobierno burgués y de sistemática denuncia del Ejecutivo del soviét por apoyarlo. Derrocado el zarismo, se trataba ahora de terminar con la guerra (que seguía siendo



imperialista) y “llevar la revolución hasta el fin”. Sus *Tesis de Abril* reconocían la excepcional posibilidad de sostener una batalla política revolucionaria con métodos pacíficos y reclamaban la inmediata convocatoria a elecciones para la Asamblea Constituyente, pero hacía eje en la lucha por fortalecer y extender la democracia revolucionaria de obreros y campesinos hasta imponer una “República de los soviets de diputados obreros, braceros y campesinos”, la “nacionalización de todas las tierras del país, de las que dispondrán los soviets locales”, “la implantación inmediata del

control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets (...)y Banco Nacional único, sometido al control de los soviets” (Obras Completas, tomo 31: 120-125). Dado que los bolcheviques eran una pequeña minoría en el soviets, deberían “explicar pacientemente” esa orientación para ayudar a que la mayoría, a través de su propia experiencia, diese la espalda a los dirigentes defensistas partidarios de la colaboración de clases. Es de señalar que Lenin buscó y encontró apoyo en el ala izquierda del partido para enfrentar y derrotar la orientación sostenida por los camaradas posicionados en el centro o la derecha (algunos de estos últimos terminaron yéndose), pero no vaciló en criticar duramente a los que el 21 de abril pretendieron colocarse “más a la izquierda” lanzando la consigna “Abajo el Gobierno”.

Lenin tenía la convicción de que la revolución iniciada en Rusia era un eslabón en la cadena de revoluciones proletarias y socialistas que la guerra generaría en Europa y especialmente en Alemania, por lo que se estaba ya en una suerte de transición:

La revolución socialista, que se desarrolla en Occidente, en Rusia no está directamente al orden del día, pero ya hemos entrado en el estado de transición a la misma. Los soviets de diputados obreros, soldados, etc., son la organización del poder con la que tendrá que operar la revolución socialista (...) de aquí que nuestra tarea consista en fortalecerlos. [...] El camarada Rikov dice que el socialismo tiene que venir de otros países de industria más desarrollada. Esto no es cierto. No puede decirse quién comenzará ni quién acabará lo comenzado (...) ha dicho también que no hay fase de transición entre el capitalismo y el socialismo. Esto no es marxismo, sino una parodia de marxismo (Ibíd.: 388-380).

Las Jornadas de Abril y el ingreso de los “defensistas” al gabinete de coalición en el momento mismo en que comenzaban las protestas en contra del gobierno burgués y la reorientación de los bolcheviques tuvieron repercusiones contradictorias. La *mayoría* de los trabajadores mantuvo la confianza en el *Ipsolkom* porque esperaban que la participación en el gobierno de coalición haría “que los dirigentes mencheviques y SR del soviets reforzaran su ‘control’ sobre el gobierno

provisorio, para asegurar que se respetase el programa del soviét" (Mandel, 2017: 173), pero incluso ellos compartían la desconfianza hacia la burguesía y sus maniobras que era un patrimonio adquirido de la inmensa mayoría de los trabajadores. Simultáneamente, la oposición al gobierno burgués de una franja *minoritaria pero significativa* cobró mayor impulso y se tradujo en la organización de los Guardias Rojos (armados) a nivel de los soviets locales aunque no en toda la capital debido a la oposición del Comité Ejecutivo. También se multiplicó la llegada e impacto de la prensa bolchevique.¹⁸

El 2 mayo, un artículo de Lenin reprodujo por primera vez en letras de molde la consigna "*Visa Vlast' Sovetam!*" (Todo el poder a los soviets) que había sido vista entre las pancartas de las manifestaciones de abril, y el 7 de mayo la consigna fue levantada en un documento "oficial" del partido. En el común de los trabajadores, la euforia de las primeras semanas fue siendo reemplazada por una creciente sensación de bloqueo político, crisis económica y polarización social, y comenzaron a surgir diversas formas de "control obrero" casi siempre con propósitos *defensivos* del salario y la fuente o condiciones de trabajo. El cambio en el estado de ánimo social en los meses de mayo y junio se reflejó en el éxito que tuvo la campaña en pro de la renovación de los diputados obreros en los soviets haciendo nuevas elecciones en las fábricas. Los bolcheviques y otros socialdemócratas revolucionarios (*Mezrayonka*, mencheviques de izquierda) obtuvieron creciente respaldo presentando candidaturas y campañas unificadas. Los mencheviques perdieron el respaldo con el que contaban entre los obreros más calificados, y la competencia pasó a darse entre bolcheviques y eseristas, que conservaban el respaldo de lxs trabajadorxs menos calificadxs, con vínculos familiares en el campo e identificados con la consigna "Tierra y Libertad".

La polarización se reflejó en las elecciones municipales (realizadas a fines de mayo) y en la Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado (se reunió entre el 30 de mayo y el 3 de junio) donde la moción reclamando "Todo el poder a los soviets" obtuvo 297 votos, contra 85 en favor de los socialistas moderados y 44 de los anarquistas.

En junio, presionado por Francia y Gran Bretaña, fue Kerensky quien dio la orden de lanzar una ofensiva militar en el frente del Este

que terminó en desastre: Rusia sufrió 200.000 bajas y los alemanes iniciaron un contraataque que se mantuvo hasta el otoño. Las deserciones masivas aumentaron, incentivadas también por las noticias que comenzaban a llegar de tomas de tierra. La orden de trasladar armas y efectivos desde Petrogrado al frente provocó una situación explosiva en la guarnición. Antes incluso de que comenzara la fracasada ofensiva de primavera, algunas unidades de la capital y los marineros de Kronstadt, impulsados por la Organización Militar bolchevique (y también, aunque en menor medida, por los anarquistas de Beckerman y eseristas de izquierda) habían hecho una demostración de fuerza reuniendo el 4 de junio varios millares de efectivos armados en un “homenaje a los caídos” que tenía el objetivo implícito de presionar y “abrir una brecha” en el I Congreso Panruso de los Soviets de Obreros y Soldados (que comenzaba el día 3). Pero el bloque menchevique-SR logró que el congreso ratificara el apoyo al gobierno y el defensismo y prohibieron el acto que los bolcheviques habían convocado argumentando que era divisionista y servía a la contrarrevolución, llamando a la vez a una gran manifestación “en defensa de la unidad de la democracia revolucionaria y respaldo a los soviets” para una semana después. A fin de evitar un choque frontal y la posible expulsión de los soviets, los bolcheviques levantaron su acto horas antes del momento en que debía realizarse, y se lanzaron a transformar ese tropiezo en un triunfo político. Y lo consiguieron.

La manifestación de los “moderados” que fue un triunfo de los bolcheviques

Para la manifestación del 18 de junio los bolcheviques hicieron una campaña política muy inteligente, en un país donde las campañas políticas de masas era un arte relativamente desconocido. Libres del peso de la colaboración con la coalición de gobierno, los bolcheviques podían hacer las críticas y promesas que quisieran. Sus llamados eran sentidos. A la guarnición le decían: “Si no quieres ir a morir al frente, si no quieres que vuelvan a imponerte la disciplina zarista, si quieres mejores condiciones de vida y la redistribución de las tierras, acompáñanos”. Para

atraer a los obreros reclamaban, entre otras cosas, aumento de salarios, jornada de 8 horas, control obrero en las fábricas, terminar con la inflación. Y ante todo, los agitadores bolcheviques esgrimían el temible espectro de la contrarrevolución. [...] La inmensa manifestación (que se prolongó hasta muy tarde) se convirtió en una clara muestra de la atracción del programa bolchevique y la efectividad de sus tácticas. Distrito por distrito, fábrica por fábrica, pasaron unos 400.000 manifestantes, y todos los diarios coincidieron en que el mar de banderas y pancartas bolcheviques solo ocasionalmente era roto por las consignas del Congreso. Desde todos los barrios, la mayoría de las fábricas y muchas unidades militares (1er. Regimiento de Ametralladoras, Pavlovsky, Granaderos, Moskovsky, Finlandia, Izmailovsky, Egersky, el 1ro. y 171 de Reserva, el 6° Regimiento de Ingenieros...) marchaban con las consignas y pancartas propuestas por los bolcheviques. "De tanto en tanto -recuerda Sujanov- la cadena de banderas y columnas bolcheviques era interrumpida por algunas consignas propias de los SR y el Soviet. Pero quedaban sumergidas en la masa; parecían ser excepciones que venían a confirmar la regla. Una y otra vez, como inalterable expresión de lo más profundo de la capital revolucionaria, como si fuese el destino (...), avanzando hacia nosotros: 'Todo el poder a los Soviets! Abajo los 10 ministros capitalistas!'" (Rabinowitch, 1991: 117-119).

La tensión siguió creciendo. La contrarrevolución levantaba cabeza, reunía fuerzas, presionaba sobre el gobierno y lanzaba ataques contra las masas. La izquierda revolucionaria se fortalecía por abajo. Se preparaban confrontaciones de creciente violencia y las noticias que daban cuenta del total fracaso de la ofensiva y la descomposición de los ejércitos en el frente precipitaron una nueva crisis. Por derecha, el 2 de julio los kadetes se retiraron del gobierno y 5 días después renunció Lvov. Kerensky quedó a cargo del ministerio de Guerra y la presidencia con un interino "gobierno de salvación" suspendido en el aire. Por izquierda, el proletariado de Petrogrado perdía la paciencia y se inclinaba hacia los bolcheviques:

(...) El 1 de julio, V. Volodarski, un dirigente bolchevique de Petrogrado, aseguró ante la conferencia del partido que éste ya tenía mayoría en la Sección Obrera del Soviet. Dos días más tarde, vale decir menos de dos meses después que la moción de Trotsky (oponiéndose a la formación del gobierno de coalición) hubiera reunido 20 ó 30 votos, la mayoría de los delegados obreros reclamó que el poder pasara a los soviets (Mandel, 2017: 177-178).

La situación era aún más explosiva entre los soldados. El rechazo al traslado de efectivos y al endurecimiento de las sanciones disciplinarias generó un estado de ánimo revolucionario en la guarnición de Petrogrado. La consigna que Lenin diera a la Organización Militar bolchevique fue mantenerse “atentos y prudentes para evitar provocaciones”¹⁹, pero los soldados-*aktivisti* del partido (nuevamente con el concurso de anarquistas y eseristas de izquierda) precipitaron un choque. Después de algunas reuniones reservadas y agitación en las unidades más radicalizadas de Petrogrado y Kronstadt, una tumultuosa asamblea de varios miles de soldados el 3 de julio decidió llamar a concentrarse frente al Palacio Táuride para hacerse escuchar por el CEC. Desde el 1er. Regimiento de Ametralladoras (asentado en el proletario barrio Viborg) partieron emisarios (en vehículos artillados) hacia los cuarteles y las grandes fábricas. La mayor parte de los regimientos y las masivas asambleas obreras decidieron por aclamación marchar hacia el centro; donde los “cuadros medios” bolcheviques, tomados por sorpresa, trataron de oponerse, fueron desbordados y arrastrados por la masa. Casi de inmediato el Comité de Petrogrado consideró que era imposible “levantar” lo que se había convertido ya en una movilización revolucionaria de masas, ante lo cual el partido debía participar y tratar de imprimirle una dirección correcta. En su comunicado dijo:

La actual crisis de gobierno no podrá resolverse de manera favorable a los intereses del pueblo si el proletariado revolucionario y la guarnición no declaran inmediatamente, con fuerza y decisión, que están a favor de la transferencia del poder al Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campe-

sinos. Teniendo en mente este objetivo, es necesario que los obreros y soldados salgan a la calle de inmediato para demostrar su voluntad (Rabinowich, 1991: 177).

También la Sección Obrera del soviét afirmó que “[e]n vista de la crisis gubernamental, la Sección Obrera insiste en que considera necesario que el Congreso Panruso del Soviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesino tome el poder en sus manos” (Rabinowich, 1991: 183). Desde las primeras horas de la tarde la rutina del centro y las principales avenidas de la capital fue quebrada por el desplazamiento de vehículos militares y columnas de soldados y obreros que marchaban hacia la sede del soviét. Siguieron llegando hasta muy tarde y pasada la medianoche eran 60 ó 70.000 los manifestantes, muchos de ellos armados, que se apiñaban en torno al edificio donde el CEC sesionaba a puertas cerradas.

El 4 de julio por la mañana llegaron 10.000 marineros de Kronshtadt que, con armas y banda musical al frente, marcharon hasta la sede del partido bolchevique y luego al Palacio Táuride. Hubo choques e incidentes aún más violentos que el día anterior con *junkers* y cosacos así como desordenados tiroteos con francotiradores emboscados. Se movilizó medio millón de personas: la inmensa mayoría de los obreros de la capital... pero en esta jornada solo salió a la calle *la mitad* de los soldados que se habían hecho presentes el día anterior.²⁰ Hubo momentos de pánico, en alguno de los cuales los manifestantes arrollaron la custodia y entraron al Palacio. Cuando Chernov, dirigente histórico de los SR salió a pedir calma, uno de los manifestantes le gritó en la cara: “¡Hijo de puta, toma el poder que te estamos dando!”, y hubo quienes quisieron retenerlo, pero fue rescatado por Trotsky sin que sufriera daño alguno.

Los dirigentes del CEC mantuvieron una absoluta intransigencia. Pese a que la exigencia de la multitud era el traspaso del poder al soviét que *ellos dirigían*, se aferraron al gobierno en descomposición y pidieron el envío de tropas para sofocar el “intento bolchevique de tomar el poder a punta de bayonetas”. No escuchaban a la gente, ni al reclamo de los mencheviques internacionalistas (Martov), eseristas de izquierda (Spiridonova) y socialdemócratas “sin partido” que pro-

pusieron la inmediata conformación de un gobierno de los partidos socialistas. Todo fue inútil. Recién a la noche recibieron a una reducida delegación de las fábricas y aparentaron escuchar sus exigencias, pero lo que en realidad esperaban era contar con las tropas que habían reclamado para “restablecer el orden”, como efectivamente lo hicieron en la madrugada del 6 de julio. Anticipándose a la represión, los bolcheviques habían llamado a desconcentrarse y organizaron el repliegue evitando un choque frontal, pero a ellos se culpó por las 400 bajas que se produjeron en las dos jornadas. Esgrimiendo como pruebas de cargo documentos falsificados por el ministro de Justicia, el gobierno ordenó la detención y procesamiento “por alta traición” de Lenin y Zinoviev.²¹ Una descomunal campaña de intoxicación de la opinión pública generó un clima de “linchamiento” patriotero y contrarrevolucionario durante el cual fueron asaltados locales e imprentas, detenidos y procesados muchos militantes, se ordenó desmembrar las unidades militares rebeldes y desarmar a los Guardias Rojos. Durante algunos días la contrarrevolución se hizo dueña de las calles del centro de la ciudad y los excesos represivos de las fuerzas gubernamentales y las Centurias Negras fueron tan graves que el CEC debió protestar.

Sin embargo, la orgía reaccionaria no hizo mucho más fuerte al gobierno. La desarticulación de los regimientos insurgentes terminó en la mayoría de los casos a mitad de camino o en nada, los Guar-



días Rojos escondieron sus armas, la prensa bolchevique reapareció bajo nuevo nombre... El 17 julio la Conferencia interdistrital de soviets condenó la ofensiva contrarrevolucionaria y dos semanas después (entre los últimos días de julio y los primeros de agosto) los bolcheviques hicieron en condiciones de semi clandestinidad su VI Congreso (Lenin y Zinoviev estaban prófugos, Kamenev y Trotsky²² en la cárcel). Considerando cerrada la posibilidad del desarrollo pacífico de la revolución, Lenin planteó que los soviets habían sido convertidos en instrumentos de la contrarrevolución, posición que Stalin transmitió y (no sin resistencia) el Congreso votó dejar de lado la consigna “todo el poder a los soviets”.²³ Junto al objetivo de “liquidación total de la burguesía contrarrevolucionaria” se planteó la defensa de las organizaciones de masas (¡incluidos los soviets!) ante los ataques de la contrarrevolución. La orientación anticapitalista y socializante definida en abril fue ratificada, pero el cómo y el cuándo de la lucha por el poder siguió siendo un tema controvertido.

Los bolcheviques y los soviets después de las Jornadas de Julio

Con la excepción parcial de los trabajadores gráficos, la reacción anti bolchevique tras las jornadas de julio rápidamente dio paso a un cambio de actitud en su favor, cambio que paralelamente se produjo en Moscú y las provincias.

En cuanto a la mayoría de los obreros de Petrogrado, que habían participado en las Jornadas de Julio para presionar en favor del poder a los soviets, estuvieron obligados a repensar su estrategia, puesto que los dirigentes mencheviques y SR, a la cabeza del VTsIK y la mayoría de los soviets locales, se habían vuelto en su contra y, conscientemente o no, se habían puesto del lado de la contrarrevolución. Sin embargo, la generalidad de los obreros no veía posible abandonar los soviets. Esto hubiera significado romper con los obreros, los soldados y los campesinos del resto de Rusia, que seguían apoyando a los socialistas moderados, con el peligro de provocar una guerra civil en el seno de la democracia revolucionaria.

La mayoría de los obreros no apoyó la nueva consigna que Lenin propuso a su partido en las semanas posteriores a las Jornadas de Julio: dictadura del proletariado y de los campesinos pobres, sin mencionar a los soviets. No consideraban que eso fuese una solución. Les parecía que la situación política estaba en un impase. La ocasión de avanzar recién se presentaría hacia el fin del verano, cuando los soviets del resto de Rusia asumieron el objetivo de poder a los soviets. E incluso entonces, la experiencia traumatizante de las Jornadas de Julio siguió pesando en la moral de los obreros, limitando el espíritu de iniciativa política que habían evidenciado durante los seis primeros meses de la revolución. Porque en febrero, en abril y durante las Jornadas de Julio, la iniciativa claramente vino “desde abajo”, y el partido bolchevique la siguió. Después de las Jornadas de Julio, por el contrario, el partido debió tomar la iniciativa y los obreros lo siguieron. En definitiva, el partido representaba la franja más decidida y más audaz de la clase obrera.

Pero, a diferencia de lo que ocurría a nivel político, la base mantuvo su iniciativa en las fábricas. Y a pesar de que los militantes de los comités de fábrica –gran parte de los cuales eran bolcheviques o simpatizantes de los bolcheviques– seguían afirmando que el control obrero no era el socialismo, sino solo una escuela de socialismo, y que no podían asumir la responsabilidad de hacerse cargo de las fábricas, sus bases y la dinámica misma de la situación los empujó, cada vez más, a abandonar la inicial concepción de una revolución democrático-burguesa (Mandel, 2017: 253).

La situación de doble poder revelaba ser insostenible. Poco antes de las Jornadas de Julio el periódico del grupo Interdistritos había advertido:

A los métodos de las clases propietarias y de su apéndice menchevique-SR, ya sea sobre el problema del abastecimiento, la industria, la agricultura o la guerra, debemos oponer los métodos del proletariado. Únicamente de esta forma se puede aislar al liberalismo y asegurar el liderazgo

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

y la influencia del proletariado revolucionario sobre las masas urbanas y rurales. Junto a la inevitable caída del presente gobierno vendrá la caída de los actuales líderes del soviét de Delegados Obreros y Campesinos. La actual minoría del soviét tiene ahora la posibilidad de preservar la autoridad del soviét como representante de la revolución, y asegurar la continuación de sus funciones como poder central. Esto se volverá más claro cada día. La época de la "doble impotencia", con un gobierno que no puede y un soviét que no se atreve, debe inevitablemente culminar en una crisis de una gravedad sin precedentes. Es nuestro deber tensar todas nuestras energías previendo esta crisis, de modo que la cuestión del poder pueda ser abordada en todas sus dimensiones (Trotsky, 2007: 97).

También la gran burguesía, envalentonada tras la crisis de julio, se preparaba para nuevas y más duras confrontaciones:

El espectro de la contrarrevolución comenzó por primera vez a tomar los contornos más concretos de una dictadura militar (...) Miliukov, jefe del partido kadete, fue notablemente claro: "(...) es absolutamente necesario que el ministro-presidente [Kerensky] ceda su lugar o, en todo caso, recurra a la ayuda de militares con autoridad y que estos militares con autoridad actúen con la independencia e iniciativa necesarias" (Mandel, 2017: 257).

El 22 de julio Kerensky designó al general Kornilov jefe plenipotenciario del ejército y dos días después los kadetes regresaron al gobierno. Esta segunda coalición no asumió ningún compromiso: los liberales explícitamente rechazaban la tutela del Soviet y el ministro-presidente quería mostrar que su autoridad estaba por encima de todo(s). Anunció que gobernaría con "mano dura" y convocó a una Conferencia de Estado en Moscú el 12 agosto para establecer una "tregua entre el capital y el trabajo". Allí presentó a Kornilov como "primer soldado de la revolución"... ¡pero la burguesía puesta de pie recibió al jefe del ejército como líder de la contrarrevolución! En cuan-

to a los sindicatos y comités de fábrica de Moscú, en lugar de disponer una tregua, hicieron un paro general. No hubo tregua, ni podía haberla, porque las “sesiones privadas” de la Duma y el Consejo de Estado (remanentes del zarismo) operaban como activos foros de la contrarrevolución, el “Comité de la industria unida” articulaba las medidas anti obreras del capital y los kadetes conspiraban con la extrema derecha.²⁴ Los trabajadores respondían endureciendo el control obrero sobre las empresas, en el campo se generalizaban las ocupaciones de tierras y crecía el respaldo a los bolcheviques, aunque éstos se orientaban con dificultad en las nuevas condiciones. Lenin seguía considerando que los soviets estaban perdidos para la revolución y los exhortaba desde la clandestinidad: “Ahora la tarea consiste en *tomar el poder* nosotros mismos y declararnos gobierno el nombre de la paz, de la tierra para los campesinos y de la convocatoria de la Asamblea Constituyente” (Lenin, tomo 34: 82), pero no lograba vencer ni al Comité Central, y ni al conjunto del partido...

El 27 de agosto se produjo otro brusco viraje político. Hasta entonces Kerensky y Kornilov coincidían en la necesidad de un régimen autoritario y juntos tramaban traer tropas desde el frente para imponerlo, pero cada uno se consideraba predestinado a ocupar el lugar de Bonaparte. Alentado por Milukov, los grandes capitalistas y los conspiradores que pululaban entre la oficialidad y la extrema derecha el militar quiso ocupar el primer lugar, pero advirtiendo el riesgo Kerensky dejó de lado el acuerdo con los kadetes y relevó a Kornilov, quien respondió diciendo que, dado que el gobierno y Petrogrado habían caído en manos de “los extremistas”, él ocuparía la capital y tomaría el poder a fin de impedir la destrucción de Rusia y ahorcar de ser necesario a los dirigentes del soviets.

Kerensky debió pedir auxilio a los soviets y en la madrugada del día 28, con las tropas del Tercer Cuerpo de Ejército próximas a la ciudad, el CEC propuso formar un “Comité de lucha contra la Contrarrevolución” con mencheviques, SR y bolcheviques. Estos se negaban a entrar en bloques políticos o acuerdos orgánicos con los partidos que un mes y medio antes se habían colocado en el campo de la contrarrevolución y mantenían en la cárcel a sus dirigentes, pero eran los más interesados en derrotar a Kornilov y se volcaron decididamente



Kornilov

a los comités de lucha que brotaron como hongos. El Soviet de Petrogrado, los soviets Interdistritales y de Reval, Helsingford y Kronstadt, impulsaron innumerables comités para movilizar y organizar al pueblo, conseguir armas y municiones, proteger servicios esenciales, en síntesis: dirigir y coordinar la defensa de la revolución. El Comité de Lucha

central quedó finalmente integrado por tres representantes de cada uno de los principales partidos (menchevique, SR y bolchevique), cinco de cada uno de los CEC, dos de los sindicatos, dos del Soviet de Petrogrado y uno de la conferencia Interdistrital, pero casi no tuvo oportunidad ni necesidad de actuar, pues

(...) todas las organizaciones políticas a la izquierda de los kadetes, cada organización obrera de alguna importancia, los comités de soldados y marineros de todo nivel salieron a luchar contra Kornilov. Sería difícil encontrar, en historia reciente, un despliegue tan efectivo, poderoso y en gran medida espontáneo de acción política masiva y unitaria. Y la iniciativa energía y autoridad de la conferencia Interdistrital de Soviets de Petrogrado durante los días de Kornilov está ampliamente documentada (Rabinowitch, 1976:175).

Los bolcheviques encabezaron la lucha que derrotó la *Kornilovchina*. Desde los soviets organizaron una formidable movilización que detuvo el avance de las tropas lanzadas contra Petrogrado, logró que cambiaran de bando y arrestaran al general golpista. Fueron apresados algunos de los que estaban complotados y acumulado armas en la capital, y algunas decenas de oficiales comprometidos fueron sumariamente ajusticiados por soldados y marineros. De manera que

(...) el golpe de Estado sirve fundamentalmente para invertir por completo la situación a favor de los bolcheviques que, en lo sucesivo, se beneficiarán de la aureola de prestigio que

les da su victoria sobre Kornilov. El día 31 agosto, el Soviet de Petrogrado vota una resolución presentada por la fracción bolchevique, que reclama todo el poder para los soviets. El espíritu de esta votación se ve solemnemente confirmado el día 9 septiembre por la condena terminante de la política de coalición con los representantes de la burguesía en los gobiernos provisionales; (...) uno tras otro, los soviets de las grandes ciudades –el de Moscú el día 5 septiembre y más tarde los de Kiev, Saratov y Neivano-Voznessensk– alinean su postura con la del soviet de la capital que, el 23 septiembre, eleva a Trotsky a la presidencia (Broué, 1973:126).

Luego de todo esto, nadie quería acuerdo alguno con los kades, ni confiaba ya en Kerensky. El descredito golpeó de lleno también al CEC y a la dirección del PSR, cuyos militantes comenzaron a desbandarse:

(...) algunos se volcaron hacia el ala izquierda del partido que, al igual que los mencheviques-internacionalistas, se oponía a la coalición sin llegar a reclamar todo el poder a los soviets. Pero muchos se inclinaron hacia los bolcheviques, cuya posición les parecía más coherente y estaba libre de compromisos organizativos con los “conciliadores” (...) la organización del PSR sufrió masivas deserciones. En una reunión del Comité de Petrogrado el 23 agosto, los informes de todos los distritos indicaban que la influencia del partido entre los obreros caía en todas partes. Los militantes de base se quejaban de las políticas derechistas del partido y se unían en gran cantidad al partido bolchevique (Mandel, 2017: 265 y 270).

Para mantenerse en el gobierno Kerensky designó un Directorio de cinco miembros, declaró que Rusia era ya una República (¿?) y esperó que la Conferencia Democrática convocada por el CEC para discutir la cuestión del gobierno le permitiera encontrar alguna manera de liquidar a los soviets. Pero la Conferencia terminó sin resolver nada, mencheviques y eseristas aceptaron sumarse a otro gabinete de coalición con los kadetes, con lo que liquidaron el poco crédito que conservaban.

“El fracaso de la Conferencia Democrática fue una confesión pública de la bancarrota política de los dirigentes del soviets”

(...) el 14 de septiembre, cuando la cuestión del poder tenía que verse resuelta, Lenin apoyó los esfuerzos de Kamenev para persuadir a los mencheviques y a los eseristas de que rompieran con la coalición y se unieran a los bolcheviques en un gobierno socialista basado en los soviets. Si los dirigentes del soviets aceptaban asumir el poder, los bolcheviques renunciarían a su campaña en favor de un alzamiento armado y competirían por el poder en el seno del movimiento de los soviets. Pero la implicación de Lenin seguía siendo clara: si los dirigentes de los soviets se negaban a hacerlo, el partido debería prepararse para la conquista del poder. [...] Después de cuatro días de debate, la conferencia había terminado sin una opinión sobre la cuestión vital para la que se había convocado. (...) Una delegación extraordinaria de los miembros de la conferencia fue convocada apresuradamente para resolver la crisis de gobierno. Estaba dominada por los dirigentes eseristas y mencheviques favorables a una coalición, que en contra del claro voto de la conferencia, inmediatamente abrieron negociaciones con los kadetes. El 24 de septiembre se llegó a un acuerdo, y al día siguiente Kerensky nombró a su gabinete. En esencia era el mismo compromiso político que la segunda coalición de julio, con los socialistas moderados manteniendo técnicamente una mayoría de las carteras y los kadetes controlando los puestos clave. Pero la tercera coalición no tenía nada del talento ministerial, por poco que hubiera sido, de su antecesora. Estaba formada por kadetes de segunda fila y oscuros trudoviki provinciales sin ninguna experiencia real de gobierno a escala nacional. Los socialistas hubieran deseado que fuera responsable ante el Pre Parlamento, un organismo ficticio y en última instancia impotente nombrado por la Conferencia Democrática con la vana esperanza de proporcionar a la república alguna forma de legitimidad hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente (Plejanov la denominó “la casita de

las patas de pollo”). Pero los kadetes los habían obligado a renunciar a esta exigencia como precio por su participación en la coalición. El Gobierno Provisional iba a seguir siendo de *iure* el poder soberano hasta que se reuniera la Asamblea. Pero ¿este nuevo Gabinete de opereta llegaría a durar tanto? Sin el poder de facto, se manifestó incapaz de aprobar una legislación significativa y solo esperó a mantenerse en el cargo hasta las elecciones de noviembre. Supervivencia durante seis semanas, ése era el resumen de sus minúsculas ambiciones, y, sin embargo, solo duró cuatro. El fracaso de la Conferencia Democrática fue una confesión pública de la bancarrota política de los dirigentes del Soviet (Figes, 2017: 656-659).

La descomposición del bloque menchevique-SR creció geométricamente cuando nombraron un Preparlamento sin facultad alguna, puramente discursivo, en momentos en que los obreros, soldados y campesinos al borde de la desesperación reclamaban *hechos*. Incluso los bolcheviques vacilaban y, con idas y vueltas, dejaban pasar los días... Finalmente la presión combinada de Lenin, Trotsky y los cuadros partidarios más sensibles al estado de ánimo de las masas, impuso la decisión de “patear el tablero”.²⁵ El 7 de octubre, día de la inauguración, Trotsky pronunció un vibrante discurso denunciando que ese preparlamento fraudulento y maniobrero era incapaz de enfrentar y derrotar a la contrarrevolución y terminó diciendo: “¡La revolución está en peligro! ¡Todo el poder a los soviets!” y, sin más palabras, los 58 delegados bolcheviques se retiraron del recinto. Años después, en sus memorias, Miliukov reconocería: “Hablaban y obraban como hombres que se sentían apoyados por la fuerza y sabían que el día de mañana les pertenecía”.

La insurrección de Octubre

Historiadores derechistas, liberales, socialdemócratas, anarquistas y comunistas anti bolcheviques han escrito miles de páginas diciendo, con distintos e incongruentes argumentos, que Octubre fue

el golpe de Estado con que se impuso la dictadura de Lenin y los bolcheviques. A estos relatos se opone, en primer lugar, la victoria de la insurrección, un hecho que no debe ignorarse o minimizarse, porque la historia y el buen sentido enseñan que las aventuras izquierdistas siempre fracasan, antes incluso de intentarse.

También Kerensky creía que se enfrentaba a un grupo de fanáticos golpistas, y en las primeras semanas de octubre decía a quien quisiera escucharlo que rezaba para que los bolcheviques intentaran algo para aplastarlos y extirparlos quirúrgicamente. Y si ello no ocurrió, se debe a que, como indican sobradas evidencias, existía una masiva convicción de que era urgente poner fin a las imposturas y maniobras contrarrevolucionarias del gobierno burgués:

En octubre, todas las condiciones se habían reunido y a la luz del día se organizó el levantamiento. Los soldados decían: “¿Hasta cuándo va a durar esta situación insostenible? Si no encontráis una salida vendremos nosotros mismos a echar de aquí a nuestros enemigos, y lo haremos a bayonetazos” (Víctor Serge, *El año I de la Revolución Rusa*). Los obreros protestaban: “¿Qué han hecho para que tengamos paciencia? ¿Nos ha dado Kerensky más para comer que el zar? Nos dio más palabras y más promesas, ¡pero no nos dio más comida! Hacemos cola toda la noche para obtener algo de carne, pan, zapatos, mientras escribimos como idiotas ‘Libertad’ en nuestras banderas. La única libertad que tenemos es la de ser esclavos y morir de hambre” (Albert Rhys Williams, *Through The Russian Revolution*). Los campesinos tomaban sus propias decisiones: “La violencia y las ocupaciones de tierras son cada vez más frecuentes [...], los campesinos se apoderan arbitrariamente de los pastos y de las tierras, impiden las labores, fijan a su voluntad los arriendos y expulsan a los mayores y a los gerentes”. Las condiciones de vida eran inaguantables. John Reed escribió: “La ración diaria de pan descendió sucesivamente de una libra y media a una libra, después a tres cuartos de libra, y finalmente a 250 y 125 gramos. Al final, hubo una semana entera sin pan. Se tenía derecho a dos libras de azúcar mensuales, pero era casi imposible encontrarla. Solo había

leche para menos de la mitad de los niños de la ciudad. [...]”. No, no fue una minoría, ni un golpe de azar, sino el resultado de condiciones políticas y sociales determinadas (Salas, 2017: 45-46).

Recordemos que la consigna “todo el poder a los soviets” había aparecido en una pancarta agitada en las Jornadas de Abril, fue levantada por los bolcheviques en mayo, respaldada por centenares de miles de soldados y obreros de Petrogrado en las Jornadas de Junio y de Julio, tras lo cual pareció desaparecer de la escena, para reaparecer con empuje irresistible tras la derrota de la *Kornilovchina*. Y si se impuso en octubre no fue por obra y gracia de la maquiavélica conjura de Lenin y Trotsky, sino porque la inmensa mayoría de los trabajadores que hasta semanas antes seguía a los eseristas²⁶ había llegado a la conclusión de que la burguesía quería terminar con la revolución y con los soviets, apelando a “la fría y esquelética mano del hambre”,²⁷ a la dictadura militar o, incluso permitiendo que el ejército alemán aplastara el bastión revolucionario que era Petrogrado. También el campesinado había hecho su experiencia. Dado que ni el gobierno, ni el PSR les hicieron caso, se lanzaron a tomar por sí mismos las propiedades de los terratenientes, y dado que los bolcheviques los apoyaban, la contrarrevolución ya no pudo lanzar a las masas del campo en contra de Lenin y los soviets.

Es claro que la insurrección de octubre fue decidida en dos reuniones sucesivas del Comité Central bolchevique, pero su éxito estuvo asentado en el previo y el generalizado rechazo de los soviets de Petrogrado, Moscú, Kronstadt, Finlandia, la Flota del Báltico y otros muchos al gobierno de Kerensky, que insistía en mandar al frente a las dos terceras partes de la guarnición, dejando indefensa a la capital cuando la Operación Albión de la marina alemana ocupaba el golfo de Riga y amenazaba con avanzar sobre Petrogrado.

El 31 de agosto el Soviet de Petrogrado había reclamado el traspaso de todo el poder a los soviets y el 9 de septiembre condenó explícitamente la política de coalición con la burguesía que mantenía el CEC. Mientras tanto, Lenin desde su refugio en Finlandia clamaba: “Los bolcheviques pueden y deben tomar el poder”, advirtiendo al

Comité Central que las condiciones estaban más que maduras. Pero Zinoviev y Kamenev (y con ellos la mayoría de la dirección) se oponía a la insurrección, sostenían que llevaría a que Petrogrado y los bolcheviques quedasen aislados del resto de Rusia y luego aplastados y proponían esperar la siempre incierta reunión de la Asamblea Constituyente. Trotsky era también partidario de la insurrección, pero consideraba que debía prepararse con formulaciones defensivas, al amparo de la legalidad soviética, y ejecutarse en coincidencia con la reunión del II Congreso Panruso de Soviets de Obreros y Campesinos, el magno evento que concitaba la atención y expectativa de obreros y campesinos. Los cuadros de Petrogrado y la Organización Militar, casi siempre alineados con el ala izquierda, advertían que las masas no “empujaban” al partido como ocurriera en junio y julio: existía una tensa expectativa a la espera de signos claros y convincentes que indicaran llegado el momento de una acción decisiva.²⁸

Finalmente, alarmado e indignado por las dilaciones y ambiguos procedimientos de la mayoría del Comité Central, Lenin dejó Finlandia por su cuenta y riesgo y se instaló (siempre clandestinamente) en un suburbio de Petrogrado, exigiendo una reunión del CC que se realizó el 10 de octubre, donde, tras horas de discusión, su posición fue respaldada.



La insurrección “al orden del día”

En una hoja arrancada de un cuaderno infantil, Lenin garabateó una resolución. “El CC reconoce que la situación internacional de la revolución Rusa... así como la situación militar... y el hecho de que el partido proletario haya obtenido la mayoría en los soviets; todo ello, unido al levantamiento campesino y al cambio de tornas de la confianza popular en beneficio de nuestro partido (las elecciones de Moscú), y, por último, la evidente preparación de una segunda Kornilovshchina... pone a la orden del día la insurrección armada... Al considerar por lo tanto que es inevitable la insurrección armada y que la situación para ello está plenamente madura, el CC ordena a todas las organizaciones del partido guiarse conforme a ello y discutir y resolver, desde este punto de vista, todos los problemas prácticos.” Finalmente, después de un prolongado y apasionado debate, votaron. Por diez votos contra dos –Zinóviev y Kámenev, por supuesto–, la resolución fue aprobada. Era ambigua en sus detalles, pero se había cruzado un Rubicón. La insurrección estaba ahora a la “orden del día” (Mieville, 2017: 186).

Dado que los preparativos siguieron demorándose, fue preciso que el 16 de octubre una reunión ampliada del CC ratificara (y precisara) la fecha de la insurrección. De manera independiente pero convergente, el 9 de octubre el Soviet de Petrogrado (única autoridad reconocida por la guarnición de la capital) había dispuesto la conformación de un Comité Militar Revolucionario.²⁹ Éste designó delegados en todas las unidades, asegurando el control de las mismas. Las fuerzas con las que contaba no eran abrumadoras, pero sí decisivas: el casi total respaldo de la guarnición de la ciudad y de los barrios obreros de Petrogrado.

En las primeras horas del 24 de octubre, fue Kerensky quien intentó un golpe de mano: declaró el estado de sitio, impidió la publicación de *Pravda*, reclamó el envío de tropas desde el frente, y movilizó al Batallón de Mujeres y a los junkers. El CMR respondió pasando a la

ofensiva con el plan insurreccional fijado para esa misma noche (previa a la reunión del II Congreso). Reabrió *Pravda*, dispuso la detención de los oficiales que no reconocían la autoridad del CMR y la ocupación de comisarías, imprentas, puentes, edificios oficiales, banco estatal, estaciones ferroviarias y las centrales telefónica y eléctrica. En trece horas Petrogrado quedó en manos de soldados y obreros revolucionarios a las órdenes del Soviet. En la insurrección tomaron parte activa unos treinta mil hombres. No fue necesario recurrir a la huelga general, movilizar los barrios obreros, ni atacar cuarteles militares, pues ya estaban ganados *antes* de la insurrección.

¡A LOS CIUDADANOS DE RUSIA!

El Gobierno Provisional ha sido depuesto. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, que es un órgano del Soviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado y se encuentra al frente del proletariado y de la guarnición de la capital. Los objetivos por los que ha luchado el pueblo –la propuesta inmediata de una paz democrática, la supresión de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción y la constitución de un gobierno soviético– están asegurados. ¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

(Comunicado difundido a las 10 de la mañana en *Rabochi y Soldat* n° 8, 25 de octubre [7 de noviembre] de 1917).

A media mañana el gobierno solo controlaba su sede, en la que permaneció recluido hasta ser detenido³⁰ (una sumatoria de impericia e imprevistos demoró la toma del Palacio de Invierno hasta la madrugada del 26 de octubre). Entre el 28 de octubre y el 2 de noviembre la insurrección obrera triunfó también en Moscú, y tras dos o tres semanas se había extendido prácticamente a toda Rusia. El derrocamiento del gobierno burgués en la capital fue prácticamente incruento.

Tal como estaba previsto, el 25 octubre 1917 (que pasaría a ser el 7 noviembre con el nuevo calendario) pudo reunirse en el Palacio Smolny el II Congreso Panruso de Soviets de Obreros y Soldados. Desde las primeras horas de la mañana, los diputados de los diversos partidos comenzaron a reunirse por separado en el Palacio Smolny. Tras interminables cabildeos, en nombre del CEC saliente Fiodor Dan dio por iniciada reunión a las 22:45 horas. De los 670 diputados presentes, 300 eran bolcheviques, los que en alianza con los eseristas de izquierda,³¹ algunos mencheviques internacionalistas y delegados "sin partido" constituían una sólida mayoría favorable al poder soviético. Los bolcheviques propusieron que la mesa para dirigir el congreso fuese integrada proporcionalmente, pero el bloque menchevique-SR rechazó integrarla y el grupo de Martov se abstuvo, por lo que la mesa quedó compuesta por doce bolcheviques y siete eseristas de izquierda. Martov hizo una moción en favor de buscar un acuerdo entre los partidos socialistas, lo que fue aprobado casi por unanimidad. Pero poco después, so pretexto de que había combates en torno al Palacio de Invierno, los SR y los mencheviques anunciaron que se retiraban del Congreso. Martov insistió en que debía lograrse un acuerdo con quienes acababan de intentar romper el congreso, lo que mereció una dura respuesta de Trotsky, tras lo cual también parte de los mencheviques internacionalistas³² se fue de la sesión. Kamkov, vocero de los eseristas de izquierda, anunció que sus diputados se mantendrían en el congreso y pidió otro cuarto intermedio para insistir en la búsqueda de un frente de los partidos socialistas soviéticos. El cuarto intermedio se aprobó pero no se logró avance alguno. A las dos de la madrugada se anunció que había sido tomado el Palacio de Invierno, que estaban provisoriamente detenidos los integrantes del gobierno derrocado y que los ejércitos del frente respaldaban lo actuado por la guarnición de Petrogrado y el Comité Militar Revolucionario, a pesar de que el prófugo Kerensky intentaba organizar un contra-ataque. Poco después

Lunacharski encuentra por fin la posibilidad de leer en voz alta un llamamiento a los obreros, soldados y campesinos. Pero no es un simple llamamiento: por la sola exposición

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

de lo que ha sucedido y de lo que se prevé, el documento, redactado a toda prisa, presupone el comienzo de un nuevo régimen estatal. “Los plenos poderes del Comité Ejecutivo Central conciliador han expirado. El gobierno provisional ha sido depuesto. El Congreso toma el poder en sus manos”. El gobierno soviético propondrá una paz inmediata, entregará la tierra a los campesinos, dará un estatuto democrático al ejército, establecerá un control de la producción, convocará en el momento oportuno la Asamblea constituyente, asegurará el derecho de las naciones de Rusia a disponer de sí mismas. “El Congreso decide que todo el poder, en todas las localidades, es entregado a los soviets”. Cada frase leída provoca una salva de aplausos. “¡Soldados, manteneos en vuestros puestos de guardia! ¡Ferrovianos, detened todos los convoyes dirigidos por Kerenski a Petrogrado!... ¡En vuestras manos están la suerte de la revolución y la de la paz democrática!” (Trotsky, 2016: 1024-25).

El llamamiento fue recibido con entusiasmo, pero la votación debió demorarse debido a sucesivas mociones que insistían en la necesidad de alcanzar algún tipo de frente único revolucionario o gobierno compartido de los partidos socialistas (otros mencheviques de izquierda, el Partido Socialista Polaco, el Bund...). Finalmente el llamamiento fue aprobado casi por unanimidad (2 votos en contra y 12 abstenciones) y a las seis de la mañana se levantó la sesión, que se reiniciaría a las nueve de la noche de ese 26 de octubre. Tras encaminar la resolución de cuestiones secundarias, Kamenev cedió la palabra a Lenin:

Su aparición en la tribuna provoca aplausos interminables. Los delegados de las trincheras no se hartan de mirar al hombre misterioso que les han enseñado a detestar y que han aprendido, sin conocerlo, a amar. “Apoyado firmemente en el borde del pupitre y contemplando a la multitud con sus ojos pequeños, Lenin esperaba sin interesarse aparentemente por las ovaciones incesantes que duraron varios minutos. Cuando los aplausos terminaron, dijo simplemente: ‘Ahora vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista’ ”.

No ha quedado acta del congreso. Las taquígrafas (...) habían abandonado el Smolni [...]. La frase de introducción que John Reed pone en labios de Lenin no se encuentra en ninguna crónica de los periódicos. Pero coincide con el espíritu del orador. Reed no podía inventarla. Es así, precisamente, como Lenin debía empezar su intervención en el congreso de los soviets, sencillamente, sin *pathos*, con una seguridad irresistible: “Ahora vamos a dedicarnos a edificar el orden socialista” (Trotsky, 2016: 1029-30).

Tras aprobar los decretos sobre la paz y sobre la tierra, correspondía designar al órgano gubernamental del régimen soviético:

(...) en lo que hacía al poder central, indudablemente la consecuencia lógica era que el lugar del viejo gobierno provisional sería tomado por el comité central ejecutivo permanente de los soviets, elegido por el congreso y que incluía a representantes de distintos partidos políticos. Pero esto no fue así: para sorpresa de muchos delegados, se anunció que las funciones del gobierno central serían asumidas por un nuevo Consejo de Comisarios del Pueblo cuyo patrón enteramente bolchevique fue leído al Congreso el 26 octubre por un portavoz del partido bolchevique. La cabeza del nuevo gobierno era Lenin, y Trotsky era comisario del Pueblo (ministro) de Relaciones Exteriores (Fitzpatrick, 2015: 87).

Hay quienes sostienen que los bolcheviques estaban predispuestos a la conformación de un gobierno con mayoría bolchevique y composición pluralista,³³ pero no es lo que ocurrió. A la proclama contrarrevolucionaria del “Comité Panruso de Salvación del País y la Revolución” (SR-mencheviques y kadetes), a la desertión de Martov y a las reticencias de los eseristas de izquierda, se respondió conformando un gobierno “homogéneo”, puramente bolchevique. Esto sentó un alarmante precedente y preparó una crisis que pudo haberse evitado.³⁴ El Comité Ejecutivo Central del Soviet de Obreros y Soldados quedó conformado por 62 bolcheviques, 29 SR de izquierda y otros 10 socialistas (entre ellos 6 socialdemócratas internacionalistas próximos a las posiciones del diario de Gorky [*Novaja Zizn*]).



El Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*) presidido por Lenin debió lanzarse a una actividad frenética. Durante las dos primeras semanas se debieron enfrentar el asalto de Kerensky y el general Krasnov intentando retomar Petrogrado, que estuvo acompañado por una sublevación de eseristas y kadetes, tratando al mismo tiempo de asegurar la victoria militar del Soviet en Moscú, donde la lucha fue particularmente dura y sangrienta. Una de sus primeras decisiones fue disponer un alto el fuego inmediato en los frentes de guerra con las Potencias Centrales; Trotsky, Comisario

de Asuntos Exteriores, llevó el peso de las negociaciones con Alemania y el 2 de diciembre se firmó el armisticio. Paralelamente, se decretó la confiscación de los latifundios y la entrega de las tierras a los soviets campesinos, el control obrero de la industria y la nacionalización de la banca. Se reconocieron los derechos de las nacionalidades, incluyendo el derecho a la autodeterminación y la libertad de separarse.

Los primeros pasos del nuevo gobierno

Lenin anunció el programa del gobierno soviético: propuesta de paz inmediata a todas las naciones; reparto de la tierra a los campesinos; control obrero de la producción y distribución de mercancías; control nacional de la banca. [...] En los días siguientes se abolieron todas las desigualdades basadas en la clase, el sexo, la nacionalidad y la religión, fueron nacionalizados los bancos, los ferrocarriles, el comercio exterior y algunas grandes industrias. En lo relativo a la cuestión agraria, los bolcheviques se adelantaron y rebasaron a sus más formidables oponentes, los

social-revolucionarios, el partido campesino. [...] En los primeros días de existencia del gobierno soviético se aprobaron numerosas leyes de gran alcance, dentro de un proceso general de educación, pero con escasas posibilidades de ser aplicadas de manera efectiva. [...] Estas leyes ponían de manifiesto, de todas formas, la intención del gobierno de dar amplio margen a la iniciativa y a la actividad autónoma de los soviets locales. [...] En los primeros tiempos, diría Lenin después, el gobierno había manifestado, en efecto: “¡Aquí está la ley! Así es como nos gustaría que fuese administrado el Estado. ¡Intentadlo!”. “No tenemos miedo de reconocer todo lo que la aplicación de nuestras leyes saque a la superficie... tenemos que modificarlas continuamente.” En diciembre de 1917, Lenin presentó para su discusión una ley de nacionalización de todos los bancos y sociedades anónimas, el repudio de toda la deuda pública interior y exterior, la introducción del servicio obligatorio del trabajo, de sociedades de consumidores y de libros de contabilidad y de control para las clases poseedoras, a las que solo se les permitiría recibir sus raciones alimentarias. [...] Hacia esa época, aproximadamente, dos organismos soviéticos entraron en conflicto a propósito de una diferente interpretación de la ley sobre el control obrero de la industria. Uno de esos organismos pidió a Lenin que respaldase legalmente su criterio e instrucciones concretas al respecto y desautorizara a sus oponentes. Tras examinar atentamente sus argumentos, Lenin contestó: “Si de verdad queréis poner enseguida en práctica el control obrero, hacéis mal en querer apoyaros en una autoridad legal y formal. Tenéis que actuar, tenéis que agitar, echar mano del mejor método que encontréis para llevar vuestra idea a las masas. Si esa idea es vital y revolucionaria se abrirá camino por sí misma, al margen de cualquier instrucción e interpretación amorfa y sin vida, por muy legalizada que esté”. Detrás de los actos más revolucionarios de Lenin hubo siempre este sólido sentido común. “La vida dirá la última palabra”, era una de sus frases favoritas; entretanto, prefería que los principios gozasen de libertad antes que comprometerse él personalmente a dar interpretaciones de detalle. Esto vendría después. Lo primordial era que los principios empezasen a ponerse en práctica (Christopher Hill, 2017: 121-127).

Reflexiones *post festum*

¿Dos revoluciones o un proceso revolucionario?

La revolución comenzó con la insurrección de febrero que derribó al zarismo y abrió paso al Gobierno Provisional (burgués) y a los soviets de obreros y soldados; apenas ocho meses después, en octubre, otra insurrección derrocó al gobierno burgués, traspasó todo el poder a los soviets y se conformó un gobierno obrero y campesino. Existe amplia coincidencia en que la insurrección de febrero fue fundamentalmente espontánea, con la irrupción de amplias masas con nula o escasa preparación política y una vertiginosa radicalización. Se logró, en un mismo movimiento, enfrentar y neutralizar a la Policía, subvertir la disciplina y orden jerárquico del ejército, voltear al zar y construir en la capital del imperio un soviets... Pero la revolución dejó en manos de políticos burgueses la conformación del gobierno provisional. La de octubre, en cambio, fue una insurrección concebida y dirigida por los bolcheviques (con fuertes discusiones dentro y fuera del partido), "técnicamente" preparada y ejecutada por Trotsky y el Comité Militar Revolucionario del Soviet de Petrogrado. El derrocamiento casi incruento del Gobierno Provisional en la capital (no así en Moscú) aseguró que el 25 de octubre pudiera sesionar el II Congreso Panruso de los soviets que por mayoría decidió el traspaso de todo el poder a los soviets, anunció medidas revolucionarias de inmediata aplicación y designó al gobierno obrero y campesino que se denominó Consejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*).

Desde entonces, en la discusión sobre la Revolución de Febrero" y la Revolución de Octubre la mayoría de los historiadores e investigadores han concentrado su atención en la especificidad de cada uno de esos acontecimientos y todo lo que los diferenciaría. Existe pues la idea recibida de que en la Rusia de 1917 hubo dos revoluciones y, por añadidura, dos revoluciones de distinta naturaleza: *democrático-burguesa* la de febrero, *obrero y socialista* la de octubre. De esa idea de las dos revoluciones se derivó una especie de grilla interpretativa que desde los tiempos de la Tercera Internacional suele utilizarse para "caracterizar" el desarrollo de cualquier revolución con arreglo al "calendario" ruso, aunque eso de "amoldar" revoluciones

harto diferentes al modelo y calendario ruso puede llegar a analogías disparatadas. Dejando de lado esas exageraciones heurísticas, cabe preguntar: ¿Es acertado y útil insistir en que hubo dos revoluciones, diferentes y de diversa naturaleza? ¿No existen acaso fuertes elementos de continuidad que dan un carácter *procesual* a la revolución en 1917?

Es posible que el relato de “las dos revoluciones” dificulte la comprensión de lo ocurrido porque violenta la unidad dialéctica del proceso y de algún modo reintroduce una *concepción etapista de la revolución*, el canon evolucionista de la Segunda Internacional³⁵ que había sido desafiado por quienes afirmaban que la revolución rusa podría asumir el carácter de *revolución ininterrumpida* (al decir de Lenin) o de *revolución permanente* (según la formulación de Trotsky), progreso teórico muy distante de la manía clasificatoria empeñada en etiquetar “revoluciones de febrero” y “revoluciones de octubre” *urbi et orbi*.

Cierto es que la Revolución de Febrero se auto-limitó por el oportunismo de dirigentes mencheviques y eseristas y las confusas ilusiones de obreros y soldados en la colaboración de clases, y dejando así el gobierno en manos de la burguesía, con el aval del Soviet. Pero ese fue *el comienzo* y no el fin de la revolución. ¿Qué significó y cómo ocurrió la coexistencia entre el gobierno burgués y los soviets de obreros y soldados revolucionarios? No basta con reconocer que esa diarquía fue algo así como un gobierno con dos cabezas: más importante es destacar que, al margen del gobierno formal, la existencia y desarrollo de los soviets estableció una normatividad, una especie de “*carta magna*” *no escrita pero socialmente reconocida* según la cual eran los soviets de obreros, soldados y campesinos quienes retenían la “*decisión en última instancia*” en lo referido a la suerte de la revolución y la democracia que de ella debía derivarse. De hecho, las contiendas sociales y políticas que se desarrollaron en 1917, incluyendo la insurrección de octubre³⁶ (e incluso la tardía e intempestiva Asamblea Constituyente de enero de 1918) se inscribieron en esa informal convención. Existió pues una accidentada continuidad entre febrero y octubre. Como señala en un reciente libro Tamas Krausz:

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

La Revolución de Febrero no tiene historia independiente porque los acontecimientos en Rusia no adoptaron un rumbo democrático-burgués [y apoyándose en una extensa nómina de autores rusos y occidentales contemporáneos agrega:] Considerando las distintas razones de cada punto de vista, la historiografía reciente tiende a interpretar que la revolución de febrero habría señalado el comienzo de un nuevo proceso revolucionario, un proceso que no podría ser interrumpido “artificialmente”. (...) La literatura moderna sobre Lenin también es sensible al hecho de que lo que está en juego aquí es un proceso unificado. *El Estado y la Revolución* documenta que Lenin abandonó su anterior concepto de una revolución de “múltiples fases” en virtud de este proceso (Ibíd., 275-276).

En lo referido a la Revolución de Octubre como creación de los bolcheviques, el mismo autor puntualiza:

Es una verdad trivial que la Revolución de Octubre fue resultado de un movimiento de masas mucho más amplio que el bolchevismo. Puede incluso afirmarse que la Revolución de Octubre no fue ciertamente una revolución bolchevique, en cuanto a sus fuerzas motrices –al contrario del mensaje que transmite el título del volumen de E. H. Carr–. Se convirtió en “revolución bolchevique” en el transcurso de las luchas políticas cuando, por razones prácticas, Lenin y los bolcheviques comenzaron a apropiarse de la ideología y organización de la revolución misma.

Sus anteriores aliados, que habían sufrido derrotas y a consecuencia de ellas estaban en proceso de fragmentación, en general los ayudaron a hacerlo. No fueron simplemente “eyectados” por los bolcheviques de la historia de la revolución, dado que luego ellos mismos se declararon categóricos opositores de la Revolución de Octubre. Además, desde el punto de vista de los adversarios de los bolcheviques, –por múltiples razones y argumentos– la misma revolución había sido el punto de partida de toda esa violencia (Krausz, 2017: 274).

Fuerzas motrices y contenido social

El proceso revolucionario de 1917 estuvo política y simbólicamente dominado por el protagonismo de la clase obrera y partidos y la disputa entre grupos políticos que se reivindicaban socialistas, maximalistas o anarquistas. Sin embargo, la clásica caracterización de *revolución obrera y socialista* resulta, a la luz de todo lo que hoy se sabe, excesivamente sumaria. Una definición alternativa deliberadamente descriptiva podría señalar que fue una revolución de obreros y campesinos, plurinacional (por el aporte de quienes lucharon contra la cárcel de pueblos que era el imperio) e internacionalista (dada la solidaridad y comunidad de intereses construida con quienes luchaban en contra la guerra y en pro de la emancipación social en Alemania y Europa). Una revolución hecha por el *Narod*, en el sentido etimológico-político que el término ganó en la Rusia desde 1905: pueblo trabajador (obreros, campesinos, plebe urbana) enfrentado a la nobleza, terratenientes y burgueses. Este concepto de lo plebeyo que es también de clase y admite la influencias tanto de las fracciones del POSDR como del Partido Socialista Revolucionario, ayuda a comprender que la revolución chocó tan radical y violentamente con los intereses sociales y comportamientos políticos de “los de arriba” porque fue, precisamente, de honda raigambre *plebeya*. Como escribiera con sencilla profundidad Moshe Lewin:

Porque estaba orientada al campesinado pobre, a los soldados y a los obreros, esta revolución que no podía ser socialista sí podía emparentarse, no obstante, y aunque fuera de un modo lejano, con esa ideología y convertirse en una revolución “plebeya”. Y ésa fue la clave de su triunfo: los bolcheviques lograron movilizar a un ejército sensacional formado por las clases populares (Lewin, 2018: 320-321)

Fue pues una revolución plebeya, con cuatro tumultuosos afluentes que se potenciaron mutuamente, aunque en determinados momentos y circunstancias también se enfrentaron violentamente.

Las fuerzas insurgentes en Octubre

En 1917, la comprensión de Lenin acerca del desarrollo interno de las fases de la revolución rusa evolucionó. Su idea de que las “etapas” burguesa y socialista de la revolución crecerían por separado en su desarrollo, no demostró ser verdadero –y no podía serlo-. Incluso en el inicio de la primavera de 1917, cuando la radicalización de las masas sociales que modelaron los acontecimientos estaba en pleno desarrollo, hubo una inaudita proliferación de organizaciones revolucionarias. Lenin fue entendiendo de a poco su importancia práctica e intrínseca. Ellas desempeñarían un papel importante en octubre, por ejemplo: los comités de fábrica integraron los poderes administrativos locales; se restablecieron los antiguos sindicatos de los trabajadores; emergió espontáneamente, y asumió el poder, un órgano soviético, el Comité Militar Revolucionario; emergió también una red de comités revolucionarios.

Como el gobierno provisorio no había sido capaz de resolver la cuestión agraria –que era una cuestión de vida y muerte para decenas de millones-, ni de retirarse de la guerra mundial desde marzo de 1917, el mes de octubre fue testigo del simultáneo levantamiento de una gran diversidad de fuerzas insurgentes, que constituyeron un campo revolucionario compuesto por varios estratos sociales.

El primero lo constituían los trabajadores industriales de Moscú y San Petersburgo. Habían sido, funcionalmente, producto de la coexistencia de condiciones arcaicas y modernas, habían preservado incontables elementos de su pasado en la comunidad aldeana en lo referido a orígenes, condiciones de vida y modo de pensar. Su rebelión se expresó en el funcionamiento independiente y en la estructura interna de los soviets y los consejos obreros establecidos espontáneamente y los llevó a integrarse con el más moderno y mejor organizado movimiento obrero socialdemócrata.

El segundo estrato del campo revolucionario estaba compuesto por el campesinado anticapitalista “vinculado al pasado”, esencialmente conservador. Las *obschinas* pretendían

garantizar la tenencia de las tierras prohibiendo su venta, a fin de impedir la pobreza futura. Sus metas rebeldes se reflejaron en los famosos decretos agrarios de la revolución de octubre.

Aquellos dos estratos se conectaron aún más por medio del tercer “estrato social” de la revolución, una masa de soldados armados que sumaba millones, en su mayoría de ascendencia campesina, pero que habían “conocido el mundo”. En términos históricos, los problemas prácticos del periodo posterior a la revolución de octubre poco tuvieron en común con la teoría del socialismo; tuvieron más que ver con todo lo que había sido dicho en las *Tesis de abril* y con la concepción y práctica post-octubre que fue –empleando una expresión moderna– de “economía de mercado mixta” al comienzo de 1918 (Krauz, 2017: 277-278).

Revolución obrera. Fue impulsada por el proletariado de las grandes ciudades y principales centros industriales y mineros, que era numéricamente reducido pero combativo y concentrado en inmensas fábricas, capaz de concertar rápidas y efectivas acciones colectivas. Carecía de la disciplina y complejas tradiciones sindicales y políticas del movimiento obrero europeo, pero atesoraba una formidable experiencia de lucha legal e ilegal y las lecciones relativamente próximas de la revolución de 1905. La cuestión irresuelta del poder quedó planteada desde la conformación misma de los soviets, pues el “doble poder” pronto se tradujo como “doble impotencia”. Exigieron desde marzo inmediatas mejoras en las condiciones de vida y de trabajo: jornada de ocho horas, salario mínimo, agua caliente en las cantinas, supresión del trabajo infantil, regulación de los salarios semanales... La adhesión a los “moderados” mencheviques y SR fue socavada por una acelerada polarización y radicalización de la lucha de clases. Para enfrentar el *lock-out* y sabotaje de las patronales, los trabajadores crearon comités de fábrica, exigieron acceder a los registros contables para conocer la real situación de las empresas y, en última instancia, debieron asumir el control de algunas. No era sin embargo un proletariado homogéneo. Muchos de los obreros con experiencia militante habían sido incorporados al ejército y había nue-

vos contingentes de trabajadores provenientes del campo, así como un masivo ingreso de las mujeres al mundo fabril. Existían también clivajes según oficio, nivel de calificación, el tamaño de las empresas y la relación de estas con la industria bélica y el Estado, etcétera. Si bien gran parte de los trabajadores llegados desde el campo carecía de tradiciones sindicales, diversos estudiosos coinciden en que el carácter asambleario de los comités de fábrica y los soviets, lejos de alejarlos, pudo parecerles un símil urbano de las discusiones en el *Mir*. La industrialización databa de finales del siglo XIX, el mundo obrero incorporaba rasgos del igualitarismo agrario y muchos de los recién llegados no vendían su fuerza de trabajo de manera individual sino como miembros de grupos de trabajo (*artel*).

La revolución campesina fue decisiva, pues la abrumadora mayoría (el 80%) de la población vivía en las aldeas. El campo ruso conjugaba atraso, muy baja productividad y miseria extrema, con una antigua tradición de rebeliones agrarias abonadas por la prédica de



populistas y eseristas. Y a la sorda resistencia que ofrecía la *obschina* (comuna rural) a la mercantilización de la tierra y el desarrollo del capitalismo agrario, se sumó el impacto de la guerra. Los soldados, campesinos con uniforme, contribuyeron de manera directa al triunfo de la insurrección en febrero y fueron ellos los que dictaron el *Prikaz 1* asestando un golpe demoledor al ordenamiento jerárquico militar y los regimientos receptaron ávidamente las ideas revolucionarias. Incluso en la Rusia profunda el campesinado se alejó del gobierno burgués y del PSR cuando advirtió que estos que-

rían continuar con la guerra y postergar *sine die* la distribución de la tierra. Desde junio se lanzaron a ocupar tierras y su simpatía política comenzó a desplazarse hacia los eseristas de izquierda y los bolcheviques, y estos, que siempre habían propagandizado la unidad obrero y campesina (*smitchka*), terminaron adoptando el programa agrario de los eseristas.³⁷ Como bien señala un estudioso colombiano, la revolución campesina fue:

(...) una rebelión espontánea, que careció de un centro de coordinación de sus acciones con la particularidad de extenderse cual llamarada por todo el territorio del imperio. (...) A esta furia campesina le correspondió un importante papel en la recreación de la situación revolucionaria –enlazando los sucesos de febrero, revolución que depuso al zar, con los de octubre del 17–, debido a que con sus actuaciones emprendidas durante el proceso de apropiación de la tierra desarticuló por completo los resortes políticos y militares del poder estatal en la campiña y redujo a cero las capacidades de actuaciones de quienes deseaban preservar el *statu quo*. Por último, la rebelión agraria dio origen al surgimiento de una inmensa red de soviets campesinos elegidos por las asambleas aldeanas o comunales en sustitución de la vieja institucionalidad, lo cual reforzó la autoridad y la legitimidad de las acciones campesinas. Entre los elementos específicos, particulares a esta experiencia rusa, se encuentra la inmediata reconstitución de las *obschinas* (...) En este sentido, la revolución agraria tuvo como corolario la modificación del carácter social del campesinado en su conjunto, en dirección hacia un mayor igualitarismo, produciendo una *seredniakizatsia* (*seredniak* alude al campesino medio en Rusia) del campo, es decir, una homogenización de la estructura social (Fazio Vengoa, 2017: 31-33).

Revolución de las nacionalidades oprimidas. La Revolución Rusa no fue protagonizada solo por los rusos. Con el derrocamiento del zarismo, el viejo Estado fue sacudido por una constelación de levantamientos nacionales tendientes a demoler la “cárcel de pueblos” que era el imperio zarista (Polonia, Finlandia, los países bálticos, Georgia,

Ucrania, Armenia, los pueblos musulmanes...). Se multiplicaron las exigencias de autodeterminación o independencia y aparecieron (especialmente en el flanco occidental del inmenso territorio) poderes e instituciones representativas que desafiaban la autoridad del Gobierno Provisional y del CEC, sin que eso necesariamente los aproximara a los soviets y los bolcheviques. La revolución (y esto se acentuaría con la guerra civil) se desarrolló sobre un inmenso mosaico compuesto por múltiples espacios organizacionales políticos e institucionales, nacionales y supranacionales, en un contexto bélico de generalizado desgobierno. La historia de la Revolución Rusa resulta incompleta si no integra la historia de la revolución *en y de* las naciones no rusas, pero eso excede los límites de este ensayo (y mis conocimientos sobre el tema).

La revolución socialista internacional. Finalmente, pero no en importancia, es preciso insistir en que la Revolución Rusa fue simultáneamente resultante e impulsora de la actualidad de la revolución mundial. La ruptura de lo que era un eslabón débil en el sistema mundial de estados ya desarticulado por la guerra marcó también el desigual inicio de la revolución socialista en Europa. Desde febrero Lenin sostuvo que la Revolución Rusa era “un eslabón en la cadena de revoluciones proletarias socialistas suscitadas por la guerra mundial” (1985, tomo 33: 4) y veía en los soviets de obreros y campesinos la prefiguración del tipo de estado-comuna que requería el socialismo. Por eso decía que la revolución en Rusia tenía ya un carácter *transicional* aunque, dialécticamente, propusiera una agenda económica *inmediata* relativamente prudente (tal y como hizo después de Octubre y hasta el comienzo de la guerra civil). Como ha escrito Antonio Louçã, Lenin reivindicaba como objetivo el socialismo, sin precisar empero las características y ritmos de dicha transición:

Cuán lejos podrá avanzar, y cuánto tendrá en común con las aspiraciones socialistas del proletariado europeo, depende, principalmente, de que también se inicie un proceso revolucionario en las más modernas potencias industriales. Lenin no hace del atraso ruso una ley de bronce que impide que el país marche por la vía socialista. *Si* –pero éste es un gran “si”– el estallido de la revolución rusa es seguido por un efecto dominó en las potencias europeas, Rusia no quedará fuera

del proceso internacional de construcción del socialismo. [...] En verdad, las referencias de Lenin a la revolución rusa como “socialista” no se basaban tanto en el radicalismo con que era cuestionada la propiedad privada, como en las expectativas puestas en los diversos procesos revolucionarios que estaban en curso más allá de la frontera, sobre todo el futuro de Alemania, aún por definir” (Louçã, 2017: 20).

No existía en realidad una concepción acabada y mucho menos compartida sobre las transformaciones que implicaba el carácter procesual de la revolución socialista o, dicho en otros términos, de la transición desde el capitalismo al socialismo o el comunismo. Había acuerdo en que era imprescindible liquidar el poder político de la burguesía y el viejo Estado zarista, así como expropiar sectores estratégicos de la economía (muchos de los cuales estaban en manos de capitales extranjeros) y extender el control obrero, considerando todo esto como pasos hacia el socialismo, pero cuánto y cómo se podría tomar y gestionar quedaba por verse.

En torno a la dictadura del proletariado

Hay que observar que “dictadura” no significaba hasta bien entrado el siglo XX lo mismo que ahora. En la tradición clásica romana, una “dictadura” era una institución republicana, merced a la cual, en períodos extremos de guerra civil, el “pueblo” –es decir, el Senado– comisionaba y encargaba todo el poder ejecutivo a un dictator por un período limitado de tiempo (normalmente, seis meses), terminado el cual estaba obligado a rendir cuentas ante sus comitentes de lo que había hecho o dejado de hacer durante ese periodo excepcional de plenos poderes. Es decir, la “dictadura” en el sentido clásico del término era una institución fideicomisaria, no un despotismo “soberano” como han sido, o tendido a ser, de maneras muy distintas, las dictaduras que ha conocido el siglo XX: Stalin, Mussolini, Hitler, Franco, etc. [...]

Huelga decir que la noción marxiana y engelsiana de la “dictadura del proletariado” se correspondía con la concepción fideicomisaria

clásica de la dictadura como institución republicana en condiciones de guerra civil. Precisamente en su crítica del proyecto del Programa de Erfurt del SPD (1981), en plena Era de la Seguridad, Engels había sentido la necesidad de recordar a la dirección de la socialdemocracia lo que era la “dictadura del proletariado”, lo que era la república democrática y las lecciones de la Revolución Francesa: “Si algo está claro, es que nuestro partido y la clase obrera solo podrán llegar al poder bajo la forma de la república democrática, que es la forma específica de la dictadura del proletariado como ya enseña la gran Revolución Francesa.” [...] Con lo que llegamos a la crítica marxista coetánea más ecuánime y profunda del experimento bolchevique, la de Rosa Luxemburgo (...): “El fallo capital de la teoría de Lenin y Trotsky es precisamente el de contraponer, exactamente igual que Kautsky, dictadura a democracia. ‘Dictadura o democracia’, así plantean el problema tanto los bolcheviques como Kautsky. Éste se decide naturalmente por la democracia, desde luego la democracia burguesa, puesto que la ve precisamente como una alternativa a la transformación revolucionaria socialista. Lenin-Trotsky, al revés, se deciden por la dictadura en contraposición a la democracia y, así, por la dictadura de un puñado de personas, es decir, por la dictadura conforme al modelo burgués.”

Lo que, así pues, está diciendo en este párrafo Rosa es que Kautsky se ha olvidado de la república democrática como dictadura fideicomisaria del proletariado y sus aliados populares (en el sentido de Engels y de Marx) y, más importante aún, que Lenin y Trotsky están en vías de introducir una novedad radical particularmente desagradable, y es a saber: una dictadura no fideicomisaria, es decir, una dictadura que se cree dispensada de responder ante sus comitentes (el “pueblo”, el “proletariado”, la “alianza de obreros, campesinos y soldados”, o lo que fuere). Es decir, que Lenin y Trotsky, sin advertirlo, estarían en vías de engendrar un monstruo característico del siglo XX, una dictadura soberana (Domenech, 2017: 95-100).

Tampoco existían opiniones comunes sobre qué significaban el “capitalismo de Estado” del que solía hablar Lenin, ni de los mecanismos que el poder soviético debería emplear para la eficaz gestión/re-

construcción del aparato productivo. La incertidumbre era aún mayor en la referido a las políticas hacia el campo: los principales dirigentes bolcheviques tenían marcadas diferencias entre sí, y *todos* cambiaron de posición más de una vez. Similar o mayor confusión existía sobre el régimen soviético y las relaciones entre el gobierno obrero y campesino, la dictadura del proletariado³⁸ y el rol de los partidos políticos. Como bien señala un socialista estadounidense contemporáneo:

A la vista de estas zonas grises conceptuales, no sorprende que las posiciones políticas y los debates de los bolcheviques se centraran generalmente en cuestiones concretas, políticas y económicas. En estos debates, se invocaban diferentes categorías para describir la revolución, pero no eran el punto de partida analítico. En otras palabras, la evolución de la meta-categorización bolchevique de la revolución tendía a reflejar de forma confusa posiciones y debates políticos muchos más sustanciales (Blanc, 2017a).

Es verdad que estas cuestiones fueron abordadas en el libro *El Estado y la revolución* (escrito entre agosto y septiembre de 1917 y publicado al año siguiente). Uno de sus más serios biógrafos nos dice que acá Lenin “reconstruye los escritos más importantes de Marx y Engels” sobre el Estado “para movilizar la *tradición* con la finalidad de realizar el Estado comunal”, de tal modo que “la revolución se presenta a través del objetivo inmediato (la toma del poder) y de la meta final (asociación voluntaria de comunidades libres) y se muestra a la revolución política como impulso inicial de la revolución social” (Krausz, 2017: 249). Efectivamente, Lenin escribe en este libro que “el Estado de este período debe ser inevitablemente un Estado democrático *de manera nueva* (para los proletarios y los desposeídos en general) y dictatorial *de manera nueva* (contra la burguesía)” (Lenin, 1985, tomo 33: 36). Lenin pone en evidencia que los estados burgueses pueden adoptar formas extraordinariamente variadas, pero que todas (incluida la democracia burguesa) imponen la “dictadura de la burguesía”, para concluir en que la liberación de la clase oprimida será imposible sin una genuina “revolución popular” que destruya “la máquina del

poder estatal" o "la máquina burocrático-militar del Estado". Retoma la convicción ya enunciada por Marx de que la finalidad del comunismo es también el fin del Estado, precisando: "La sustitución del Estado burgués por el Estado proletario es imposible sin una revolución violenta. La supresión del Estado proletario, es decir, la supresión de todo Estado, solo es posible mediante un proceso de 'extinción' " (Lenin, 1985, tomo 33: 22-23). Dice Lenin que la "dictadura del proletariado" deberá ser una especie de "semi Estado" del tipo de la Comuna (o los soviets), necesaria para quebrar el poder y la violencia de la contrarrevolución y, también, para poner en manos de los obreros y campesinos las tareas legislativas y ejecutivas unificadas eliminando o reduciendo al mínimo los costos y privilegios de la burocracia. Advierte mi amigo Antonio Louçã que el libro "reflexiona extensamente sobre la experiencia de la Comuna de París y postula para el Estado soviético un camino de auto-disolución gradual que solo tiene sentido en tanto se esté en camino a socialismo" (Louçã, 2017: 24), pero

(...) la verdad es que *El Estado y la revolución* –para muchos un paréntesis "anarquista" en la obra de Lenin– fue, en tanto profecía, un fracaso. Pocos meses después, con la guerra civil extendiéndose como mancha de aceite por toda Rusia, el Estado soviético seguía ya un camino diametralmente opuesto al que indicara *El Estado y la Revolución*: más coacción, más aparato militar y más represión policial contra las fuerzas de la restauración (Ibíd.).

Y sin embargo, en las discusiones que siguieron al fin de la guerra civil, Lenin advierte que ese Estado que él encabeza

(...) no es realmente "obrero"–sino, como mucho, "obrero y campesino", con el agravante de una acentuada deformación burocrática. Las concepciones de *El Estado y la Revolución*, pese a no ser directamente invocadas, dan pruebas de vitalidad en medio de la polémica. No se trataba, finalmente, de una aberración "anarquista", ni de un desvarío "utopista" de Lenin, ni tampoco, como sostiene Carrere d'Encausse, un cínico camuflaje para preparar la toma del

poder, sino de una brújula para establecer en qué punto se encuentra la revolución y hacia dónde se dirige.

Si el Estado no camina hacia su autodisolución, la sociedad no está entonces caminando hacia el socialismo. Y, dado que ni la más enérgica dictadura proletaria puede imponer el socialismo por decreto, es forzoso constatar que la NEP constituye un retroceso que consiste por un lado en concesiones al campesinado y, por otro, al capitalismo de Estado (Louçã, 2017: 26).

Los planteos de *El Estado y la revolución* tuvieron, y en gran medida conservan, una formidable fuerza política, pero contienen también afirmaciones hoy insostenibles, como las siguientes:

La cultura capitalista ha creado la gran producción, las fábricas, los ferrocarriles, el correo, el teléfono, etc., y, sobre esta base, la inmensa mayoría de las funciones del antiguo “poder estatal” se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillas de registro, contabilidad y control que son totalmente asequibles a cuantos saben leer y escribir, pueden ejecutarse por el corriente “salario” de un obrero, pueden (y deben) ser despojadas de toda sombra de algo privilegiado y “jerárquico”.

La completa elegibilidad y movilidad de todos los funcionarios en cualquier momento y la reducción de su sueldo al nivel del corriente “salario de un obrero” (...) unen por completo los intereses de los obreros y de la inmensa mayoría de los campesinos y, al mismo tiempo, sirven de puente que conduce del capitalismo al socialismo. Estas medidas atañen a la reorganización estatal, puramente política, de la sociedad; pero es evidente que adquieren su pleno sentido e importancia solo en conexión con la “expropiación de los expropiadores”, ya en realización o en preparación, es decir, con la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción en propiedad social” (Lenin, *Ibíd.*: 45-46).

Aquí no solo se exagera y presenta de manera unilateral el progreso aportado por “la cultura capitalista”. Se afirma equivocadamente

que las actividades de “registro, contabilidad y control” serían “sencillas operaciones técnicas”. Y este error se torna más grave porque se ignora o no se le da ninguna importancia a un hecho en realidad decisivo: la expropiación de los capitalistas de ninguna manera elimina la división social jerárquica del trabajo, la subordinación de cada operario y del “trabajador colectivo” a quien tiene el comando de la empresa, la alienación en suma del trabajo asalariado. Semejante omisión permite hipostasiar “la reorganización estatal, puramente política, de la sociedad” como si ella pudiera asegurar la comunidad de intereses de obreros y campesinos y ser el puente hacia la socialización, etcétera.

Lo que se instaló en realidad fue una explosiva tensión: la necesaria violencia en defensa de la revolución (y los derechos del pueblo trabajador) pasó a ser utilizada también para poner límites a la democracia soviética y a la acción política de las masas y los partidos soviéticos. El gobierno surgido de Octubre nació apostando a la iniciativa y autoactividad de las masas, pero al mismo tiempo y contradictoriamente el partido bolchevique fue movilizado para asegurar desde el Estado orden, disciplina y eficiencia. Ambas orientaciones se desarrollaron como tendencias contrapuestas teórica y prácticamente.

Lenin insistió en la importancia de las formas directas de gobierno obrero en oposición a la república burguesa, criticó la tradición *lassalleana* del socialismo de Estado –vale decir, de la “introducción del socialismo” por intermedio del poder del Estado– y a la centralización impuesta desde arriba que había sido postulada entre otros por Bernstein llegó a oponer la posibilidad y ventajas de una “centralización desde abajo. Y sin embargo...

Sobre las contradicciones del “leninismo”

No es preciso tener la profesión de historiador o politólogo para saber que, después de 1917, el curso seguido por los acontecimientos no se corresponde con las premisas de Lenin. A esta altura, ya no podemos conformarnos con reconocer este hecho histórico, que ha pasado a ser una constatación banal (ver E. H. Carr, *La revolución bolchevique*). ¿Qué significa ese encadenamiento de hechos y acontecimientos?: la guerra civil y

la intervención extranjera; el país en ruinas; una sociedad a tal punto disgregada que solo el partido bolchevique se mantuvo como fuerza social y política, lo que le permitió recoger los restos y construir sobre las ruinas; el fracaso del Ejército Rojo en la ofensiva hacia Alemania a través de Polonia, vale decir el fracaso de la extensión de la revolución a la Europa industrial. ¿La Nueva Política Económica? un empirismo fuertemente teñido de maquiavelismo sustituyó al análisis pretendidamente científico ligado al manejo de las categorías del conocimiento económico, pues muy rápidamente el maquiavelismo vino a suplantarlo, con Stalin, el pragmatismo de los últimos años de Lenin. [...]. En 1917 Lenin tenía en la cabeza un proyecto grandioso: destruir al Estado existente, construir un Estado en vías de desaparición. Resultado: lo contrario, un Estado fuerte. Y mucho más: un paso capital en el camino de consolidación y mundialización del Estado. Después del Estado de Bonaparte y el de Bismarck, por esta ruta triunfal se llega al Estado de Stalin, enfrentado al de Hitler, nacidos ambos de una misma tempestad y destinados a chocar. ¿Lenin en 1917 no habría hecho más que publicar un escrito circunstancial? ¿Habría traicionado y abandonado su propio enfoque, una vez que fracasó? ¿Qué es lo que falla en el leninismo? ¿O acaso es “la historia” la que traicionó a Lenin y al leninismo? Ninguna de estas hipótesis puede explicar el conjunto de los acontecimientos y el encadenamiento de los hechos. [...] . Una de las contradicciones internas del leninismo puede formularse de la siguiente manera. Se proyecta un Estado en vías de desaparición, pero, al mismo tiempo, se concibe un partido revolucionario, destinado a conducir hasta el puerto esa obra; se lo concibe como partido llamado a devenir institución, aparato de Estado y por tanto a instituirse y constituirse como estatal. Este partido, que debía llevar a la clase obrera, desde afuera y desde arriba, el saber, le lleva en cambio algo muy distinto. Concebido como superior a la clase revolucionaria, a la que hipotéticamente debía simplemente organizar y orientar en situaciones cambiantes, no pudo dejar de conjugar saber y poder (Lefebvre, 1977: 264-266).

Dígame, para terminar, que es equivocado e inconducente tratar de interpretar las acciones y los dichos de Lenin y los bolcheviques tomando en consideración solamente sus autodefiniciones ideológicas y posturas políticas, dejando de lado o asignando una mínima importancia al comportamiento de los otros actores y las alternativas históricas determinadas en que debieron intervenir. La historia no es un movimiento autogenerado por ideologías y concepciones políticas, a las que deben imputarse incluso las distorsiones que luego se constaten. Carece de asidero suponer que los eventos y encrucijadas de la revolución hubieran sido enteramente previsibles y que si la revolución adoptó en algún momento un camino "errado" ello debe achacarse a la voluntad de Lenin. Pienso que no se equivocaba Rosa Luxemburgo cuando en 1918 y desde la cárcel escribió:

En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los primeros, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial [...] suyo es el inmortal galardón de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en este sentido, el futuro en todas partes pertenece al "bolchevismo" (Luxemburgo, 1976: 202).

Notas

1. Gran Bretaña, Francia y Rusia, a los que se sumó Serbia.
2. El enfrentamiento entre ambas posturas hizo que las asambleas convocadas para decidir terminaran rompiéndose prácticamente por la mitad.

3. El desabastecimiento llevaba a que, sumándose a las agotadoras jornadas laborales, las obreras debieran hacer horas de cola (a veces infructuosamente) para comprar el pan.
4. Según un informe policial encontrado en los archivos de la *Ojrana*, habrían sido 85.000 manifestantes de unas cincuenta fábricas.
5. *Iskra* había sido el órgano central del POSDR, publicado por primera vez en diciembre de 1900.
6. El Comité Ejecutivo (*Ipsolkom*) de ocho miembros quedó presidido por N. S. Tchjeidzé con A. F. Kerensky y M. I. Skobelev como vicepresidentes. También lo integraba el obrero metalúrgico y dirigente bolchevique A. G. Chliápnikov.
7. Completada la elección, los plenarios del Soviet de Petrogrado llegaron a reunir tres mil diputados, de los cuales dos mil fueron electos por los soldados. Para tratar cuestiones específicas, las Secciones de obreros y soldados sesionaban por separado.
8. Organismo pseudo parlamentario, sin facultades legislativas, que el zar convocaba o disolvía según su arbitrio.
9. El apuro se entiende: si la Comisión de la Duma y la mayoría del Soviet no presentaban rápidamente un gobierno, existía el peligro de que la calle impusiera un gobierno revolucionario (Ver Figes, 2017: 382-383).
10. La guarnición de Petrogrado concentraba 16 regimientos de guardias de infantería de entre 4.500 y 7.500 efectivos cada uno, y 6 ejércitos de reserva de infantería con 10.000 y 19.000 hombres cada uno). A lo que se sumaba la Base Naval de Kronstadt y la Flota del Báltico.
11. El abogado Kerensky que era el único “izquierdista” de la Comisión Provisoria y también integraba el Ejecutivo del soviet, decidió por su cuenta ingresar al gobierno como ministro de Justicia. Después, el Soviet aceptó “por aclamación” el hecho consumado. El vetetismo de Kerensky siempre generó desconfianza y roces: con los kadetes, en el Ejecutivo del Soviet y, una vez que ingresó al PSR, en su mismo partido, a tal punto que en el congreso realizado el 1 de junio quedó fuera del Comité Central (por 136 votos contra 135).
12. La Huelga General, por ejemplo, recién se levantó el 5 de marzo, a pedido del Soviet.
13. El *VTsIK* (Comité Ejecutivo Central) fue electo en el I Congreso Panruso de Soviets de Obreros y Soldados, que sesionó entre el 3 y el 24 de junio presidido por Chjeidze. Luego se sumaron los dirigentes electos por el Congreso Panruso de Soviets Campesinos (Chernov, Nikolai Avksentiev y Catherine Breshkovsky, entre otros, todos *eseristas*).
14. Una primera conferencia de estos grupos se celebró en Petrogrado del 16 al 19 de octubre de 1917. Asistieron 208 delegados en representación de los sindicatos de Petrogrado, comités de fábrica, grupos juveniles y del ejército, dumas, y representantes de los comités de Petrogrado de los partidos bolchevique y SR. Fue un anticipo de lo que sería el movimiento masivo *Proletkult*.

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

15. Movimiento ultrarreaccionario y antisemita alentado y financiado por el régimen autocrático. Se fundaron prometiendo devoción a la iglesia, al zar y a la madre patria, con el lema "Ortodoxia, Autocracia y Nacionalismo".
16. En acuerdo con Milukov, el 21 de abril el general Kornilov (que meses después dio un golpe militar que fue derrotado) alistó efectivos para ametrallar a la izquierda, intento que fracasó porque el Soviet lo desautorizó.
17. Decisión acatada por los bolcheviques, aunque fue resistida y muy criticada por una parte de los obreros.
18. Especialmente notable fue el éxito y repercusión del diario *Soldatskaia pravda* que la Organización Militar bolchevique comenzó a publicar a mediados de abril y llegó a tener tiradas que oscilaban entre los 50 y 75.000 ejemplares.
19. Lenin había presentado un informe político ante la conferencia Panrusa de la Organización Militar el 20 de junio.
20. El gobierno y el bloque menchevique-SR logró hacer cambiar de posición a algunos regimientos exhibiendo "pruebas" (evidentemente falsificadas) de que el golpe del contrarrevolucionario Lenin tenía el propósito de facilitar la victoria el ejército alemán.
21. Considerando que la vida de Lenin corría peligro, los bolcheviques decidieron que tanto él como Zinoviev pasaran a la clandestinidad y se ocultaran en Finlandia.
22. Trotsky y sus compañeros de la Mezrayonka ingresaron al partido bolchevique *después* de las Jornadas de Julio y cuando el primero estaba en la cárcel.
23. "El llamamiento a abandonar la lucha por 'Todo el poder a los soviets' fue básicamente ignorado a todos los niveles; según todos los testimonios, los comités bolcheviques siguieron usando esta consigna y luchando por que los socialistas moderados rompieran con los liberales. Así fue no solo en las principales ciudades de provincia y de las fronteras, sino también en Moscú y Petrogrado" (Blanc, 2017a).
24. Entre otros la "Unión de los 12 ejércitos cosacos", la "Liga de los Caballeros de San Jorge", la "Conferencia de Personalidades Públicas", oficiales zaristas retirados y en actividad, etcétera.
25. Kamenev y la mayoría de los representantes enviados por los bolcheviques a la Conferencia querían permanecer en el Pre Parlamento, pero en una "reunión ampliada" la airada presión de los militantes con más relaciones y autoridad en los frentes de masas respaldó e impuso la posición de retirarse defendida por Lenin y Trotsky.
26. La base obrera de los mencheviques se había "derretido" mucho más rápidamente.
27. La amenazante frase había sido pronunciada por un gran industrial de Petrogrado.
28. Lenin rebatió los argumentos de quienes consideraban que "no estaban maduras" las condiciones para la insurrección y proponían esperar la Asamblea Constituyente, señalando que el arte de la insurrección consistía en identificar el momento preciso en que mayor es la actividad de la vanguardia del pueblo y mayores las va-

cilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los indecisos. También Trotsky dice que quienes vacilaban en aquel momento se colocaban a la retaguardia de la masa revolucionaria. En lo esencial tenían razón Lenin y Trotsky, pero también acertaban los cuadros de Viborg, de la Putilov o de la Organización Militar cuando advertían que la masa de los trabajadores y soldados esperaba y reclamaba de sus dirigentes la seguridad de que se asestaría un golpe político decisivo contra las clases poseedoras instaurando el poder soviético, pero que esa seguridad solo podría darla la acción conjunta del partido y los soviets, y no solo la acción directa de los bolcheviques.

29. Este fue el organismo que de hecho asumió la preparación “técnica” de la insurrección. Estuvo integrado por cinco *eseristas* de izquierda, cinco anarquistas y seis bolcheviques. Tuvo en sus manos el poder efectivo desde la disolución del gobierno de coalición hasta que el Consejo de Comisarios del Pueblo pudo efectivamente entrar en funciones. Fue conducido por Trotsky, Vladimir Antonov-Ovseenko y el marinero Pável Dybenko.
30. Kerensky huyó a Pskov y desde allí intentó retomar el poder con las tropas cosacas del general Krasnov, pero éstas fueron repelidas por los bolcheviques en las colinas de Púlkovo. El 31 de octubre, temiendo ser entregado por sus propios soldados, debió escapar nuevamente y semanas después abandonó el país.
31. La dirección del PSR resolvió retirarse el Congreso, no así el ala izquierda del partido que lideraba la legendaria Mariya Spiridonova. Así surge como organización diferenciada el PSR de izquierda que, antes de que terminara el año, celebraría su I Congreso del que surgió su nuevo Comité Central.
32. A posteriori, muchos de ellos consideraron que eso constituyó un error político irreversible, que dejó la suerte de los soviets en manos de los bolcheviques.
33. Dice China Mieville: “Pocas horas antes se había acordado (incluso con Trotsky) que el gobierno debería ser genéricamente socialista, o sea no compuesto exclusivamente por bolcheviques. Esto es muy importante. Lo sabían los periodistas, testigos oculares. Es un momento angustiante, porque la dinámica pudo ser muy diferente. A pesar incluso de la retirada de los socialista de derecha” (Ver Blanc, 2017b).
34. Semejante postura resultó ser insostenible y casi de inmediato entró en crisis: “Once miembros del gobierno y cinco del Comité Central del partido, entre ellos Kamenev y Zinoviev, protestaron en contra de ‘mantener un gobierno puramente bolchevique por medio del terror’ y apoyaron las iniciativas de los SR de izquierda y de una fracción de los militantes obreros bolcheviques partidarios de la formación de un gobierno socialista de unidad. Lenin trató de minimizar el asunto, pero cedió al menos parcialmente y el 26 de noviembre entraron al gobierno 3 SR de izquierda” (Dullin, 1994: 13).
35. Años después, la “teoría” de la revolución por etapas sería retomada e impuesta a los partidos comunistas de todo el mundo por el stalinismo.

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

36. Es lo que reconoce un lúcido crítico del bolchevismo cuando escribe que Octubre fue “una prueba de fuerza entre un Estado sin gobierno –el conjunto de las instituciones soviéticas–, y un gobierno sin Estado, el de Kerenski”. Y agrega: “La mayoría de las unidades militares, la mayoría de las fábricas, la mayoría de los soviets de barrio, la mayoría de los comités que reinan en la sociedad se adhirieron al poder de los soviets. Sin duda se trató de un error –como demostrará la historia–. De todos modos, octubre es obra de las masas” (Ferro, 1995: 32).
37. Pese a ello, los bolcheviques nunca reconocieron que la comuna rural conservaba arraigo e ignoraban la lógica de esa economía agraria de unidades productivas familiares que no eran propietarios privados de la tierra que trabajaban y volcaban al mercado solo parte de su producción.
38. Aunque esta expresión deba utilizarse hoy “con beneficio de inventario”, vale recordar que no fue un “invento” de Lenin: fue utilizada muchas veces por Marx y Engels (con el alcance y sentido que bien ha rescatado Domenech) y, lo que es mucho más significativo, la utilizaban todos los socialdemócratas rusos porque era parte del programa histórico del POSDR, en el que fuera incorporado por moción de... Plejanov.



Lenin y los bolcheviques en 1917

Cuando estalló en Petrogrado la insurrección que derrocó a Nicolás II, Lenin estaba exiliado en Suiza. Pese a la lejanía del lugar en que se desarrollaban los acontecimientos y lo fragmentario de las noticias que recibía, supo hacer una rápida composición de lugar y apenas dos semanas después fijó una orientación que transmitió en términos telegráficos a sus camaradas del Partido Obrero Social Demócrata de Rusia:

Nuestra táctica: desconfianza absoluta, ningún apoyo al nuevo gobierno; sospechamos especialmente de Kerenski; la única garantía es armar al proletariado; elecciones inmediatas para Duma Petrogrado; ningún acercamiento a otros partidos. Telegrafíen esto a Petrogrado (Lenin, 1985, tomo 31: 8).¹

Llamamiento del Soviet de Petrogrado (fragmento)

(...) Para culminar exitosamente la lucha por la democracia, el pueblo debe organizar su poder. Ayer, el 27 de febrero, se ha fundado en la capital el Soviet de Diputados Obreros de la capital, constituido por representantes elegidos en las fábricas, en las unidades militares y por los grupos y partidos democráticos y socialistas. El Soviet de Diputados Obreros (...) considera que sus tareas deben ser: la organización de las fuerzas populares en la lucha por la libertad política y la soberanía popular en Rusia (...) Debemos luchar, todos juntos, por la aniquilación del viejo régimen y por la convocatoria de una asamblea nacional constituyente, que debe ser elegida por medio del sufragio universal, imparcial, directo y secreto (Anweiler, 1974: 105).

El ritmo de los acontecimientos en Rusia era vertiginoso. 23 de febrero, comienzo de la insurrección; 27 de febrero, el zar disuelve la Duma y ordena al ejército reprimir, surge el Soviet de Petrogrado;² 28 de febrero, el Comité de la Duma intenta evitar un vacío de poder; 2 de marzo, abdica Nicolás II, se constituye el Gobierno Provisional encabezado por el príncipe Georgy Lvov, con el respaldo condicionado del Soviet³ que, el mismo día, imparte una Orden (*Prikaz 1*)⁴ que priva de poder efectivo a la autoridad que se acababa de reconocer.

El POSDR bolchevique,⁵ intentando reorganizarse y desorientado, corría por detrás de los hechos⁶ y obtuvo muy reducida representación en el Soviet: sobre 3.000 diputados (2.000 electos por los soldados y 1.000 por los obreros) la fracción bolchevique reunía unos 40 (Cf. Anweiler, 1974: 110). Pocos meses después, la situación se había invertido por completo: los partidarios de Lenin ganaron en septiembre la dirección de los soviets más importantes, en octubre condujeron la insurrección que puso fin al gobierno burgués y fueron hegemónicos en el II Congreso Panruso de Soviets de Obreros y

Soldados. ¿Cómo pudo producirse semejante viraje político-social en tan poco tiempo?

Indudablemente, el acelerador fue la insoportable presión de Guerra Mundial y, en ese dramático contexto, el combate de los bolcheviques fue una marcha a paso forzado con tropiezos, errores, rectificaciones, retrocesos, "saltos adelante" y permanentes debates. En esta carrera contra-reloj, la intervención de Lenin, su partido y la auto-actividad revolucionaria de las masas se potenciaron, corrigieron y enriquecieron mutuamente. Es lo que tratan de presentar los siguientes 5 episodios.

1. El "rearme" del partido

Como ya se dijo, los primeros pasos de los bolcheviques fueron vacilantes. Lanzaron un volante denunciando al Gobierno Provisional de "capitalistas y grandes terratenientes", pero casi de inmediato asumieron una posición muy parecida al apoyo condicionado de los mencheviques y eseristas. La confusión aumentó a mediados de marzo cuando Nikolái Murálov, Liev Kamenev y Joseph Stalin⁷ asumieron la conducción del partido. *Pravda* publicó artículos proclives al "defensismo revolucionario", la Conferencia realizada el 1 de abril adoptó la táctica de "exigencias" al gobierno y se entablaron negociaciones con los mencheviques para la unificación de los socialdemócratas.

Mientras tanto, Lenin, en sus "Cartas desde lejos", rechazaba cualquier forma de apoyo al gobierno burgués y de acercamiento con los "defensistas revolucionarios", de los que se apartó sin ninguna diplomacia cuando llegó a la Estación Finlandia de Petrogrado, el 3 de abril. Esa misma noche, Lenin⁸ advirtió a sus compañeros que no denunciar claramente al defensismo revolucionario era un grave error y que depositar "alguna confianza en el gobierno (...) es la muerte del socialismo". Su planteo fue tajante: "Ustedes, camaradas, tienen confianza en el gobierno. Si esto es así, nuestros caminos son distintos. Prefiero quedar en minoría" (Lenin, 1985, tomo 31: 113).

Las Tesis de Abril

Reconociendo que existía en Rusia la *excepcional* posibilidad de impulsar y llevar al triunfo la revolución con métodos pacíficos, sin dejar de reclamar la inmediata convocatoria de la Asamblea Constituyente, las *Tesis* proponen como orientación estratégica fortalecer y extender la democracia revolucionaria de obreros y campesinos para conquistar una “república de los soviets de diputados obreros, braceros y campesinos”. Repiten: “No una república parlamentaria –volver a ella desde los soviets de diputados obreros sería dar un paso atrás–, sino una república de los soviets de diputados obreros, braceros y campesinos en todo el país, de abajo arriba”.

Para hacer frente a la catástrofe económica, se precisa: “No ‘implantación’ del socialismo como nuestra tarea *inmediata* [la bastardilla es de Lenin], sino pasar únicamente a la instauración inmediata del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets” “y “Banco Nacional único, sometido al control de los soviets”.

En relación al campo, “Nacionalización de todas las tierras del país, de las que dispondrán los soviets locales “y “Hacer de cada gran finca (...) una hacienda modelo bajo el control del soviets de diputados braceros y sobre bases colectivas”.

Se considera necesario que un próximo congreso modifique algunos aspectos del programa y aborde en profundidad la cuestión del “Estado-Comuna”. Terminan proponiendo adoptar el nombre de Partido Comunista e impulsar la construcción de una Internacional revolucionaria excluyendo a social-chauvinistas y centristas.⁹

Lenin tenía prestigio y autoridad política pero no seguidores obsecuentes y encontró mucha resistencia. Fue criticado en el Buró del Comité Central (6 de abril) tanto por derecha como por izquierda. Cuando *Pravda* publicó las *Tesis de Abril* (que Lenin presentó “a título personal”) Kamenev subrayó que ni la redacción del diario, ni el Buró

del CC estaban de acuerdo con ese “esquema general”: “Nos parece inaceptable, por cuanto su punto de partida es considerar consumada la revolución democrático-burguesa y prevé la inmediata transformación de esta revolución en revolución socialista”. En el Comité de Petrogrado reunido el 8 de abril, la resistencia a las *Tesis* se expresó en múltiples enmiendas y se decidió llevar la discusión a la Conferencia de la ciudad.

Mientras se daba esta discusión, se produjeron las Jornadas de Abril¹⁰: el 20 y el 21 hubo masivas manifestaciones exigiendo “Fuera Miliukov y Guchkov” con graves incidentes¹¹ que desembocaron en la renuncia de los ministros cuestionados y la reestructuración del gobierno: el 5 de mayo Kerensky asumió la cartera de Guerra e ingresaron al gabinete seis representantes del Soviet (mencheviques, eseristas y trudoviques) ... Ya para entonces Lenin había logrado el respaldo de la conferencia de Petrogrado (37 votos contra 3) y lo mismo ocurrió en la Conferencia Panrusa del partido, en la última semana de abril. Se impuso casi por unanimidad en puntos fundamentales: la caracterización del Gobierno Provisional como “órgano de dominación de los terratenientes y la burguesía”, que la intervención de Rusia en la guerra seguía siendo imperialista y que era inadmisibles cualquier unidad con partidos o grupos partidarios del “defensismo revolucionario”. También se adoptó la orientación de “iniciar un trabajo prolongado” con el fin de “transferir a los soviets el poder del Estado”. Pero la resolución presentada por Lenin “Sobre la situación actual” que hacía referencia a la dinámica socialista de la revolución obtuvo 71 votos a favor, 39 en contra y 8 abstenciones. Y la moción de adoptar el nombre de Partido Comunista solo obtuvo 1 voto: el de Lenin. Comenta Pierre Broué: “A pesar de los viejos bolcheviques, afeerrados a antiguos análisis, Lenin ha conseguido ‘enderezar’ al partido; su victoria empero dista mucho de ser total”, pues de los 8 miembros del Comité Central electo, solo 4 compartían claramente sus puntos de vista” (Broué, 1973: 117-118). Otro historiador destaca:

Durante aquellas semanas, Lenin insistió en que los bolcheviques solo podrían ganar la mayoría en los soviets a través de pacientes esfuerzos de explicación y persuasión,

y actuando con un máxima de prudencia y discreción. Muchos de los bolcheviques que en abril apoyaron las tesis de Lenin podían pensar que el derrocamiento del Gobierno Provisional y con él de la burguesía, era una cuestión a largo plazo que no implicaba riesgos inmediatos para el partido, y confiar además en que el mismo Lenin llegaría a comprender las tremendas dificultades del asunto. Cuando pocos meses después vieron que Lenin ponía el derrocamiento del Gobierno Provisional en el orden del día, como tarea inmediata, de nuevo intentaron frenarlo. Y otra vez, en las semanas previas a la insurrección de Octubre, el fundador del partido tuvo que volver a ganarlos (Liebman, 1975: 134).

En las manos de Lenin, el partido se convirtió en un instrumento histórico insuperable. Las decenas de miles de militantes ilegales que, tras las jornadas revolucionarias de febrero de 1917, volvían a tomar contacto, estaban a punto de constituir una organización que las amplias masas obreras y, en menor medida, las campesinas, considerarían como propia. Tal organización iba a dirigir su lucha contra el Gobierno Provisional, conquistar el poder y conservarlo. Por tanto, a pesar de la lucha entre fracciones y de la represión, Lenin y sus compañeros triunfaron allí donde otros marxistas que, en un principio, gozaban de condiciones más favorables, habían fracasado: por primera vez en toda la existencia de los partidos socialistas, uno de ellos iba a vencer (Broué, 1973: 64).

La intervención de Lenin ayudó a que los bolcheviques salieran fortalecidos. En las Jornadas de Abril impulsaron decididamente la movilización en contra del gobierno burgués que quería continuar la guerra, se diferenciaron de los social-defensistas... y evitaron errores "vanguardistas". Porque así como se apoyó en el ala izquierda en contra de las posiciones del centro y la derecha, Lenin criticó duramente al Comité de Petrogrado por haber lanzado la consigna "Abajo el go-

bierno”, explicando que era indigno de revolucionarios serios querer distinguirse ubicándose “un poco más a la izquierda”.

De este debate pueden extraerse valiosas enseñanzas teóricas y metodológicas. Los “viejos bolcheviques” argumentaban que sus posiciones eran las que Lenin había defendido en 1905, se aferraban a la idea del carácter necesariamente burgués de la revolución y esgrimían la fórmula de “dictadura democrática de obreros y campesinos” pensando en posibles alianzas con mencheviques y eseristas. Lenin les respondió que ese tipo de argumentos debía ser enviado “al archivo de antigüedades bolcheviques prerrevolucionarias”. Y sin perder tiempo en buscar apoyo en viejos textos, o en escribir algún largo documento con citas de autoridad, presentó unas sintéticas *Tesis* escritas a las apuradas. No tenía el menor interés en “ganar una discusión”. Su propósito era apartar al partido del pantano al que los defensistas querían arrastrarlo y definir una orientación que permitiera intervenir con eficacia en la lucha política que en esos mismos días de abril se agudizaba, manteniendo como norte estratégico el objetivo del poder soviético para “llevar la revolución hasta el fin”. A su juicio, quienes pretendían discutir y definir la orientación política a partir de las antiguas definiciones de la fracción bolchevique incurrían en un grave error metodológico. La orientación general, las tácticas y las consignas ante la nueva situación abierta por la revolución no podían ni debían elaborarse a partir de abstracciones, sino del análisis concreto de la situación general y de las relaciones de fuerza entre las distintas clases y partidos.

Después de la conferencia de abril se alejaron unos pocos dirigentes identificados con el defensismo y se aceleró la incorporación de mencheviques internacionalistas, grupos socialdemócratas autónomos y decenas de miles de nuevos militantes identificados con el reclamo “*Vsya Vlast' Sovetam*” (¡Todo el Poder a los Soviets!), la consigna más famosa y discutida de la historia. Lenin había regresado a Rusia con la convicción de que la Revolución Rusa sería el detonante de la revolución socialista en Alemania y Europa, que la suerte de estos procesos era indisoluble¹² y se estaba ya en una suerte de transición. Otros no terminaban de aceptar esa concepción de la revolución (y de sus instituciones) que chocaba con la antigua idea de *revolución en dos etapas*, muy arraigada en la socialdemocracia rusa.

La revolución socialista, que se desarrolla en Occidente, en Rusia no está directamente al orden del día, pero ya hemos entrado en el estado de transición a la misma. Los soviets de diputados obreros, soldados, etc., son la organización del poder con la que tendrá que operar la revolución socialista. (...) De aquí que nuestra tarea consista en fortalecerlos (Lenin, 1985, tomo 31: 377 y 380).

Estrategia y praxis revolucionaria. Los méritos de Lenin como estratega han sido ampliamente destacados por diversos autores, simpatizantes o críticos de Ilitch. Igualmente meritoria (pero menos apreciada) es su capacidad para corregir imprecisiones o errores apoyándose en la praxis revolucionaria. No está de más dar algunos ejemplos.

En los artículos e intervenciones iniciales Lenin se refería con insistencia a los “soviets obreros” y casi no mencionaba a los soldados que, sin embargo, habían cobrado inmensa importancia. Esta omisión se correspondía con la escasa inserción de los bolcheviques entre ellos, pero rápidamente se advirtió que esto debía ser corregido y antes de que terminara el mes se conformó la Organización Militar del partido que con el diario *Soldatskaia pravda* penetró en todos los regimientos y después, en relación directa con el Comité Central, extendió su radio de actividad a todo el país con notable eficacia.

Otra cuestión sensible, controvertida y más compleja era la caracterización del campesinado, las políticas adecuadas para lograr la *smytchka* de obreros y campesinos y los objetivos que debía fijarse la revolución en el campo. Lenin se había distinguido tempranamente por considerar que la participación del campesinado era posible y necesaria para el triunfo de la revolución en Rusia.¹³ Pero tenía también la convicción, mucho más discutible, de que la penetración del capitalismo en el campo había quitado toda relevancia a la tradicional comuna rural (*Obschina* o *Mir*), que la masa campesina era una inmensa y oscilante capa pequeñoburguesa y que el proletariado urbano debía buscar sus aliados entre braceros y los campesinos po-

bres para neutralizar la influencia de los *Kulaks*.¹⁴ A los fines de este artículo, basta con señalar que Lenin siguió con mucha atención la evolución del estado de ánimo y los reclamos del campesinado especialmente desde que (a partir de junio) comenzó a tomar las tierras de la nobleza. Tomó nota de lo que ocurría y por eso el “Decreto sobre la tierra” que redactó en octubre de 1917, como la “Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado”



de enero de 1918 estuvieron mucho más cerca del programa de los eseristas que de sus propias opiniones... ¿Oportunismo, empirismo, pragmatismo? Todos esos “atributos” (y otros cuantos más) han sido adjudicados a Lenin. Más sensato y objetivo sería reconocer que era un político que despreciaba la *Realpolitik* socialdemócrata, pero practicaba un *realismo revolucionario* enraizado en la *praxis* del partido y de las masas. Sin afectación, actuaba según la máxima de Goethe que también reivindicara Marx:

“Gris, querido amigo, es toda teoría / y verde el árbol dorado de la vida.”

El partido de la revolución / La revolución en el partido. La reorientación del bolchevismo fue potenciada por el cambio radical en el partido. En pocas semanas se incorporaron muchas *decenas de miles* de militantes que, con el empuje y dinamismo de la revolución en curso, pudieron aprovechar la experiencia acumulada en la organización de Lenin¹⁵ sin el fardo de prejuicios y rencores de viejas luchas fraccionales. Los bolcheviques pudieron dirigir la revolución, porque se atrevieron a que esta revolucionara el partido.

El vertiginoso crecimiento (más de 10.000 nuevos militantes cada mes) rompió rutinas teóricas y *habitus* organizativos, pues no se

trataba de meros afiliados sino de activistas, líderes políticos de la clase “formados” en la intervención consciente en el proceso revolucionario de las masas y en los debates duros y enconados que se daban mes a mes. El partido así *recargado* fue una organización excepcional que, empujada en las más diversas direcciones por el vendaval de la revolución, encontró su rumbo aplicando de manera efectiva, concreta y flexible la trillada y ambigua fórmula del “centralismo democrático”.¹⁶ Pudieron hacerlo por méritos propios, pero gracias también a la creativa auto-actividad del *Narod* que defendió a los soviets “contra viento y marea” como marco general de referencia institucional, social y política impuesto a los partidos de la llamada “democracia revolucionaria” a pesar de los dirigentes conciliadores y de la virulencia de los combates políticos que se libraron dentro y fuera de ellos. Las masas hicieron de los soviets el marco organizativo que, además, les permitía discrepar y llegado el caso enfrentar y desplazar a los partidos que ellas mismas habían elevado a la dirección de los soviets.

2. Acompañar a las masas, saber retroceder

En mayo y junio el descalabro económico, la falta de combustible y materias primas, el sabotaje patronal y el intento de deslocalizar las industrias de Petrogrado fueron enfrentadas por los trabajadores con diversas modalidades de control obrero y, en casos extremos, haciéndose cargo de empresas abandonadas por sus dueños. También por entonces la revolución llegó efectivamente al campo y el campesinado comenzó, masivamente, a apoderarse de las propiedades de los terratenientes. Cobró impulso la organización y armamento de Guardias Rojos a nivel de los soviets locales,¹⁷ se multiplicó la influencia de la Organización Militar bolchevique y comenzó a cambiar la composición de los soviets a medida que los diputados “moderados” eran reemplazados por otros más radicales.¹⁸ Sin que su composición reflejara estos cambios, el I Congreso Panruso de los Soviets de Obremos y Soldados se reunió cuando el gobierno se disponía a relanzar la guerra con la “Ofensiva de primavera”, a pesar de la decidida oposición de los soldados de Petrogrado.

Bajo una fuerte presión de las bases y buscando canalizar un descontento que de otro modo podía expresarse violenta e irreflexivamente, los bolcheviques convocaron a un acto de masas en contra del gobierno el 10 de junio. El mayoritario bloque menchevique-SR logró que el Congreso¹⁹ prohibiera ese acto y llamara a manifestar una semana después “en defensa de la unidad de la democracia revolucionaria y respaldo a los soviets”. Temiendo ser expulsados, los bolcheviques acataron la prohibición, pero lanzaron una ofensiva política tan intensa y efectiva que la marcha llamada por los partidarios de la colaboración de clases fue convertida en una inmensa y combativa manifestación en la que decenas de miles de obreros y soldados impusieron las consignas más radicales: “¡Abajo los 10 ministros capitalistas! ¡Todo el poder a los soviets!” (Rabinowitch, 1991: 117-119).

Los acontecimientos de junio provocaron discusiones y relineamientos en la Organización Militar, el Comité Ejecutivo de Petersburgo y el Comité Central bolchevique, con posturas enfrentadas y matices varios. Lenin apoyó la posición de quienes querían ganar la calle: “Es la voluntad de los soldados y el proletariado. Sus consignas son las nuestras. Abajo los ministros capitalistas (...) Transferir el poder al Soviet para que éste inmediatamente proponga la paz” y destacaba que era urgente oponerse al reinicio de las hostilidades (lo apoyaron Sverdlov y Stalin). Krupskaya y otros acordaban con la movilización pero sin armas, cosa que la OM descartaba. Zinoviev y Kamenev se oponían porque pondría en peligro el fortalecimiento del partido. El 8 de junio una “reunión ampliada” resolvió (131 a favor, 6 en contra, 22 abstenciones) convocar al acto en contra del gobierno el 10 de junio... Pero cuando el Congreso de los Soviets lo prohibió, la misma fracción bolchevique en el congreso exigió fuera suspendido. El Comité Central en una reunión de emergencia y con la presencia de solo 5 miembros resolvió por 3 votos (Lenin y Sverdlov se abstuvieron) levantar el acto... Similares discrepancias se presentaron, *mutatis mutandi*, cuando las Jornadas de Julio y aún después, cuando la cuestión de la insurrección fue puesta en el orden del día. A juicio de Alexander

Rabinowitch, este funcionamiento colectivo desordenado y por momentos inorgánico, con divergencias, discusiones y realineamientos, lejos de ser una debilidad reflejaba la estrecha relación del partido y sus cuadros con el movimiento de masas y lo convertía en una organización dinámica, sensible a los cambios de situación y, en definitiva, sumamente efectiva.

El enfrentamiento que los bolcheviques pudieron evitar en junio se produjo tres semanas después, cuando la "Ofensiva de Primavera" había derivado ya en una desordenada retirada de los ejércitos rusos y una crisis de gobierno. En la primera semana de julio los kadetes se retiraron, renunció Lvov, Kerensky quedó suspendido en el aire... Y Petrogrado vivió una cuasi insurrección a la que siguió una cruel represión.

El 3 de julio, después de un tenso enfrentamiento con la Comisión militar del gobierno, una asamblea de varios miles de soldados en el regimiento de ametralladoristas resolvió llevar sus exigencias al Soviet. La acción no fue enteramente espontánea (había sido discutida por la OM, los eseristas de izquierda de Kronstadt y los anarquistas de Beckerman) pero de ninguna manera debe ser considerada un intento para apoderarse del poder²⁰. Tomada la decisión, este regimiento envió emisarios (en vehículos artillados) a todas las unidades militares y grandes fábricas llamando a concentrarse frente al Palacio Táurida. Tanto en los cuarteles y como en las asambleas obreras la adhesión se votó por aclamación. Los cuadros bolcheviques que, tomados por sorpresa, intentaron "frenar" fueron desbordados y arrastrados por la masa. Poco después, el Comité de Petrogrado consideró que siendo imposible "levantar" una movilización revolucionaria de masas, era obligación del partido acompañarlas y tratar de evitar una aventura. Por la noche el Comité Central lanzó una proclama reclamando que la movilización del día siguiente fuese "pacífica y organizada". El 4 de julio, más de medio millón de obreros, soldados y marineros de Kronstadt marcharon por las calles de Petrogrado. Es verdad que muchos de ellos estaban armados, que hubo incidentes y choques (con junkers, cosacos o francotiradores)

que ocasionaron bajas, pero más cierto aún es que la multitud que rodeó durante largas horas la sede donde sesionaban los comités ejecutivos centrales de los soviets hubiera podido ocuparla sin dificultad alguna de haberlo querido, y no lo hizo. Los manifestantes exigían ruptura con el gobierno burgués y traspaso del poder a los soviets, a lo que el bloque menchevique-SR respondió ratificando su apoyo al cuasi inexistente gobierno y pidiendo al general Kaledin el envío de tropas para reprimir lo que denominaron “golpe bolchevique instigado por agentes de Alemania”... Anticipándose al desalojo represivo que comenzaría en las primeras horas del día 5, los bolcheviques dieron por concluida la movilización y organizaron el repliegue, pero el gobierno no solo los hizo responsables de las bajas producidas durante los incidentes, sino que falsificó “pruebas” para ordenar la detención de Lenin y Zinoviev alimentando un clima de linchamiento patriótico-contrarrevolucionario²¹ y represión generalizada. Fueron asaltados locales y diarios bolcheviques, se metió en la cárcel a los involucrados en la presunta insurrección, se anunció el desmembramiento de las unidades “sublevadas” y el desarme de los Guardias Rojos²² y bandas de contrarrevolucionarios salieron a golpear a cualquiera con aspecto de izquierdista. Las masas y el partido bolcheviques sufrieron un rudo golpe, pero el gobierno siguió siendo débil e inestable. Eso explica que la desarticulación de los regimientos “insurgentes” quedó a mitad de camino o en nada, los Guardias Rojos escondieron sus armas, la prensa bolchevique reapareció bajo nuevos nombres...

3. El VI Congreso y el fin de la vía pacífica

Entre los últimos días de julio y los primeros de agosto el POS-DR (bolchevique) realizó, casi clandestinamente y con sus principales dirigentes presos o escondidos, su VI Congreso, autodenominado “Congreso de Unificación”. A pesar del golpe, la organización había sido reforzada con el aporte de mencheviques de izquierda, muchos grupos socialdemócratas “independientes” y de la *Mezrayonka* en la que militaban León Trotsky y sus colaboradores más cercanos. Con-

taba con 170.000 militantes, 40.000 de los cuales concentrados en Petrogrado. Escribe Pierre Broué:

(...) la fuerza del partido unificado viene de la fusión total de las diferentes corrientes, al menos en tan gran medida como la diversidad de itinerarios que les han llevado, a través de una serie de años de lucha ideológica, a la lucha común en pro de la revolución proletaria. La dirección elegida en agosto es fiel reflejo de la relación de fuerzas. [...]. El partido bolchevique protagonista de octubre, que para el mundo entero habrá de ser "el partido de Lenin y Trotsky", acaba de nacer: como lo afirma Robert V. Daniels, "la nueva dirección lo era todo salvo un grupo de disciplinados paparnas" (Broué, 1973: 121-122).

Más que eso: llegó a ser y comportarse como una magnífica dirección *colectiva*, en la que se potenciaron las capacidades individuales y la independencia de criterios con que cada uno de ellos actuaba y se posicionaba (en la derecha, el centro o la izquierda, según las discusiones), teniendo como eje a Lenin con su autoridad política y modo de ejercerla. Basta con leer las actas de las reuniones del Comité Central²³ para advertir que la leyenda negra sobre el "monolitismo" del bolchevismo y la "dictadura personal" de Lenin no tiene nada que ver con el bolchevismo de 1917.



Con respecto al contenido mismo de las discusiones, además de la crítica y autocrítica sobre el desempeño y responsabilidades de los diversos organismos del partido durante las jornadas de julio, el congreso debió asumir que la revolución ingresaba en una nueva fase, que Lenin presentó crudamente:

Todas las esperanzas de un desarrollo pacífico de la revolución rusa se han desvanecido para siempre. La situación objetiva es esta: o la victoria completa de la dictadura militar o el triunfo de la insurrección armada de los obreros, triunfo que solo es posible si coincide con un alzamiento decidido de las masas contra el gobierno y contra la burguesía, originado por la ruina económica y la prolongación de la guerra (Lenin, 1985 tomo 34: 3).

Mucho más discutida fue la afirmación de que la consigna “¡Todo el poder a los soviets!” había dejado de ser justa debido a que el poder efectivo ya había pasado a manos de la dictadura militar y se había consumado “la traición total y evidente de los eseristas y mencheviques a la revolución” (Ibíd.: 5). Semanas después pudo verse que el régimen de la “doble impotencia” no se había transformado *aún* en dictadura militar y que el intento de imponerla generaría nuevas y mayores convulsiones. Pero más allá de énfasis discutibles, la perspectiva de Lenin era planteada en términos dialécticos y sujetos a la prueba de la lucha de clases:

El poder en manos del proletariado, apoyado por los campesinos pobres o los semiproletarios: tal es la única salida, y ya hemos dicho cuáles son las circunstancias que pueden contribuir a acelerarla de manera extraordinaria. En esta nueva revolución podrán y deberán surgir los soviets, pero *no serán* los soviets actuales, no serán órganos de conciliación con la burguesía, sino órganos de lucha revolucionaria contra ella. Ciertamente también entonces propugnaremos la organización de todo el Estado según el tipo de los soviets. No se trata de los soviets en general, sino de la lucha frente a la contrarrevolución *actual* y frente a la traición de los soviets *actuales* (Ibíd.: 19).

El congreso ratificó la orientación de llevar la revolución hasta el fin, la reivindicación de un Estado de tipo soviético y el horizonte del socialismo, pero el cómo y el cuándo quedaban sujetos a la discusión y a la prueba de la lucha de clases. No ocurrió exactamente según lo previsto en abril, ni en julio... pues la situación cambió nuevamente con el brusco viraje que se produjo en agosto-septiembre hasta desembocar en la insurrección y el II Congreso de los Soviets, en octubre.

4. La derrota de la *Kornilovchina*

La burguesía contrarrevolucionaria reclamaba abiertamente un gobierno fuerte, capaz de actuar *manu militari*. El 22 de julio Kerensky designó al general Kornilov jefe plenipotenciario del ejército y dos días después los kadetes reingresaron al gobierno. Kerensky y Kornilov coincidían en que era necesario un régimen autoritario y juntos tramaban imponerlo trayendo tropas desde el frente... pero era inevitable que chocaran, porque en el sillón de Bonaparte solo entraba uno.

En el campo de la revolución, superado el trauma de julio, el movimiento obrero trataba de controlar las empresas, en el campo se generalizaba la ocupación de tierras y crecía el respaldo a los bolcheviques que, sin embargo, se orientaban con dificultad en las nuevas condiciones. "Ahora la tarea consiste en *tomar el poder* nosotros mismos y declararnos gobierno en nombre de la paz, de la tierra para los campesinos y de la convocatoria de la Asamblea Constituyente" (Lenin, 1985 tomo 34: 82), apuraba un Lenin que, desde lejos, no lograba convencer al Comité Central, ni llegar al conjunto del partido.

Así las cosas, el 27 de agosto un brusco viraje nuevamente puso a prueba la capacidad de reacción de los bolcheviques. Advirtiendo el peligro de que Kornilov (alentado por Miliukov y otros) lo desplazara, Kerensky lo destituyó, el general denunció entonces que el gobierno había caído en manos de los extremistas y decidió avanzar sobre Petrogrado para salvar a la Rusia y "ahorcar de ser necesario a los dirigentes del Soviet". En la madrugada del día 28, con las tropas del Tercer Cuerpo de Ejército próximas a la ciudad, el Comité Ejecu-

tivo Central del Soviet llamó a los bolcheviques para conformar un “Comité de Lucha Frente a la Contrarrevolución”. Los bolcheviques no podían apoyar a Kerensky ni comprometerse en acuerdos con los partidos comprometidos con la represión del 5 de julio, pero sabían que era necesario aplastar a Kornilov y que eso era lo que por encima de cualquier otra cosa querían los trabajadores. De modo que se volcaron a los comités de lucha que brotaron como hongos, para movilizar y organizar al pueblo, conseguir armas y municiones... Como escribiera Lenin:

¿En qué consiste el cambio de nuestra táctica después de la sublevación de Kornilov? En que cambiamos *la forma* de nuestra lucha contra Kerenski. Sin debilitar un ápice nuestra hostilidad contra él, sin retirar una sola palabra dicha en su contra, sin renunciar al objetivo de derribar a Kerenski, decimos: hay que *tomar en cuenta* el momento; no vamos a derrocar a Kerenski en seguida; ahora encaremos de otra manera la tarea de luchar contra él, a saber: explicando al pueblo (que lucha contra Kornilov) la *debilidad* y las *vacilaciones* de Kerenski. También antes se hacía esto. Pero ahora pasa a ser *lo fundamental*; en esto consiste el cambio (Lenin, 1985 tomo 34: 124).

(...) todos los agitadores del partido fueron movilizados para actuar al día siguiente en los distritos obreros. Más importante aún, muchos bolcheviques fueron elegidos para coordinar la preparación de la defensa por las principales organizaciones de masas de la capital. En síntesis, con plena conciencia de las diferencias entre sus propios objetivos y los de Kerensky, y desconfiando de una estrecha colaboración con los socialistas moderados, los militantes del Comité de Petersburgo sumaron sus esfuerzos a los de otros grupos de izquierda y dirigieron su gran capacidad organizativa, recursos y energía a la lucha contra Kornilov (Rabinowitch, 1976: 173).

El Comité Central precisó por telegrama dirigido a los comités de toda Rusia el 29 de agosto: "Con el fin de rechazar a la contrarrevolución, estamos trabajando en colaboración con el Soviet a nivel técnico e informativo, siempre manteniendo nuestra posición política independiente" (Rabinowitch, 1976: 175). Los bolcheviques (algunos, como Trotsky fueron liberados de la cárcel para hacerlo) se pusieron al frente de la lucha contra la *Kornilovchina* y desde los soviets organizaron una formidable movilización aplastó el intento golpista. No solo terminó preso Kornilov, sino que algunas decenas de oficiales comprometidos con el golpe fueron sumariamente ajusticiados por soldados y marineros. El prestigio y autoridad política de los bolcheviques creció en flecha. El 31 de agosto el Soviet de Petrogrado vota una resolución reclamando el traspaso del poder a los soviets, el 9 de septiembre condena la coalición con la burguesía en el Gobierno Provisional y el 23 Trotsky es designado al frente del Soviet de Petrogrado. Los mencheviques perdieron el control de los soviets en las ciudades más importantes, y también comenzó el desbande hacia la izquierda en la organización de los socialistas revolucionarios.

Ahora se ha producido en la revolución rusa un viraje tan brusco y original que, como partido, podemos proponer un compromiso voluntario (...) a nuestros adversarios más próximos, a los partidos "dirigentes" de la democracia pequeño-burguesa: los eseristas y los mencheviques.

Como una mera excepción, únicamente forzados por una situación especial que, al parecer, se mantendrá solo poquísimos tiempo, podemos proponer un compromiso a esos partidos y, a mi juicio, debemos hacerlo.

Es un compromiso, por nuestra parte, retornar a la reivindicación de antes de julio: todo el poder a los soviets, formación de un gobierno de eseristas y mencheviques responsable ante los soviets.

Ahora, solo ahora, y quizás *apenas durante unos pocos días* o por una o dos semanas, un gobierno de ese tipo podría formarse y afianzarse de un modo completamente pacífico (Lenin, 1985 tomo 34: 139).

Mientras Kerensky conformaba un “Directorio” sin kadetes, todas las expectativas estaban puestas en la Conferencia Democrática (convocada por el CEC) a fin de abordar la cuestión del gobierno. Kamenev y los bolcheviques moderados hicieron ingentes esfuerzos para que mencheviques-SR optaran por conformar un gobierno de los partidos socialistas basado en los soviets para llegar a la Constituyente, y el mismo Lenin manifestó que si los mencheviques y eseristas mantenían el anunciado propósito de no colaborar con un gobierno en que participaran los kadetes, los bolcheviques podían estar dispuestos a dejar de lado la perspectiva insurreccional y competir pacíficamente por el poder en los soviets. Pero la conferencia terminó sin resolver nada preciso, y el 25 de septiembre los dirigentes mencheviques-SR volvieron a unirse con Kerensky y kadetes en un deslucido gabinete de coalición. La capitulación quiso disimularse con un “Pre Parlamento” carente de facultades y la mayoría del CC y de los delegados bolcheviques en la Conferencia estuvo a punto de caer en la trampa, proponiendo mantenerse en el preparlamento “para no quedar aislados”... Pero después de una furibunda presión de Lenin y el ala más radicalizada los bolcheviques decidieron “patear el tablero”²⁴ y el 7 de octubre, día de la inauguración, Trotsky denunció la inutilidad del Pre Parlamento terminando su discurso con estas palabras: “¡La revolución está en peligro! ¡Todo el poder a los soviets!” tras lo cual los bolcheviques dejaron el recinto para fusionarse con los de abajo. Como recordó años después Miliukov, el jefe de los kadetes: “Hablaban y obraban como hombres que se sentían apoyados por la fuerza y sabían que el día de mañana les pertenecía”.

5. El cuándo y cómo de la insurrección

Se suele decir que la Revolución de Octubre fue un golpe urdido por un hombre y ejecutado a espaldas del pueblo por una minoría fanatizada. La acusación no resiste la menor confrontación con lo ocurrido. Desde su refugio en Finlandia, hacia mediados de septiembre Lenin comenzó a machacar con la idea de que “los bolcheviques pueden y *deben* tomar el poder del Estado”, entre otras razones por el peligro cierto de que Petrogrado cayera en manos del ejército alemán:

No se trata del "día" de la insurrección, de su "momento", en el sentido estrecho de la palabra. Eso lo decidirá únicamente la voluntad común de los que *tienen contacto* con los obreros y los soldados, con *las masas*. Se trata de que nuestro partido tiene ahora, de hecho, en la Conferencia Democrática su congreso, y este congreso *debe* (quíeralo o no, pero debe) *decidir el destino de la revolución*. Se trata de conseguir que esta *tarea* sea clara para el partido: plantear al orden del día *la insurrección armada* en Petrogrado y Moscú (comprendida la región), conquistar el poder, derribar el gobierno. Hay que pensar en *cómo* hacer agitación en pro de esta tarea, sin expresarse así en la prensa. Recuerden y reflexionen sobre las palabras de Marx respecto a la insurrección: "*La insurrección es un arte*", etc.` (Lenin, 1985 tomo 34: 249)

Una vez más, Lenin estaba en completa minoría: Kamenev y la mayoría del Comité Central se oponía a la insurrección, Trotsky estaba a favor, pero consideraba que la insurrección debía prepararse con formulaciones defensivas y en el marco de la legalidad soviética, otros vacilaban. Lenin alertaba que dejar pasar el momento oportuno arruinaría todo, sería un crimen político. A quienes alegaban que existía pasividad en las masas, o proponían esperar, respondía: "ya contamos con el apoyo de la clase revolucionaria en todas las ciudades importantes, es 'Ahora o nunca' ". Es verdad que las vacilaciones de algunos dirigentes los colocaba a la retaguardia de las masas, pero también era cierto que muchos de los mejores militantes (decididos y probados cuadros proletarios de Petrogrado, marineros de Kronstadt y la Flota del Báltico, artífices de la Organización Militar) advertían que, a diferencia de momentos anteriores, los trabajadores y soldados esperaban *hechos*, indicaciones prácticas de que si se los convocaba sería para una *batalla decisiva*. Y señalaban también que en tal caso *la masa esperaba ser convocada por los órganos soviéticos*, y no solo o directamente por el partido bolchevique. El desarrollo de los acontecimientos mostró que esas opiniones no estaban desencaminadas, y que de una u otra manera Lenin y Trotsky las tuvieron en cuenta.

Para terminar con dilaciones y malos entendidos, Lenin decidió, por su cuenta y riesgo, regresar e instalarse clandestinamente en Petrogrado. Exigió que se reuniera la dirección y con su participación personal el CC aprobó (10 votos contra 2) preparar la insurrección. Aun así, fue necesario que una nueva reunión del Comité Central, ahora ampliado, el 16 de octubre para insistir en que esa era la tarea inmediata de todo el partido. De manera convergente, la preparación política y “técnica” de la insurrección fue encarada desde un órgano del Soviet de Petrogrado. Trotsky había logrado que la guarnición decidiera obedecer solo órdenes emanadas del Soviet y este aprobó el 9 de octubre la conformación de un Comité Militar Revolucionario para asegurar la defensa de la capital y la realización del II Congreso de los Soviets, en el que estaban depositadas todas las miradas y esperanzas del proletariado. El órgano encargado de conjurar la amenaza de la contrarrevolución y/o la entrega de la ciudad al ejército alemán (que ya se había apoderado de Riga) sería también el de la insurrección. Estuvo integrado por cinco eseristas de izquierda, cinco anarquistas y seis bolcheviques y fue conducido por Trotsky, Vladimir Antonov-Ovseenko y el marinero Pável Dybenko (SR de izquierda). El 22 y 23 de octubre el CMR instaló delegados en todas las unidades militares... Recién entonces reaccionó Kerensky, que había sobreestimado su autoridad y fuerza militar y esperaba que algún paso en falso de los bolcheviques le permitiría literalmente aplastarlos. Reclamó a la *Stavka* tropas del frente que no llegaron y en la mañana del 24 intentó un golpe de efecto clausurando el local e imprenta del diario bolchevique, ordenó detener nuevamente a los dirigentes procesados por las Jornadas de Julio (casi todos liberados para enfrentar la *Korniloviada*), movilizó a los cadetes de la academia militar y al Batallón de Mujeres.

Inmediatamente, el CMR reabrió *Pravda*, distribuyó armas a los Guardias Rojos, convocó efectivos de Kronstadt y la Flota del Báltico y, dando ya un paso ofensivo, dispuso la ocupación de los puntos estratégicos de la ciudad y el arresto de los miembros del gobierno, pero debido a imprevisiones y errores técnicos el Palacio de Invierno fue tomado muchas horas después. De todas maneras, ya al promediar la mañana del 25 de octubre, se anunció que el gobierno burgués había sido depuesto.

Así, en la fecha fijada, el II Congreso Panruso de los Soviets de Obreros y Soldados pudo reunirse, asumir el poder y comenzar a sentar las bases políticas e institucionales del régimen soviético. Fue un paso no exento de tropiezos y contradicciones, a las que ya nos hemos referido (y probablemente volveremos a hacerlo) en otros trabajos. Nos limitaremos entonces a destacar la importancia histórica del manifiesto “A todos los soldados y campesinos” aprobado cuando finalizaba la larga noche del 25 de octubre, así como también de las intervenciones con que Lenin presentó, al día siguiente, los célebres decretos “Sobre la paz” y “Sobre la tierra”. Todo esto ha sido narrado con insuperable elocuencia en *Diez días que conmovieron el mundo* por John Reed o en la *Historia de la Revolución Rusa*, por León Trotsky. El congreso terminó eligiendo como órgano ejecutivo del flamante régimen un Concejo de Comisarios del Pueblo (*Sovnarkom*) íntegramente bolchevique²⁵ y un nuevo Comité Ejecutivo Central del Soviet de Obreros y Soldados, este sí pluralista: 62 bolcheviques, 29 socialistas revolucionarios de izquierda y 10 socialdemócratas internacionalistas de imprecisa filiación partidaria.

Notas

1. El breve comunicado estaba suscripto por “los miembros del Comité Central en el exterior”, que no eran otros que Gregory Zinoviev y el mismo Lenin.
2. Los mencheviques Guozdev, Chkheidzé y Skobelev, socialdemócratas independientes y representantes de todos los grupos socialistas (trudovikes, eseristas, bolcheviques, grupo interdistrital, bundistas...), unos 40 en total, constituyeron el Comité Ejecutivo Provisional del Soviet, con amplia mayoría de “socialistas moderados”.
3. Era un documento impreciso que eludía las cuestiones sustantivas: no fijaba plazos para la convocatoria a la Asamblea Constituyente, ni decía nada sobre lo que para la mayoría de la población resultaba inaplazable: el fin de la guerra que exigían los soldados, la jornada laboral de 8 horas que reclamaban los obreros y la entrega de tierras que demandaba el campesinado.
4. La orden disponía la elección de comités de soldados en las unidades, aseguraba el pleno ejercicio de libertades cívicas a la tropa incluso en los frentes de guerra y establecía que en cualquier asunto de índole política los soldados solo cumplirían órdenes avaladas por el Soviet.

5. En 1912 se había realizado un congreso del POSDR (desconocido por los mencheviques). A partir de ese momento los socialdemócratas bolcheviques no se consideraban ya una fracción sino partido, con un Comité Central (en el que inicialmente participaron también los llamados “mencheviques de partido”, opuestos al “liquidacionismo”). El Comité de Organización que intentaron oponerle Trotsky y los mencheviques fracasó por completo.
6. Los bolcheviques habían dirigido el movimiento huelguista de 1912-1913 ganado un respaldo mucho mayor que el de mencheviques y eseristas. Sin embargo, durante la guerra, los diputados bolcheviques fueron encarcelados, el Comité Central *interior* desarticulado y la organización clandestina dañada. “Los bolcheviques permanecen 16 meses sin dirección efectiva. Centenares de militantes son detenidos, encarcelados o deportados, otros se encuentran en el ejército (...) Cuando, a partir de 1916, los obreros empiezan a integrarse de nuevo en la lucha, la fracción bolchevique cuenta, como máximo, con 5.000 miembros en una organización que poco a poco se ha reconstruido” (Broué, 2005: 34).
7. Los tres estaban deportados en Siberia y fueron liberados por la revolución.
8. En una reunión con los delegados que bolcheviques y mencheviques habían enviado a la conferencia de los soviets reunida en esos días.
9. Este congreso se realizaría a fin de julio y comienzo de agosto de 1917, pero el nombre de *Partido Comunista de Rusia (bolchevique)* recién se adoptó en el congreso de marzo de 1918.
10. La crisis fue provocada por declaraciones en las que el gobierno prometía a los Aliados “proseguir la guerra hasta la victoria”.
11. No fueron solo escaramuzas con exaltados de derecha, pues el general Kornilov y Miliukov habían concentrado tropas para lanzarlas en contra de la izquierda. El intento represivo quedó en la nada pues fue desautorizado por el Comité Ejecutivo del Soviet.
12. Solo modificará este punto de vista en 1923, después de que la derrota del proletariado alemán alejó por tiempo indefinido la posibilidad de que nuevas victorias de la revolución en Europa quebrasen el aislamiento de la República Soviética.
13. Sobre esto había polemizado en 1903 en contra de posturas de la socialdemocracia alemana y Kautsky.
14. El asunto merece un repaso crítico y autocrítico de largo aliento, revisitando las tempranas caracterizaciones sociales y políticas que sobre el campesinado ruso hicieron los socialdemócratas en general y las de Lenin en particular, sus difíciles relaciones con los eseristas de izquierda, los errores y excesos cometidos por el Partido/Estado cuando intentó “llevar la lucha de clases a la aldea”, las rectificaciones intentadas con la NEP y las últimas e inacabadas reflexiones de Lenin en 1922-1923.
15. La invaluable experiencia de los cuadros obreros forjados en la Revolución de 1905, de los “revolucionarios profesionales” que en años de paciente y gris trabajo

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

- conspirativo fueron capaces de tejer lazos con las luchas y lo mejor del activismo, del audaz aprovechamiento de las oportunidades de militancia legal o semi-legal que abriera el ascenso de 1912-1914.
16. A diferencia de tantísimas organizaciones “leninistas” en las que esa misma expresión concede peso estatutario al método de “orden y mando” de secretarios generales, comités centrales y otros “cuerpos orgánicos”.
 17. Aunque no en toda la capital, debido a la oposición del Comité Ejecutivo.
 18. Para esto los bolcheviques comenzaron a unificar campañas y candidaturas con otros grupos de la izquierda socialdemócrata. Los mencheviques perdieron rápidamente el apoyo que tenían entre los obreros calificados, pero los eseristas conservaban su liderazgo entre los menos calificados, con vínculos familiares en el campo e identificados con la consigna “Tierra y Libertad”.
 19. “El Congreso (...) era con toda seguridad el organismo más representativo y democrática de Rusia. Los 1.090 delegados representaban 305 soviets de obreros y de soldados locales, 53 órganos soviéticos regionales y 21 organizaciones militares, 822 con derecho a voto pleno. Políticamente existió un marcado predominio de los socialistas revolucionarios con 285 miembros y los mencheviques con 248 delegados, contra 105 bolcheviques y otros miembros de pequeños grupos socialistas y 73 delegados independientes. La superioridad de los dos partidos socialistas moderados en el congreso se debía principalmente a su predominio en los soviets de las provincias y en las organizaciones del frente. En Petrogrado los bolcheviques ya tenían en ese momento muchos más seguidores. Pero en el congreso, sin embargo, la mayoría socialista no tuvo inconvenientes para imponerse en todas las decisiones políticas (Anweiler, 1974: 124).
 20. Los anarquistas sí hablaban de “derrocar al Gobierno Provisional, no para pasar el poder al Soviet ‘burgués’, sino para tomarlo en nuestras propias manos” y conformaron un “Comité Militar Revolucionario” que no tuvo rol algún. Pero no era la orientación de la OM y menos aún la del Comité de Petrogrado que solo se sumó a la acción cuando comprendió que no podía detenerla ¡y mucho menos la de Lenin, que estaba en Finlandia y regresó a Petersburgo el 4 al mediodía!
 21. Plejanov y la prensa de extrema derecha lanzaron la campaña de que Lenin había sido un provocador, un espía y un agente pago al servicio de Alemania, y sobre esa base el gobierno falsificó “pruebas” completamente inverosímiles.
 22. Para no ser asesinados, Lenin y Zinoviev debieron pasar a la clandestinidad y ocultarse en Finlandia.
 23. Ver *Los Bolcheviques y la Revolución de Octubre. Actas del CC del POSDR (bolchevique)*. Córdoba: Pasado y Presente, 1972.
 24. Kamenev y la mayoría de la fracción bolchevique en la conferencia eran partidarios de permanecer en el Pre Parlamento, pero en una “reunión ampliada” con la enérgica presión de los cuadros más ligados al movimiento de masas se impuso la posición defendida por Lenin y Trotsky: boicotear y retirarse del pseudo Parlamento.

25. Inicialmente se había previsto un gobierno de composición pluralista con mayoría bolchevique, pero la deserción de los mencheviques internacionalistas de Martov, la reticencia de los eseristas de izquierda y, sobre todo, la proclamación del “Comité Pan ruso de Salvación del País y la Revolución” (mencheviques, SR y kadetes) desconociendo el Congreso de los Soviets, llevó a designar un gobierno puramente bolchevique. Fue un paso que en las semanas siguientes detonó una crisis: “11 miembros del gobierno y 5 del Comité Central del partido, entre los cuales Kame-nev y Zinoviev, protestaron, manifiestándose en contra de ‘mantener un gobierno puramente bolchevique por medio del terror’ y apoyaron las iniciativas de los SR de izquierda y de una fracción de los militantes obreros bolcheviques partidarios de la formación de un gobierno socialista de unidad. Lenin trató de minimizar el asunto, pero cedió al menos parcialmente y el 26 de noviembre entraron al gobierno 3 SR de izquierda.” (Dullin, 1994: 13).

Referencias bibliográficas

- Adamovsky, E. (2008): "Mitos y realidades de la Revolución rusa". En Adamovsky, E., Baña, M. y Fontana, P. (eds.) *Octubre rojo. La Revolución rusa 90 años después*. Libros del Rojas.
- Agosti, A. (2017): "Repensar la Revolución Rusa". En *Memoria* 263.
- Almeyra, G. (2017): "Revolución, partido, estado, burocracia: el ejemplo ruso". En *www.sinpermiso*, 3 de septiembre.
- Altamira, J. y otros (2017): *La Revolución Rusa en el Siglo XXI*. Rumbos Editorial.
- Anweiler, O. (1974): *The Soviets: The Russian Workers, Peasants and Soldiers Councils, 1905-1921*. Pantheon Books.
- Avrich, P. (1984) "Bolchevik Opposition to Lenin: G.T. Miasnikov and the Worker's Group". En *Russian Review* 968, vol. 43.
- Archetti, E. (2017): *Antología esencial*. CLACSO.
- Badcock, S. (2017): "Las revoluciones campesinas de 1917" en *Jacobin*, 23 agosto.
- Baña, M. & Stefanoni, P. (2017): *Todo lo que necesitás saber sobre la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Paidós.
- Blanc, E. (2017a): "¿Defendieron los bolcheviques la revolución socialista en 1917?", En *Viento Sur*, 14 de octubre <https://vientosur.info/spip.php?article13104>
- Blanc, E. (2017b): 24/12/2017 "Outubro e sua importância: uma conversa com China Miéville". Disponible en: <http://www.correiocidadania.com.br/2-uncategorised/13017-outubro-e-sua-importancia-uma-conversa-com-china-mieville>
- Broué, P. (1973): *El Partido Bolchevique*. Editorial Ayuso.
- Broué, P. (1988): *Trotsky*. Fayard.
- Carrere d'Encausse, H. (1983): *L'URSS de la Révolution a la mort de Staline 1917-1953*. Seuil.
- Coggiola, O. (2017): *A Revolucao Soviética: das origens até a dissolução da URSS: uma Síntese*. Edición digital, primera versión.
- Domenech, A. (2017): "El experimento bolchevique: la república, la democracia, y los críticos marxistas de su tiempo". En Andrade J. & Sánchez, F. H.: *1917: La Revolución rusa 100 años después*. Akal.

■ Actualidad de la revolución y socialismo

- Droz, J. (1985): "La socialdemocracia alemana 1875-1914". En Droz, J. (Director), *Historia General del Socialismo*, Destino volumen 224.
- Dullin, S. (1994): *Histoire de l'URSS*. La Decouverte.
- Fazio Vengoa, H. (2017): "La Revolución Rusa de 1917: dilemas e interpretación". En *Historia Critica* 64.
- Ferro, M. (1995): *La Revolución Rusa. Cuadernos de Historia 16* (015). Información e Historia SL.
- Figes, O. (2017): *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*. Edhasa, 2010, edición en e-book: junio.
- Fitzpatrick, S. (2015): *La Revolución Rusa*. Siglo XXI.
- Haupt, G. (2017): "Historia-debate: el 'bolchevismo' y la Revolución Rusa". En *Herramienta* 60.
- Hill, C. (2017): *La Revolución Rusa*. Ariel-Editorial Planeta.
- Hobsbawm, E. (1995): *Historia del Siglo XX*. Crítica, 1995
- Krausz, T. (2017): *Reconstruyendo Lenin. Una biografía intelectual*. Boitempo.
- Kriegel, A. (1985): "La Asociación Internacional de los Trabajadores" en Droz, J. (Director) *Historia General del Socialismo*. Destino volumen 224.
- Kohan, N. (2019): "El taller de investigación de Karl Marx". En Marx, K., *Comunidad, Nacionalismos y Capital textos inéditos*. Ediciones Amauta Insurgente.
- Lefebvre, H. (1977): *Lo Stato*, 4 tomos. Dedalo Libri.
- Lenin, V. I. (1960): *Obras Completas*. Editorial Cartago.
- Lenin, V. I. (1971): *Contra la Burocracia / Diario de las secretarías de Lenin*. Pasado y Presente.
- Lenin, V. I. (1985): *Obras Completas*, 55 tomos. Editorial Progreso.
- Lewin, M. (1995): *Russia-URSS-Russia. The Drive and the Drift of a Superstate*. The New Press.
- Lewin, M. (1997): *El último combate de Lenin*. Lumen.
- Lewin, M. (2003): *Le Siècle Soviétique*. Fayard.
- Louçã, A. (2017): "Lenin, precursor de la Oposición de Izquierda". En *Herramienta* 60.
- Luxemburgo, R. (1976): *Obras Escogidas*, 2 tomos. Editorial Pluma.
- Mandel, D. (2017a): "La intelectualidad y la clase obrera en 1917". Disponible en: <http://vientosur.info/spip.php?article129033>
- Mandel, D. (2017b): *Les Soviets de Petrograd*. Éditions Syllepse, Page 2, M.
- Mazzeo, M. (2018): *Marx Populi*. El Colectivo.
- Mészáros, I. (1995) *Beyond Capital*. Merlin.
- Mett, I. (1968): *Le paysan russe dans la révolution et la post-révolution*. Spartacus.
- Miéville, Ch. (2018): *Octubre. La historia de la revolución rusa*. Editor digital Titivillus.
- Milosevich, M. (2028): *Breve Historia de la Revolución Rusa*. Edición digital Titivillus.
- Rabinowitch, A. (1976): *The Bolcheviks come to power. The Revolution of 1917 in Petrograd*. W. W. Norton & Company.

- Rabinowitch, A. (1991): *Prelude to revolution: the Petrograd Bolsheviks and the July 1917 uprising*. Indiana University Press.
- Rakovsky, Ch. (2002) "Los peligros profesionales del poder". En Marxist Internet Archive.
- Rusconi, G. E. (1981): "Introducción". En Rosenberg, A., *Democracia y Socialismo*. Pasado y Presente.
- Pasado y Presente (1972): *Los Bolcheviques y la Revolución de Octubre*. Actas del Comité Central del POSDR (bolchevique).
- Pluma (1973): *Los Cuatro Primeros Congresos de la Internacional Comunista 1919-1923*, 2 tomos.
- Salas, M. (2017): *Rusia 1917. La revolución mes a mes*. Folleto electrónico reuniendo los artículos publicados por *Sin Permiso*.
- Trotsky, L. (1974): *La guerre et la révolution*, dos tomos. Les Editions Tete de feuilles.
- Trotsky, L. (2007): *1917 Escritos en la revolución (compilación)*. CEIP León Trotsky.
- Trotsky, L. (2017): *Historia de la Revolución Rusa*. Editor digital Titivillus.
- Vazeilles, J. (1971): *La Revolución Rusa*. CEAL.
- Vega Cantor, R. (2013): *Capitalismo y Despojo*. Ediciones Impresol-Auri Sara Marrugo-Periferia.

Posfacio a tres voces

Para cerrar este volumen, hemos apelado al comentario de compañeras/ros que alentaron con observaciones y sugerencias la gestación del libro. Antonio Louçã, María Orlanda Pinassi y Silvio Schachter, con énfasis y acentos diversos, llaman la atención sobre distintos aspectos de estos ensayos y coinciden en señalar que esta reflexión histórica es indisociable de los debates y combates del presente.

Una reflexión que lleva por caminos innovadores

Antonio Louçã

Ya desde la primera línea del prólogo, Aldo Casas nos advierte que los ensayos contenidos en este tomo no están escritos por un historiador sino por un militante. Concluida la lectura, queda claro que la advertencia no apuntaba a liberarse de los deberes del rigor histórico. Habiendo compulsado el autor, de manera amplia y sistemática, la literatura que en los últimos años se produjo sobre la Revolución Rusa, tales deberes fueron sobradamente cumplidos.

A lo largo del texto, no encontramos hechos inéditos, aunque sí algunos que surgen de investigaciones recientes. Encontramos, sobre todo, una reflexión que lleva por caminos innovadores. No se trata, en modo alguno, de proclamar algún corte epistemológico con tono sensacionalista. Los caminos verdaderamente innovadores se hacen con los pies sobre la tierra, y no con destellos efectistas o modas de efímera popularidad.

El bolchevismo dirigió el proceso revolucionario por haber asumido, desde la aprobación de las *Tesis de Abril*, la estrategia de “todo el poder a los soviets”. Es una vieja verdad, conocida e inmune a cualquier sofisticada revisionista. Pero no es una verdad que pueda ser leída de manera lineal y simplista. Reclamar el poder para organismos que no lo querían, era desde el inicio una apuesta riesgosa. Incluso Lenin, el más enérgico promotor de la estrategia soviética, tuvo en cierto momento sus dudas. Después de la ola represiva que siguió a las Jornadas de Julio, fueron más que dudas: llegó al convencimiento

de que era necesario un cambio de rumbo, batalló por eso y, durante un breve lapso, consiguió que su partido desplazara la atención hacia los comités de fábrica como organismos decisivos de la revolución.

Parecía así esbozarse un regreso a los soviets de 1905, organismos del proletariado, que nunca llegaron a extenderse ampliamente desde los centros industriales hacia el campo o las filas del ejército. En febrero de 1917, en un contexto de colapso de la autocracia, el prestigio que los soviets conservaban en la memoria colectiva había contribuido a hacerlos brotar por todas partes. Y, naturalmente, lo que se ganaba en cantidad y en extensión parecía, inicialmente, perderse en madurez y firmeza política. Las tradiciones de lucha del proletariado se diluían en un océano de ingenuidad de los campesinos, con y sin uniforme. Los partidos partidarios de la guerra tuvieron amplia preponderancia y rápidamente invocarían esa mayoría en los soviets para reprimir a la vanguardia proletaria.

Lenin, que a lo largo de su vida con frecuencia debió combatir el celo de discípulos demasiado esquemáticos, también ahora desmitificó cierto fetichismo de la forma soviética. La función hace al órgano: si eseristas y mencheviques se mantenían a la cabeza de los soviets y allí imponían una política belicista, la esencia misma de los organismos cambiaría, a punto tal que pronto se encontrarían del otro lado de la barricada, combatiendo a la revolución que los había creado. El mismo Lenin que, en las *Tesis de Abril*, preconizara el pasaje de todo el poder a manos de los soviets, aparecía cuatro meses después recordando al partido que, en tiempos de revolución, todo cambia rápidamente, que los soviets no son una vaca sagrada y que podrían ya haber cambiado demasiado como para que siguieran siendo una alternativa de poder.

Todo esto sería una brillante ilustración del hiperempirismo dialéctico de Lenin, según la famosa expresión de Gurvitch, si la Historia no hubiese, en definitiva, seguido otros caminos. Lenin sacó conclusiones precipitadas del viraje de julio, los soviets no estaban perdidos para la revolución y no tardarían en recuperar un papel central en los siguientes desarrollos. Ahora bien: si Lenin tuvo buenas razones y altamente dialécticas para cuestionar la validez de los soviets pero a pesar de ello se equivocó ¿cuáles habrán sido las malas razones que lo condujeron al error?

El foco del trabajo de Aldo Casas no está dirigido a responder esa cuestión, pero los elementos que aporta para una respuesta son un ejemplo de su principal contribución para la comprensión de la Revolución Rusa un siglo después. Lenin tenía sobre el campesinado una visión mucho más realista que la de la socialdemocracia alemana, con su soberbia obrerista. También sobre el potencial revolucionario del campesinado, tenía una visión mucho más aguda que la de Plejanov, y no consideraba que debiera esperarse a que el capitalismo proletarizara a la masa campesina para que la revolución fuese posible. A diferencia de Rosa Luxemburgo, entendía que la entrega de la tierra a los campesinos, aunque fuese una herejía programática, era un riesgo que debía correrse.

En julio de 1917, la comprensión de Lenin sobre la cuestión campesina era ampliamente superior a la de sus contemporáneos socialdemócratas, de izquierda o derecha, y no sólo por la atención que pusiera en el tema, sino también porque podía sintetizar la sensibilidad colectiva del partido. El bolchevismo se construyó pacientemente durante largos años; creció y maduró después, audazmente, de los pocos meses posteriores a la revolución de febrero. Como señala Aldo Casas,

(...) en pocas semanas se incorporaron muchas decenas de miles de militantes que, con el empuje y dinamismo de la revolución en curso, pudieron aprovechar la experiencia acumulada en la organización de Lenin sin el fardo de prejuicios y rencores de viejas luchas fraccionales. Los bolcheviques pudieron dirigir la revolución porque se atrevieron a que esta revolucionara al partido.

De ese modo, agrega también nuestro autor, el bolchevismo

(...) llegó a ser y a comportarse como una magnífica dirección colectiva, en la que se potenciaron las capacidades individuales y la independencia de criterio con que cada uno de ellos actuaba y se posicionaba.

Pero, a pesar de todo ello, el bolchevismo seguía prisionero de un dilema característico de la socialdemocracia del siglo XIX. Una de las

posibilidades entonces admitidas era que el campesinado desempeñara un papel retrógrado y conservador, aferrándose a las instituciones comunitarias de la aldea –el *mir* y la *obschina*–, en contra de la modernización del campo. La otra posibilidad era que la mayoría del campesinado renunciara a esas instituciones tradicionales y luchase por la tierra para poder desarrollar una agricultura capitalista (según el modelo americano, opuesto al modelo prusiano). En este segundo escenario, los campesinos podrían participar activamente en la revolución, pero existiría siempre un conflicto al menos latente entre la ambición de enriquecerse, de *kulakizarse*, y el rumbo socialista deseado por la vanguardia proletaria.

Una tercera variante hubiera consistido en ver que el apego de los campesinos a la comuna rural era una forma de resistencia a la devastación social que se agravaba, especialmente desde las reformas de Stolypin. Las diversas corrientes marxistas que discutían las dos primeras posibilidades, tendían a rechazar la tercera variante considerándola un producto de los preconceptos románticos y eslavófilos del populismo. Los populistas habían fracasado con la estrategia terrorista, y sus descendientes eseristas fracasaron después capitulando al belicismo: todo lo que dijeran parecía desacreditado por el solo hecho de que lo dijeran ellos... Pero incluso un reloj que no funciona marca la hora correcta alguna vez. El caso es que polemizando con el populismo en el viraje de siglo, las distintas corrientes marxistas perdieron de vista datos importantes para abarcar la cuestión campesina en su totalidad.

Todo eso tenía inevitablemente implicaciones para la política que se debía impulsar en los soviets. Si los campesinos solo podrían ser una reacción oscurantista y precapitalista, o una pequeño burguesía ávida por acumular riqueza, su amplia representación en los soviets constituiría seguramente un factor reaccionario. Y no sorprende que fueran vistos como la base social de la radicalización contrarrevolucionaria de quienes tenían la mayoría en los soviets, en julio y agosto, así como tampoco es sorprendente la nostalgia por los soviets proletarios de 1905, que por entonces ocasionalmente resonaba en algún discurso bolchevique.

En verdad, sin embargo, la proliferación de soviets que comenzó en febrero no venía a contaminar la revolución proletaria con el virus de

clases intermedias y vacilantes. Sacaba a la superficie, en cambio, la naturaleza profunda de la revolución, plebeya, como la define Aldo Casas:

(...) una revolución hecha por el *narod*, en el sentido etimológico-político que el término ganó en la Rusia desde 1905: pueblo trabajador (obreros, campesinos, plebe urbana) enfrentado a la nobleza terratenientes y burgueses.

Y esta alianza de clases amplia permitía augurar a la revolución de 1917 más posibilidades de victoria que la de 1905, y permitía esperar que llegara más lejos, como efectivamente llegó.

Si el bolchevismo supo dar marcha atrás después de haber prácticamente decretado que los soviets habían muerto para la revolución, se debió a varios factores. Por un lado, como dice Aldo Casas, la misma vanguardia proletaria de Petrogrado, a pesar de su ya irreconciliable antagonismo con la mayoría del soviets, “no veía posible abandonar los soviets. Esto hubiera significado romper con los obreros, soldados y campesinos del resto de Rusia”. Por otro lado, el bolchevismo supo escuchar y cambiar su juego. Escuchó no solo a la vanguardia proletaria, sino también las señales de una realidad en que ya la *jacquerie* campesina se extendía por todo el país y los soldados seguían poniendo límites a la libertad de conspiración de los oficiales. Pronto la respuesta popular a la *Korniloviada* confirmaría el papel central de los soviets en la revolución.

De todas maneras, la verdad es que fueron razones inmediatistas, de pragmatismo y buen sentido, las que hicieron que el bolchevismo rectificara el paréntesis ultraizquierdista que tuvo en el “verano caliente” de 1917. Entre los factores de esa rectificación no hubo ninguna revaloración de fondo en cuanto al papel del campesinado en la revolución. El mismo Lenin, que muy tempranamente se había destacado por valorar ese papel, mantenía, según nuestro autor,

(...) la convicción, mucho más discutible, de que la penetración del capitalismo en el campo había quitado toda relevancia a la tradicional comuna rural (*obschina* o *mir*), que la masa campesina era una inmensa y oscilante capa pequeñoburguesa y que el proletariado urbano debía buscar

sus aliados entre braceros y los campesinos pobres para neutralizar la influencia de los Kulaks.

Habiendo sido coyunturales los motivos que llevaron a “rehabilitar” los soviets, tenía que llegar después, desde arriba, una y otra vez, la crispación del poder bolchevique en relación al campesinado. De allí surgiría la idea de “llevar la lucha de clases a la aldea”, fabricando *ex nihilo* comités de campesinos pobres, incluso antes de la guerra civil, disputando terreno, ya entonces, a los soviets campesinos realmente existentes. Y si durante la guerra civil las requisas podían explicarse por un estado de necesidad militar, también es cierto que la visión reduccionista del papel del campesinado no ayudaba a limitar los daños que el poder soviético estaba causando, a mediano plazo, a las perspectivas de la alianza obrero y campesina.

El bloque social que en la difícil primera fase de la guerra permitió imponerse a los ejércitos blancos y las catorce potencias invasoras, rápidamente se desgastó debido a la política de requisas. Durante la segunda fase, a pesar de la superioridad militar que mientras tanto había obtenido, el Ejército Rojo tuvo muchas dificultades para dominar las fuerzas campesinas de Makhno y Antonov. El desgaste de la alianza obrero y campesina también puso en riesgo el abastecimiento de las ciudades, condujo a una ola de huelgas en Petrogrado y, finalmente, a la sangrienta represión de Kronstadt.

Una vez más el bolchevismo supo corregir el juego, yendo al encuentro de los campesinos con la política de la NEP. Y otra vez la rectificación fue inspirada por la convicción de que los campesinos solo habían adherido a la revolución porque querían, en último análisis, la modernización capitalista del campo. La revolución quería otra cosa, pero estaba obligada a hacer concesiones. Algunos de los bolcheviques considerarían esas concesiones como algo de largo aliento y prolongada duración (recuérdese el famoso llamado de Bujarin: “Kulacs, enriquecéos”), otros como un paréntesis necesariamente breve, hasta que nuevamente el proletariado pudiera cargar sobre los campesinos el peso mayor de la crisis económica (recordar los análisis de Preobrazhensky, en ese tiempo cercano a Trotsky, proponiendo una “acumulación socialista primitiva”).

En la cuestión campesina, el realismo bolchevique continuaba siendo, en todo caso y en cualquiera de sus variantes, un realismo de concesiones al capitalismo. En el fondo, las concesiones alimentaban el equívoco, que acabaría disipándose, brutalmente, con la colectivización forzada de la era estalinista. Un realismo distinto, orientado a rescatar lo que pudiese haber de revolucionario, transformador y potencialmente socialista en las viejas formas de auto-organización del campo, parecía patrimonio exclusivo del populismo y no mereció atención, a no ser polémica, del mismo Lenin.

Esto no significa que no debiera haber merecido una atención más escrupulosa, que en realidad ya antes había merecido por parte de Marx mismo. Menos condicionado por la política inmediata, menos presionado por la necesidad de disputar el terreno a partidos rusos competidores, Marx había entablado un diálogo con la corriente populista en los últimos años de su vida, estudió el tema de las instituciones comunitarias y acabó por emitir un juicio condicional sobre el destino de ellas, admitiendo incluso que, en un marco general de transformación socialista del continente europeo, podrían constituir “el punto de apoyo para la regeneración social de Rusia”. Pero lo cierto es que la correspondencia de Marx con Vera Zasulich solo fue publicada en 1924, y Lenin, que murió ese año, no llegó por sí mismo a hipótesis tan audaces como las de Marx sobre la comuna rural rusa.

El estudio que antes había publicado Aldo Casas sobre Karl Marx lo capacitaba especialmente para comprender el impacto que tuvo en la revolución rusa ese déficit teórico de la socialdemocracia en la cuestión de la comuna rural. Que la resistencia de los campesinos a la reforma de Stolypin no tenía un significado meramente retrógrado, como pretendía Plejanov, sino de hecho anticapitalista y potencialmente revolucionario. Y que llegaría a entroncar en la lucha por la tierra, porque, según las palabras de Aldo Casas,

(...) las *obschinas* pretendían garantizar la tenencia de las tierras prohibiendo su venta, a fin de impedir la pobreza futura. Sus metas rebeldes se reflejaron en los famosos decretos agrarios de la revolución de octubre.

O sea: los campesinos entendieron el significado revolucionario de los decretos agrarios, aunque el bolchevismo mantenía el escepticismo sobre el potencial socialista de las metas campesinas.

No hay acá una recuperación del populismo. Los campesinos bien podían tomar la iniciativa de ocupar las tierras o los soldados la de “clavar las bayonetas en el suelo”; todo eso bien podía ocurrir mientras la vanguardia obrera de Petrogrado todavía se limitaba a ejercer el control de la producción y vacilaba en asumir la gestión de las fábricas abandonadas por la patronal. Y nada de eso implicaba que proletariado industrial pudiera ser sustituido como columna vertebral del proceso revolucionario. Pero, al mismo tiempo, la maduración de su papel dirigente debía implicar un conocimiento preciso de la realidad del campo. Hacía falta empatía con el campesinado, sustentada en la comprensión de lo que realmente lo movilizaba.

Considerar al campesinado como un aliado con fuertes motivos para adherir a la revolución hubiera sido un poderoso factor para el ejercicio de la democracia soviética. Por el contrario, si el campesinado era considerado un efímero *compagnon de route*, la relación con la gran mayoría de la población tendería forzosamente a convertirse en instrumental y manipuladora. Habría de prevalecer la idea de conducir al socialismo a esa mayoría, lesionando algunos de sus intereses fundamentales e incluso violentando su voluntad. La revolución tendría que desarrollarse sobre una base social coja y tendría que compensar con voluntarismo de tipo jacobino el apoyo que le faltaba. El bolchevismo tendría que mitificar Octubre como un momento mágico o catártico, negando lo que Aldo Casas describe como “accidentada continuidad entre febrero y octubre”, el carácter de la revolución como proceso.

Claro que no se trata de invocar un argumento de autoridad de Marx contra Lenin y de imaginar el rumbo democrático que la revolución podría haber seguido si las reflexiones de Marx sobre la comuna rural rusa hubieran tenido algún peso en el universo intelectual y programático del bolchevismo. Al comienzo del siglo XX, el movimiento obrero estaba todavía marcado por el culto positivista de la ciencia y del progreso tecnológico. Cayendo en ese suelo adverso, los escritos de Marx difícilmente podrían dar frutos inmediatos.

El trabajo de Aldo Casas sobre la revolución rusa no es tanto un re-

proche hacia los marxistas revolucionarios por haber ignorado escritos visionarios -demasiado visionarios- de Marx, sino sobre todo la inclusión de experiencias de un siglo de luchas en el modo de encarar esa revolución fundacional. Hace ya mucho que la *obschina* y el *mir* no pasan de memorias difusas, con mero interés arqueológico. Pero el modo en que los mejores revolucionarios de 1917 lidiaron con la comuna rural sigue teniendo un interés candente desde el punto de vista metodológico.

Si hoy puede proponerse una reflexión innovadora sobre esa realidad desaparecida, es porque toda la historia posterior pone en cuestión el entusiasmo ciego por el progreso científico y tecnológico. A lo largo del siglo XX, los escritos perdidos y luego encontrados del Marx tardío fueron elocuentemente confirmados por la defensa de las culturas indígenas que asumieran Mariátegui o el zapatismo, entre otros, contra el engañoso avance civilizatorio que el imperialismo decía traerles. Más recientemente, la piromanía del gobierno Bolsonaro en la Amazonia esgrimió razones de desarrollo económico pero terminó finalmente ilustrando la estrecha imbricación entre ecocidio y etnocidio.

Defender la humanidad y defender el planeta contra la aplanadora de la ganancia capitalista: estos mandatos defensivos, energicamente aplicados por movimientos como *Black Lives Matter* o los *Viernes por el Clima*, confirman retroactivamente la intuición de los campesinos rusos apegados a sus instituciones comunales, y reafirman los escritos de Marx a contramano de la cultura positivista de la socialdemocracia. Aldo Casas no llamó la atención sobre esos escritos ni revisitó la Revolución Rusa por pasión arqueológica. Lo hizo porque los grandes movimientos defensivos pueden ser la palanca más poderosa para transformar un mundo que el capitalismo conduce a la barbarie.

Lisboa, septiembre de 2020.

Antonio Louçã comenzó su vida política militando en la Revolución Portuguesa de 1974. Historiador y periodista, director de *Versus* (1983-1987), autor de la biografía *Varela Gomes "Que outros triunfem onde nós fomos vencidos"* (2016), y de innumerables artículos sobre Rosa Luxemburgo, la Revolución Alemana y la Revolución Rusa. Es colaborador y miembro del Consejo Asesor de la *Revista Herramienta*.

Tesis para los nuevos tiempos

María Orlanda Pinassi

Ninguna otra insurrección -entre las muchas que estallaron en poco más de 100 años- llegó a superar la grandeza de los años iniciales de la Revolución Rusa. En ese inigualado momento de la historia, la realidad miserable de las mujeres y los hombres en el campo y en las ciudades ocupó el primer plano de la escena no ya para someterlos, sino para liberarlos. En el odio y la esperanza germinaron las urgencias sociales acumuladas en siglos de tremenda opresión. Explotó, por fin, la voluntad insoslayable de destruir algo que, durante demasiado tiempo, había parecido eterno e imposible de romper. Sin organización, sin conciencia de la acción y rumbo que debía seguirse, la masa sufriente, hambrienta y desamparada abrió de par en par las puertas de la historia para transformar, renacer y seguir adelante. Se hicieron sujetos y sujetas de la emancipación.

En los tiempos que siguieron, sin embargo, la derrota de la revolución en Alemania y la frustración del avance del socialismo hacia el Occidente fueron algunos de los argumentos usados para justificar las equivocaciones cometidas en nombre del "socialismo en un solo país" y la restauración de un nacionalismo propio del siglo diecinueve. Toda aquella energía vital liberada terminó sometida a orientaciones no siempre sensibles a la existencia real del pueblo. O sea, programas muy avanzados y bien intencionados, sobre todo los dirigidos a la liberación de las mujeres y a la educación de sus niños descalzos, fueron derrotados por los límites de un Estado fallido frente al ham-

bre, la falta de abrigo y el frío sufrido por los supuestos beneficiarios de las políticas emancipatorias. En definitiva, teoría revolucionaria y realidad social siguieron desacompasadas.

Desde el frente y desde los disueltos soviets, las y los combatientes volvieron a las amarguras del trabajo alienado en las fábricas y sus cotidianidades difíciles. Para las mujeres se amplió la esfera de la explotación. A las responsabilidades domésticas se agregó el trabajo a cambio de salarios bajos, pero esenciales en la renta familiar. Todo bajo el estricto control de un Estado que, lejos de ser paulatinamente desmontado hasta su extinción, se hacía cada vez más gigantesco y burocrático.

La escena posrevolucionaria se revela como forma de reconstruir jerarquías sobre nuevas bases de dominación. La política, al ser institucionalizada en la forma de un Estado de tipo autocrático, deja de ser vector de la confrontación y se pone a neutralizarla, sea mediante ideologías apologéticas, sea por medio de mecanismos policiales represivos. Eso ocurre porque el “socialismo realmente inexistente”, según la atinada denominación de Aldo Casas, abolió la personificación del capital –la burguesía privada– y amplió los poderes estatales que, por medio del taylorismo posible y adoptado del capitalismo, mejoró la productividad exigida y pasó a ser agente de extracción de plusvalor. Aquella formación postcapitalista (Mészáros) que eternizó una revolución social con alma política, que mantuvo la explotación de los y las trabajadoras, no podía terminar bien.¹

En el final de la Presentación de este libro, Aldo Casas dice:

El olvido, el desprecio infundado y la ignorancia sobre la Revolución Rusa y sus protagonistas hacen parte del intento por generalizar la desmemoria que borra la historia de resistencia y lucha de los obreros, campesinos y pueblos coloniales que es el reverso de la historia oficial.

Sentí fuerte empatía con esas palabras del autor. Y así seguí las páginas de este vigoroso trabajo *de crítica y de autocrítica* permanentes de la más importante insurrección popular desde el siglo XX hasta hoy en día. Entonces reconocí la grandeza de este gesto, raro entre militantes históricos que tienen tantas afinidades con la experiencia

de 1917 como él, pero que, en nombre de la memoria del evento, prefieren atenerse a las verdades impenitentes y los mitos de su poco dialéctico proceso.

En estas páginas el lector no encuentra ciertamente una descripción inerte de hechos y relatos heroicos, sino una narrativa viva, enriquecida con mucha documentación, mucho conocimiento acumulado y, sobre todo, mucha disposición para aprender el nexo causal de una revolución radical que ocurrió justo donde menos se la esperaba, en el “eslabón débil” de Europa. Sin embargo, si el último Marx hubiera estado presente en la concepción revolucionaria para aquel lugar y con ese pueblo, sus dirigentes hubieran comprendido que Rusia misma guardaba el tesoro del éxito.

En correspondencia intercambiada con Marx, Vera Zassulich argumenta en esta dirección:

Una de dos: o bien esta comuna rural, libre de las exigencias desmesuradas del fisco, de los pagos a los señores de la administración arbitraria, es capaz de desarrollarse en la vía socialista, o sea de organizar poco a poco su producción y su distribución de los productos sobre las bases colectivistas, en cuyo caso el socialismo revolucionario debe sacrificar todas sus fuerzas a la manumisión de la comuna y a su desarrollo. O si, por el contrario, la comuna está destinada a perecer, no queda al socialista, como tal, sino ponerse a hacer cálculos, más o menos mal fundados, para averiguar dentro de cuántos decenios pasará la tierra del campesino ruso de las manos de éste a las de la burguesía y dentro de cuántos siglos, quizá, tendrá el capitalismo en Rusia un desarrollo semejante al de Europa occidental. Entonces deberán hacer su propaganda tan sólo entre los trabajadores de las ciudades, quienes continuamente se verán anegados en la masa de los campesinos que, a consecuencia de la disolución de la comuna, se encontrarán en la calle, en las grandes ciudades, buscando un salario (Ver en Marx, *Escritos sobre la Comunidad Ancestral*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional Presidencia de la Asamblea Legislativa Plurinacional, 2015, pp. 175-176).

Al contestarle, Marx escribe:

Respondo: porque en Rusia, gracias a una excepcional combinación de circunstancias, la comuna rural, establecida todavía en escala nacional, puede irse desprendiendo de sus caracteres primitivos y desarrollando directamente como elemento de la producción colectiva en escala nacional (Ibíd., p. 178).

Apoyándome en tres importantes y valientes inventarios del período, pongo énfasis al señalar que tres circunstancias especialmente problemáticas impidieron que el socialismo naciente desplegara toda su alma social. La primera fueron las condiciones concretas de existencia impuestas por la pobreza extrema de los y sobre todo las luchadoras y sus niños. Wendy Goldman, en *Estado y revolución*, deja claro que las necesidades más inmediatas para la supervivencia fueron el motor impulsor de la lucha, pero que agravadas por las consecuencias de la I Guerra Mundial, los procesos revolucionarios y la guerra civil (1919 -21),² terminaron congelando la lucha.

La segunda remite a la aplicación de la NEP (Nueva Política Económica) de 1921 que, so pretexto de combatir el atraso y la pobreza, adopta una política desarrollista en el molde de un proceso controlado por el capital, que condujo a la reproducción de formas de explotación típicas de esa forma social. Concebida para revitalizar la economía mediante la reconstrucción del mercado, incentivando a la pequeña producción industrial, comercial y agraria, tuvo un impacto negativo sobre toda la clase trabajadora, con reducción de los salarios y raciones de supervivencia, y fue peor aún para las mujeres y sus hijos. Según István Mészáros, en *Más allá del capital*, al mantenerse la explotación del trabajo en la URSS se bloqueó toda pretensión verdaderamente socialista, en el sentido dado por Marx a la transición.

La tercera circunstancia, que pudo haber sido la gran salida para la erradicación de la miseria evitando al mismo tiempo los tentáculos del capital en aquella experiencia, está referida a la enorme equivocación cometida por los dirigentes al optar, no por erradicar las deformaciones para atender al socialismo de hecho, sino por la trágica destrucción de las comunas rurales tradicionales en Rusia. Aquí entra

el rico análisis propuesto por Aldo Casas que, a mi juicio, constituye el gran aporte del libro.

Al enfocar sus argumentaciones en esta importante dimensión de la Revolución Rusa, Aldo Casas no solo presta atención a aquellas circunstancias, sino que contribuye decisivamente a pensar en el actual marco de crisis estructural del capital, en los aspectos intensamente destructivos de su proceso de expansión y acumulación, agravado sustancialmente por crisis epidemiológicas. El sistema de reproducción social del capital pone en riesgo acelerado el futuro del planeta, y la humanidad está siendo cada vez más instada a recrear mecanismos de lucha y de supervivencia que sean, de hecho, las antípodas del insustentable desarrollismo del capitalismo. Las comunas, productoras de alimentos orgánicos, desvinculadas de la lógica del mercado, sin explotación del trabajo, así como habrían sido la solución en la época de la Revolución Rusa, constituyen cada vez más la salida de la pobreza y el hambre.

Si bien comprendí las intenciones de esta obra de Aldo Casas, su sentido principal está anclado en el ajuste de cuentas con el (propio) pasado, pero, ante todo, en las luces que los avances y retrocesos de la historia de las luchas sociales pueden arrojar sobre el potencial revolucionario de este mismo tiempo y de la realidad latinoamericana.

Ubatuba, octubre 2020.

María Orlanda Pinassi es activista social, profesora de sociología (jubilada) UNESP, en San Pablo, profesora colaboradora Escuela Nacional Florestan Fernandes y miembro del Consejo Asesor de la *Revista Herramienta*.

Notas

1. “Pero tan redundante o absurda como es una revolución social con alma política, es de razonable una revolución política con alma social. La revolución en general –derribar el poder constituido y disolver la anterior situación– es un acto político. Ahora bien, sin revolución el socialismo es irrealizable. En tanto y en cuanto el socialismo necesita destrucción y disolución, este acto político le es imprescindible. Pero allí donde comienza su acción organizadora, donde se abre paso su fin

■ Rusia ★ 1917 - Vertientes y afluentes

inmanente, su alma, el socialismo se deshace de su envoltorio político” (Karl Marx, Glosas críticas marginales al artículo “El rey de Prusia y la reforma social”).

2. Los éxitos de la Revolución de Octubre no encontraron un escenario económico favorable sino una realidad de extrema miseria y muerte. Sólo en la I Guerra, Rusia perdió 2,5 millones de hombres; en la guerra civil, un millón de vidas fueron desperdiciadas. Otros millones perecieron de hambre, frío y epidemias como tífus, cólera, escarlatina. Las condiciones climáticas no ayudaron a la recuperación del colapso social. El invierno de 1916-17 provocó el desabastecimiento de las ciudades y un drástico aumento de precios. En 1921, una severa sequía en la región del Volga exterminó entre el 90 o 95% de los niños menores de 3 años y casi una tercera parte de los que tenían 3 años o más.

Socialismo para salvar la reproducción de la vida en el planeta

Silvio Schachter

En ocasión de su 100 aniversario, la Revolución Rusa fue presentada como un tema de historiadores, un acontecimiento congelado en el tiempo. Desde el prólogo, Aldo Casas nos advierte que estos ensayos no son obra de un historiador: aunque tienen la debida rigurosidad, son el resultado de un acto militante. Escritos con espíritu militante, demuestran que la primera revolución anticapitalista, que desencadenó tanta energía social y enorme experimentación en el terreno político, cultural y social, tiene mucho que decir a los luchadores del presente y que es imposible comprender el mundo contemporáneo haciendo abstracción de la Revolución de Octubre.

El libro toma el desafío de responder a quienes, a partir de 1989, con la caída del muro de Berlín y luego la desaparición de la URSS, intentan hacer creer que las grandes revoluciones no han sido más que accidentes desafortunados, que los pueblos que las han hecho se han metido en un callejón sin salida y a contracorriente de la historia.

El texto, sin estridencias ni relatos apologistas, derriba cada ladrillo del muro de falsedades que se construye sobre el mito de la revolución como un golpe de Estado. Para ello recorre el camino de bucear en las experiencias, las obras y los actos de los protagonistas principales, pero no se detiene allí, sale de esa ruta para transitar por los lugares menos conocidos, por esos senderos donde los pro-

tagonistas son las masas de trabajadores, del campo y la ciudad, los soldados y las mujeres. Confronta a quienes sostienen la idea de que solo fue una sumatoria de hechos fortuitos, lo hace con una profunda lectura de las organizaciones políticas y sociales que protagonizaron luchas esenciales en los períodos previos, en un proceso sinérgico, no lineal y muchas veces diacrónico, de acumulación de experiencias, a partir de derrotas que luego devinieron en triunfos.

No cede a la tentación de una mirada indulgente y acrítica, pero es terminante en la valoración del giro copernicano que significó para la humanidad, tras una historia de guerras y tragedias, colectivas e individuales y de inenarrables sacrificios, la revolución más creativa, profunda y trascendente de la historia. Descarta el ritual celebratorio, no tiene pretensión de copia, tampoco se apoltrona en la nostalgia de los vencidos.

El texto demuestra que, en contra de lo que esperaban sus protagonistas, la Revolución de Octubre, como otras revoluciones, constituyó una excepción en la historia y no regla inevitable, sus caminos son irrepetibles y no solo porque las condiciones sean específicas y los contextos diferentes.

El estudio de la radicalización de los pueblos de Rusia y sus organizaciones examina su particularidad, pero se abre a la necesidad de adentrarse en los significados del imaginario de larga duración que produjeron.

En esa dirección, Aldo va tejiendo una urdimbre, alejada de toda adjetivación, donde las palabras y los hechos se entrelazan paso a paso para entender los sucesos que cambiaron el mundo, pero también los límites y dificultades que debió enfrentar una gesta que se propuso por primera vez, en un verdadero salto a lo desconocido, la construcción del socialismo, una sociedad que hiciera realidad la emancipación de la humanidad y la abolición de las desigualdades entre individuos y pueblos, que pusiera fin a la explotación y la alienación del trabajo.

Aldo la describe minuciosamente, como un gigantesco experimento de masas, como si fuera un taxonomista social, demuestra que las fórmulas teóricas fueron sometidas a la prueba y el error y múltiples fueron las variables, las previstas y las aleatorias, que atra-

vesaron a los revolucionarios en circunstancias donde nada estaba preestablecido.

Entre sus múltiples aciertos, el libro recorre las distintas vertientes que alimentaron la gesta revolucionaria; allí se encuentran, entre otras, la descripción de los primeros en ser llamados populistas, la amplia presencia e influencia del anarquismo, incluidos quienes desesperadamente apelaban al terrorismo individual.

Destaca el análisis de las discusiones políticas y teóricas dentro del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR), donde podemos hallar interesantes reverberancias con debates que nos atraviesan en la actualidad. La referencia a las obras que expresan esas diferencias que llevaron a la ruptura, *Un paso adelante, dos pasos atrás*, de Lenin (1904), *Nuestras Tareas*, de León Trotsky (1904), *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, de Rosa Luxemburgo (1904), dan cuenta de tensiones frente a lo cual Aldo no esquiva el compromiso de señalar que “[s]ería tan equivocado considerar que Lenin fue el único culpable del fraccionalismo como eximirlo de toda responsabilidad. Su batalla por construir la dirección del partido de arriba hacia abajo, desde el exterior y con un centralismo que en definitiva pesaba más que la democracia, tal vez haya sido inevitable y debe reconocerse que tuvo un buen resultado efectivo en términos prácticos. Esto no significa que los medios utilizados para lograrlo deban ser justificados ni erigidos en modelo a seguir”.

Las reflexiones, tanto de Lenin como de Trotsky, sobre los acontecimientos de 1905, “el ensayo general”, son contrapunteadas con las de Plejanov, el ala derecha del partido, y grafican cómo se pueden sacar distintas y contradictorias conclusiones frente un mismo acontecimiento y las diversas interpretaciones que se puede hacer del marxismo y su aplicación a la política concreta, debates que se extendieron durante la mayor parte del siglo.

En su descripción de los acontecimientos de febrero y octubre, no se remite a un relato basado en la cronología conocida, arriesga opiniones donde contradice certidumbres manifiestas y nos dice: “Por otra parte, en esta revolución más que en cualquier otra, la influencia de las organizaciones no se derivaba de las ideas e influencia de sus intelectuales, sino de la actividad de los militantes”.

La polémica con quienes equiparan la revolución con un golpe de Estado es la parte más fértil y contundente del libro: "A estos relatos se opone, en primer lugar, la victoria de la insurrección, un hecho que no debe ignorarse o minimizarse, porque la historia y el buen sentido enseñan que las aventuras izquierdistas siempre fracasan, antes incluso de intentarse"; y en otro párrafo definitorio agrega: "En la insurrección tomaron parte activa unos treinta mil hombres. No fue necesario recurrir a la huelga general, movilizar los barrios obreros, ni atacar cuarteles militares, pues ya estaban ganados antes de la insurrección". Allí reivindica la inmensa claridad política de Lenin, ante las dudas de los otros miembros de la dirección bolchevique, en el análisis de las condiciones y la necesidad de concretar la insurrección.

Pone en cuestión la idea de que hubo dos revoluciones, proponiendo pensar febrero y octubre como "una continuidad que da un carácter procesual a la revolución en 1917". Enfrenta de este modo la concepción etapista de la revolución, el canon evolucionista de la Segunda Internacional que fue desafiado tanto por Lenin como por Trotsky. Etapismo que signa hasta nuestros días las discusiones en la izquierda.

Finalmente nos recuerda que fue una "revolución plebeya, con cuatro tumultuosos afluentes que se influenciaron y potenciaron mutuamente", fue obrera, campesina, de las nacionalidades oprimidas y recibió el aporte de quienes luchaban por la revolución socialista mundial.

Todo el texto del libro reafirma la dimensión extraordinaria de la Revolución de Octubre, que no solo debe medirse por ser la respuesta a la crisis política y social de la Rusia zarista, sino por ser la portadora de un proyecto transformador de dimensión universal, que estuvo por delante de las exigencias inmediatas de su tiempo.

Quienes celebran la restauración del capitalismo en su versión globalizada quieren sepultar la posibilidad del socialismo, desacreditando y vilipendiando a todas las gestas revolucionarias. Si el desafío frente a lo desconocido tuvo carácter heroico en 1917, como lo demuestra el libro de Aldo, hoy resulta más imperioso, porque el socialismo es la única esperanza para superar la barbarie que nos impone el capital globalizado.

Sin duda es un desafío ciclópeo, porque el ideario del socialismo ha sufrido una profunda derrota cultural, una derrota que pesó, en primer lugar, sobre millones de militantes que vieron la caída de la URSS no como una apertura hacia otro socialismo, sino que observaron cómo, a través de un simple golpe de Estado, se desmoronó sin resistencia el autodefinido socialismo real, triste final de un proyecto social trunco, inconcluso y frustrado, que tuvo un comienzo tan glorioso como la Revolución de Octubre. “Cuando la pretensión de ir más allá del capital es descalificada como algo demencial, parece oportuno y necesario desafiar el sentido común estatuido por el sistema”, expresa Aldo en el prólogo. La campaña de lapidación de las revoluciones del siglo XX tuvo efectos contundentes en un amplio sector de la izquierda, que asume una actitud vergonzante ante la historia revolucionaria, aceptando los códigos interpretativos de los triunfadores, cultivando la resignación ante lo dado como un todo inmodificable; su horizonte tiene como límite la búsqueda infructuosa de algunos resquicios por donde filtrar la posibilidad de un capitalismo humano. A pesar del pesimismo que invade las conciencias, no hay ninguna evidencia de que el socialismo como horizonte sea una opción errónea, sino todo lo contrario, cada vez es más evidente que el capitalismo como sistema social es insostenible a largo plazo.

En estos confusos, opacos y desesperanzados años del siglo XXI, con más incertidumbres que certezas, compartí con Aldo fecundos debates, numerosos materiales y valiosos proyectos en el marco del colectivo *Herramienta*; como parte de esa fraterna relación, tuve la posibilidad de recibir los borradores de sus ensayos que generosamente me hacía llegar para conocer mi opinión. El interés que me despertó la lectura de cada envío me llevó a instarlo a seguir escribiendo. Ahora, después de releer el libro, celebro su voluntad de concluirlo y darlo a conocer.

Espero que Aldo tenga la energía necesaria para enfrentar y demoler el otro mito contrarrevolucionario difundido en estos tiempos, destinado a desacreditar y degradar toda idea de cambio radical, la leyenda negra que señala que el estalinismo y la fase termidoriana de octubre y, por extensión, el síndrome que padecen todas las revoluciones, es una consecuencia inevitable, atribuida al carácter autorita-

rio y violento, que estaba inmanente en su origen, una matriz propia de la metodología política de los bolcheviques y particularmente de sus dirigentes.

La honestidad de Aldo al asumir interrogantes y dudas escribiendo que “[e]sto nos obliga a constituir nuestro marxismo como problema. A realizar un esfuerzo por detectar todo aquello que, engendrado o alentado alguna vez por el marxismo, se ha convertido en un límite para sus posibles desarrollos” y la audacia de caminar a contrapelo desafiando el facilismo complaciente, se jerarquiza ante la grave involución que se ha dado en los ámbitos intelectuales, que rápidamente se acomodaron, cediendo toda voluntad de pensamiento crítico, y alimentando con su conducta a toda una generación de jóvenes, que han quedado atrapados en la lógica de un presentismo consumista, dando lugar al oxímoron de una izquierda conservadora, que descrea de la transformación revolucionaria de la sociedad.

El libro es un buen antídoto para resistir a los conversos que sufrieron amnesia ideológica y política y ante una intelectualidad integrada al sistema que reproduce y regurgita la letra escrita en los centros de poder.

La revolución es un sueño eterno, escribió Andrés Rivera. Aldo reivindica la actualidad de la revolución y nos dice que el socialismo no es solo el sueño irrealizable, prometeico o quimérico de un mundo mejor, es la única opción para salvar la reproducción de la vida en el planeta.

Silvio Schachter es arquitecto, urbanista, ensayista y periodista, militante político y social. Miembro del Consejo de Redacción de la *Revista Herramienta*.